

Angélica Patricia Hoyos Guzmán

Reina de Copas




Editorial
•UNIMAGDALENA•

REINA DE COPAS

Angélica Patricia Hoyos Guzmán

Colección Humanidades y Artes
Serie: Literatura y Estudios Literarios

Catalogación en la publicación – Biblioteca Germán Bula Meyer

Hoyos Guzmán, Angélica Patricia

Reina de copas / Angélica Patricia Hoyos Guzmán -- Primera edición -- Santa Marta: Editorial Unimagdalena, 2024

1 recurso en línea : archivo de texto: PDF. – (Humanidades y Artes, Literatura y Estudios Literarios)

ISBN 978-958-746-713-0 (pdf) -- 978-958-746-714-7 (epub)

1. Cuentos colombianos – Siglo XXI 2. Literatura colombiana – Siglo XXI

CDD: Co863.5

Primera edición, marzo de 2024

2024 © Universidad del Magdalena. Derechos Reservados.

Editorial Unimagdalena

Carrera 32 n.º 22-08

Edificio de Innovación y Emprendimiento

(57 - 605) 4381000 Ext. 1888

Santa Marta D.T.C.H. - Colombia

editorial@unimagdalena.edu.co

<https://editorial.unimagdalena.edu.co/>

Colección Ingeniería y Tecnología, serie: Literatura y Estudios Literarios

Rector: Pablo Vera Salazar

Vicerrector de Investigación: Jorge Enrique Elías-Caro

Diseño editorial: Luis Felipe Márquez Lora

Diagramación: Eduard Hernández Rodríguez

Diseño de portada: Andrés Felipe Moreno Toro

Corrección de estilo: Juan Diego Mican González

Santa Marta, Colombia, 2024

ISBN: 978-958-746-713-0 (pdf)

ISBN: 978-958-746-714-7 (epub)

DOI: <https://doi.org/10.21676/9789587467130>

Hecho en Colombia - Made in Colombia

La UNIVERSIDAD DEL MAGDALENA, en su calidad de editora y titular de derechos patrimoniales de autor, y en su propósito de contribuir con la difusión y divulgación del conocimiento, la producción intelectual y la educación, dispone autorizar la reproducción impresa o digital del presente libro, de manera total o parcial, así como su distribución, difusión o comunicación pública (puesta a disposición) en medio impreso o digital de manera libre y gratuita, en tanto se mantenga la integridad del texto y se dé la correspondiente cita a sus autores y mención institucional. Queda prohibida la comercialización o venta a cualquier título de este material.



Las opiniones expresadas en esta obra son responsabilidad de los autores y no compromete al pensamiento institucional de la Universidad del Magdalena, ni genera responsabilidad frente a terceros.

*Amamos siempre a orillas de la sed.
Soñamos allá, entre Kashi y Ka'i,
la Luna y el Sol
en los predios de los espíritus.
Morimos como si siguiéramos vivos.
Vito Apūshana*

Contenido

Papillón.....	6
Plegaria de nacimiento.....	18
Dama Camelia	37
Entre los vivos y los muertos.....	43
El aprendizaje en espirales	50
Variaciones del deseo o la elección	55
Regresar o volver a conocer.....	57
El manantial	65
Nacimiento	70
El testamento nunca escrito y nunca hallado de Cecilia	75
Biografía de la autora.....	81

Papillón

«Ella no es mujer de hogar», decía mi marido frente al inspector y el hijastro de don Valentín el día que me encerraron. No soy la Cecilia que fui entonces, aquella mujer que mató por amor. Ella era una muchacha de veintitantos convencida de que el cuento de hadas podría protagonizarlo una bruja asesina. Era aquella que atraía con el sexo a los hombres a su paso; se sabía bonita como un premio y se creía un pavo real que abría su plumaje cada vez que el marido le señalaba lo hermosa que era. Por eso, a cambio le debía la lealtad, incluso aquella de ser cómplice para matar a don Valentín.

Cecilia engañaba a todos para su beneficio; se enroscaba y camuflaba como culebra o camaleón a conveniencia. Mi hermana decía entonces que yo era muy mala; ni siquiera me reconocía cuando le hablaba de mis sentimientos más perversos, pero yo estaba segura de que podía ser como ella, una niña buena, y también tener casa de familia y ser la madre que todos querían el día de la madre, la virgen que limpiaba la casa, así debajo del manto solo ardiera para el sexo y tendiera la red de una trampa de drosera abierta al sol para atrapar moscas.

A Nacho nunca se le hubiera ocurrido enredar a don Valentín hasta que le mencioné que ese viejo estaba solo y que podía dejarnos la casa cuando muriera. Mi plan era aguantarme hasta que cayera de muerte natural, pero Nacho era más afanado y más gandaya. Él se inventó matarlo. Y aunque yo me moría de miedo, con todo y lo perra que era, accedí como cuando una dice «sí a todo» lo que el hombre dice, enamorada y con mi sexo abrazando el de él, en el encoñamiento de muchos años y la purificación de sentir que le pertenecía a alguien y que ya no buscaba a más hombres para llenar el hueco de estar sola.

Era su mujer y después me haría la madre de Julio, su hijo, y el estatus de señora me lo venía ganando después de tanto aguantar mis impulsos de irme con otros. Cada vez que Nacho quería deshacerse de mí, esconderme como una camisa vieja con la que no quería vestirse, me decía que yo no era mujer de hogar, se quejaba con mi hermana y yo entraba en cólera. Cuando decidí matar por él, pensaba que ese secreto nos amarraría más que el coño y que un hijo. Nada ni nadie podría separarme de él, hasta ese día que me metieron a Papillón.

Ahora que te hablo de esta historia me han bautizado mis guías como Aoana. También llevo a Cecilia en mis células, pero ahora puedo contar la historia al mismo tiempo que allí ocurrió y con la mujer que era entonces y que también soy cuando la cuento.

[Saca una carta, te voy a hacer la tirada del árbol de la vida que aprendí con mis hermagas de otros tiempos, en los sueños que es donde una aprende todo. Esa carta es la que te representa a ti. Luego vas a sacar otras tres que son las de tu situación actual frente a lo que te inquieta. Sacarás otras tres después de que yo baraje para saber cuáles son tus retos o aprendizajes en el camino; veremos hacia dónde va tu suerte y una clave final que nos ayude a ver más allá, el después, que es también ahora. ¿Ya hiciste tu pregunta a los guías? Te voy contando en el camino mientras barajo.]

Me bautizaron mis ancestras en la cárcel. Decir bautizo no es un tema de ir a misa los domingos como una mujer santa y católica, eso he comprendido con los años, es renacer de las cenizas de quien era, haber vuelto de mis sombras y recibir la bendición de un nuevo camino para mi alma. Suena fácil, pero hay que entender que un asesino, y era mi caso, no tiene mucha opción en la vida, porque un pedazo de Dios se muere en esa alma. En cambio, en el asesinato yo encontré mi tesoro. Más que la casa que le habíamos atracado a don Valentín, más que ser la ama y señora, encontré mi nuevo nombre y una aventura que empezó con la llegada a la cárcel. Eso me cambió la vida; mejor, decir me trajo a la vida es más fiel a lo que tengo que contarle, porque la cárcel me parió, las almas de la cárcel me volvieron a Dios y esto es algo impensable en las iglesias, pero así fue. Eso es lo que tengo por decir y es esta historia de que cómo nació Aoana entre lo oscuro y feo de mí misma.

Haber matado por querer ser la mujer de la casa de Nacho, la mamá de sus hijos, entregada a ser la señora, fue el principio de un camino que me llevó a morir y revivir, a conocer muchas cosas de mí que las mujeres no alcanzan a conocer de sí mismas y a torcer el rumbo de mi historia hacia mi ruta de magia y verdad. Esta es mi verdad. Y si la cuento es porque es mía, no tiene por qué usted creerla o atestiguarla; bendigo su escucha y lo que llega de mi voz hacia usted.

Creo en la reencarnación y seguramente maté en otras vidas y tuve que amar matando, o a lo mejor fui siempre el tirano de las torturas. Solo Dios en la naturaleza sabe cuántas veces repetí la rueda o cuántas veces me quemaron antes de esta época. Lo cierto es que se paga el amor también con la muerte, en espiral, hasta que subimos nuevamente al gran espíritu de luz que nos creó. Pagué con todo lo que deseaba y todo lo que no pedí para ser yo, y saber que mi hogar y ser mujer era otra cosa. Sí, quién sabe cuántas veces lo hice en otras vidas, en esta me costó alejarme de mi niño. Me lo arrancaron entre tres, cuatro, cinco, no recuerdo cuántos policías me acorralaron cuando me llevaron a la estación de Maicao. Cecilia era entonces joven y fuerte, no como después cuando me colgaron las carnes, la piel se me cuarteó y la belleza de la joven mujer de

pechos parados y suaves se convirtió en un bello cuerpo de barro tallado por la lluvia, en una piedra de río.

Para nacer de nuevo hace falta una grieta. Esto es bien sabido entre los círculos de brujas. El pecho se me abrió en dos cuando me arrancaron a Julio de los brazos, mi bebé, el que yo creía que era la señal de que era aceptada en el reino del Dios que acepta a las mujeres para ser madres abnegadas a pesar de su pasado y de su historia. Él solo tenía seis meses de haber nacido y aún tomaba la teta, a mí no me había venido el periodo después del puerperio y tenía la sospecha de estar otra vez embarazada de Nacho. Tanto en mi cuerpo como en mi realidad de esos días todo era confuso, era negra la vida y el alma.

Siento ya poco el dolor de ese día en el que me metieron presa, pero igual lo tengo que contar para que se entienda de dónde surgió todo. «De la mierda nace abono», decía mi madre Aureliana.

Cuando nos descubrieron, Nacho me acusó de haber asesinado a don Valentín para quedarme con la Hacienda La abundancia. Él sabía muy bien que yo no lo había hecho sola y aun así me echó toda la culpa. Aquello fue como un nubarrón oscuro que se pone sobre los techos de las casas cuando amenaza la tormenta. Así estaba mi mente por esos días, cuando era Cecilia y todavía no me llamaba Aoana. Todo eso me llevó a descubrir mis dones en la cárcel, y menos mal, quién fuera yo si no nos hubieran encerrado, si por otra causa todo se hubiera escondido y Julio hubiera crecido bajo mi sombra. A lo mejor seguiría siendo Cecilia, la mujer de Nacho, la mamá de mi hijo, pero nunca sabría que mi nombre era Aoana, ni quién era ni a qué venía. Si algo puedo decir ahora, después de que mi vida pasó, es que esa entrega a lo que uno es, es lo único que se viene a hacer en la tierra.

No fui yo, no se lleve a mi niño, no me ponga ese medicamento, me pregunta qué hora es, qué día es hoy, yo no lo sé. Mire, es mi hijo, es injusto lo que hace, no se puede separar a una madre de su hijo pequeño. Yo no lo maté, no lo hice, lo hizo él, Nacho me obligó, él no me deja hablar, dígame que confiese. Sí, yo tenía el arma escondida; sí yo firmé las escrituras a mi nombre; sí, la finca ahora es mía y me pertenece; sí, yo enterré el cadáver a la sombra de ese guayacán. Llame a mi hermana, yo soy la madre de Julio, no se lo lleve, déjeme llevarlo para darle la leche, está enfermo de la barriga si le dan la Klim. Le tengo que dar el pecho, soy la mamá de Julio. Nacho, díles que tú le pegaste con el martillo en la cabeza, yo hice lo único que una mujer puede hacer por su hombre: seguirlo. No es verdad, Nacho, yo no lo maté y lo sabes bien, no estoy loca. Sí, yo tenía el martillo escondido; sí, yo hice las escrituras a mi nombre. Tú lo sabías todo. Sí, están mis huellas allí. Nacho, cuida a mi hijo, no le des la Klim, tráelo para darle la leche. Me está chorreando, señor inspector, me está chorreando. Mire mi bata como se llena de leche tibia, es la hora de comer, no se lo lleven, no lo alejen, por qué cada vez lo veo más lejos. ¡Nacho, escúchame, di lo que pasó! ¡Nacho, regresa, no te lleves a mi hijo! ¡Llamen a mi hermana, devuélvalo, miren mi bata, no tengo otra! Yo no sé qué día es hoy, no me pregunte, me duelen los senos, se me

van a reventar si no traen a mi hijo conmigo. No me puede dejar aquí encerrada en este lugar, no cierre la puerta, abra, regrésemme a mi hijo, yo lo quiero conmigo. Mis pechos me duelen, no tengo zapatos, no quiero más mi cuerpo, esta cara no soy yo, este cuerpo arrugado de mierda, estas piernas no las quiero, esta raja para parir el hijo que me quitaron, por esta raja inmunda que ya no quiero en mí, por esa verga de Nacho fue que maté al viejo. Me dijo que me iba a dejar, no me dejes, Nacho, aquí, no me dejes, mis pechos están calientes, tengo fiebre, Nacho, soy Cecilia, tu mujer, soy yo la hembra tuya y de nadie más. Devuélvete, no me encierren, cuida al nene, ahora no le puedo dar de comer, tengo fiebre, me duele el pecho.

Aquella tarde, mi hermana Rosa vino a verme con comida caliente para almorzar. No había probado un bocado desde la noche anterior. Me encontró sucia, con la bata hedionda a leche cortada y en estado febril. No sé por cuánto tiempo me revolqué en la celda.

Mi hermana era hermosa y limpia. Ella tenía a su marido, un comerciante trabajador reconocido en La Guajira por sus negocios de tiendas de mantas y ropa que hacía para los turcos. Se habían conocido mientras ella trabajaba como mesera y aprendía a ser cocinera de un restaurante en Maicao. La familia de él era adinerada y no concebían tener en su familia a una mujer pobre. Le inventaron historias a Rosa, que andaba con otros hombres, cosas sobre su pasado, sobre su falta de ser mujer. Ella era una mujer de hogar a mis ojos, pero siempre hay quien te diga que no lo eres. A lo mejor, lo que éramos en el vientre, esta enfermedad del sexo, se nos notaba a las dos como un mal olor del que alguien no puede desprenderse.

Los niños la acompañaban y ella estaba muy triste por mí. Me preguntó varias veces por qué había matado a don Valentín y yo no pude responderle. Se cansó de pedir un médico para mí. Yo tenía los senos como dos piedras; sentía que me convertía en estatua de sal de tanta lágrima de leche que me escurría. Sentía que era mi castigo como en la biblia le había hecho Dios a la mujer de Lot por haberse volteado a mirar a los pecadores.

Rosa me limpió el cabello y la cara con agua. Entonces Cecilia no era tan hermosa como Aoana, la que soy ahora. No brillaba mi piel, tenía yo cara de muerte, los huesos y las ojeras adheridas a la piel. Una cambia cuando está entregada a la vida. Mi hermana tampoco se veía menos gris, a pesar de estar casada y fuera de la cárcel, de no haber matado por amor. Ella hablaba como un «aparato». Así sentía yo su voz por aquellos días: una voz gruesa de sarcófago que llegaba de lejos. No sé si era ella y su muerte en vida, o era yo, Cecilia, que ya había comenzado a transitar a otros mundos. Ahí fue cuando comencé a entender que no todo lo que veía era lo que pasaba en realidad. Podía ver cosas en las personas, manchas, presencias oscuras, luces, colores extraños que se acercaban y se alejaban, y a Rosa la veía opaca, como quien pone un algodón en la cara de alguien. Aun así, ella estaba allí para ayudarme como lo hacen las buenas hermanas y yo no se la hacía fácil, primero con mi silencio, después con todo lo que pasó.

[Esa es su primera carta. Es la muerte, es usted. Viene pasando un proceso de transformación profunda. La muerte es todo aquello que usted debe arrancar de raíz, lo que ya no quiere para usted. La muerte es una calavera que nos recuerda que todos somos iguales. Todos tenemos esos huesos, esos esqueletos. Es una arcana mayor que nos habla de que esta es la posición que debe asumir a sus transformaciones, cortar todo lo que ya no es y abrirse al renacimiento, abrirse a florecer las semillas de lo que está naciendo en usted, su voluntad de crecer, de ser otra persona. Qué es lo que trae usted con esta carta, cómo está usted aquí, parece que usted tiene más que transformar que todo lo que yo tenía en esta historia. Veamos luego las tres cartas del presente en este árbol de la vida.]

Entré al lugar más oscuro por haber matado. Perdí a mi hijo por haber matado. Maté por haber amado. Aquello me producía también una soberbia sobre mi hermana. «No matarás», dijo Dios a Moisés, y la muchachita que fui se convirtió en estatua de sal. Todo a mi alrededor era un incendio; gritaba y me revolcaba entre las paredes esa noche, la primera que me llevó a mi destino. Se necesita atravesar el desierto como lo hizo Jesús, ver los demonios durante un tiempo para poder saber quién es uno. Ahora entiendo eso de la biblia y muchas otras cosas que a lo mejor entendía de otras maneras. Estar presa me llevó a descubrirme como otra mujer que lógicamente no era la que tenía que estar en una casa cuidando a los hijos y cuidando el amor de un hombre, hasta sus más profundos secretos.

La gente no piensa mucho que cada palabra tiene su propio significado. Yo tenía mi propio desierto y la primera estación era Papillón. Después me hice partera, y ese es un tipo de mujer y un tipo de bruja. Por eso quiero que entre susurros sepan mi historia; cómo las transformaciones del alma y sus viacrucis nos llevan a ser una y otra y varias, aunque en esencia es una misma descubriéndose **[la carta de la muerte que usted ha sacado, es una carta de estos momentos cuando una encuentra lo que es]**. Qué poco sabemos las mujeres de nuestra alma hasta que no nos queda más que descubrirla. Y eso fue lo que hice en esa cárcel, en esas celdas.

¿Que si fue fácil? Nada que implique atravesarse a sí mismo y que caiga una espada de luz entre la carne para entender los pensamientos de los corazones de muchas personas alrededor lo es. Yo creo que nací partera, pero también mala mujer y ese día ardía en la hoguera. Mi cuerpo era una estatua de sal ardiendo en la hoguera de saberme presa, de haber amado, matado y perdido la sonrisa de mi hijo en las mañanas al despertar. Reconocí el fuego de Aoana mientras fui la peor de todas las mujeres: era Cecilia entonces y ese era mi castigo. Era Cecilia la hija menor de mi madre de la que todo el mundo se avergonzaba, la luz que no iluminaba, la bonita y la puta de la que no se esperaba ya nada, aunque de niña había sido el centro de atención de mi familia, de los hombres, del pueblo entero. Dueña y señora de un cuerpo que todos deseaban, de un calor que se

sentía por toda La Guajira y de la sal que corría entre mi sexo y mi pecho. Yo era Cecilia y aquellos días aborrecía ser mujer.

Mi hermana se fue después de haberme dejado dormida sobre una estera en la celda y prometió volver al día siguiente para que le contara lo que había ocurrido. Me traería medicamento para el dolor y la fiebre. Me repetía una y otra vez que yo era la peor, no podía conmigo. Esa noche solo pude ver en el techo la película de aquella noche cuando Nacho me pidió enterrar el cadáver de don Valentín.

Una luna llena sobre el guayacán, los árboles se movían, Nacho fue, él le dio con el martillo por la cabeza, la sangre rodó en el piso. Yo recogí al viejo, el corazón me palpitaba a mil, nadie podía vernos ni escucharnos, todo era secreto, nadie se iba a enterar. El viejo no tenía hijos, dijo Nacho, nadie va a reclamar este muerto, ahora la finca es nuestra. Unos meses atrás el señor nos había dado un lugar donde dormir. Nacho perdió su camión apostando y no teníamos nada de dinero, ni comida. Don Valentín nos ofreció un lugar y un trabajo en esa hacienda. Nacho dijo que nadie lo reclamaría. El hijastro vino un año después, no sabíamos de él, preguntó por Don Valentín. Sí, yo le dije que se había ido, sí yo lo negué. El hijastro reconoció el árbol de su infancia y notó que se hacía una hendidura que antes no estaba. Es por la lluvia, es verdad que le respondí, que yo quería que se fuera, porque hacía muchas preguntas y yo no quería que descubriera que justo en la terraza de la casa, bajo un florido, amarillo y seco guayacán de Semana Santa, la época más calurosa del año antes del invierno, reposaba el cadáver de Don Valentín. Le pregunté quién era él, dijo que era su hijastro. Él se hincó en el árbol, tocó la tierra y luego se apartó. No conocía que don Valentín tuviera hijos y él dijo que era el hijo único de la esposa muerta, el viejo era viudo, no tenía hijos propios ni padres que lo reclamaran, según dijo Nacho. Pasó un año antes de que alguien volviera a hablar del viejo en esa casa. La noche fatal até con mis manos el cuerpo entre sábanas, quedó un bojote anciano, rígido, pequeño y encorvado de aquel hombre. Lo vacié sobre el hueco frente al árbol; entre Nacho y yo pusimos la tierra sobre él. El martillo también le hacía compañía, con mis propias manos lo arrojé antes de sembrar el torso. No supimos del hijastro hasta que volvió con la policía a abrir el hueco y encontrar el cadáver. Nacho dijo que yo lo había hecho, que le había mentado a él. Se llevaron a mi hijo. La jaula no era solo estar presa, sino sentir la fiebre y mi pecho queriendo reventarse.

En toda familia hay un preso, un loco, un policía, un sacerdote o una puta. En la mía me tocó ser ella, la que se rebeló a las normas desde temprana edad y se hizo dueña de su cuerpo. La mujer fatal que lleva consigo el cuerpo abierto, ofreciendo el derecho a que todos puedan tocar. Así lo dispone la ley del hombre, porque se sabe que las mujeres como Cecilia tienen un señuelo, un olor que todos sienten, como el de la perra en celo cuando la jauría llega. Ese aroma hace que todas las mujeres la detesten por celos, por envidia, por el simple calor que emana de una sola mirada el fuego en su interior. Eso me trajo una enfermedad venérea a mis trece años. Tiritaba de fiebre y mi hermana

mayor era la única que estaba allí para cuidarme, como aquel día en la cárcel. Rosa era una mujer fuerte, le había tocado serlo siempre, yo la admiraba porque se había ido de la casa muy temprano y había dejado claro a nuestra madre que ella no iba a aguantar sufrimientos. Rosa era una santa, yo era la puta, para mamá las dos pateábamos.

A los trece años, a diferencia de mí, ella no se enfermó por el sexo. En cambio, se hizo muchacha del servicio en una casa en Bogotá. Mamá la mandó a ganarse la vida. La suerte se le desdibujó, o se la dañó mamá, cuando esa familia se iba para Estados Unidos y necesitaban la partida de nacimiento de mi hermana para llevársela con ellos. Mamá no la envió y Rosa no se pudo ir. A los quince tuvo su primera hija que nació después de que su siguiente patrona la sacara de la casa por haberse acostado con el hijo mayor, un estudiante de derecho. Ese universitario la enamoró y para nada, porque mi hermana quedó sola en la calle con su hija pequeña. La historia de Rosa es la de esas mujeres que quieren hacerlo todo bien y no tienen suerte. Y qué bueno que no se fue, todo pasó como era, porque ella estuvo al otro día arrullándome como una madre a una hija febril en esa cárcel.

Ella ha sido la buena madre, la buena hija a pesar de lo que no ha merecido. Yo, en cambio, he sido la buena amante de todos los hombres que se han aparecido en mi camino desde niña, el alma negra, y ahora soy Aoana por haber sido aquella reina con su soledad y su espada que todo lo corta, aquella que asesinó. Mi cuerpo era, esos días de la cárcel, todavía, un tizón de fuego que cualquiera podía tomar a su antojo, incluso esos policías que se llevaron a mi hijo. Recordé entonces los días de la sífilis, la enfermedad de mi sexo, la huella de aquel hombre que me abrió a la vida y me llenó del pus de sus deseos. Desde entonces sentí que algo asqueroso me corría en la sangre. Ese día pensé que lo que había dicho Nacho era cierto: yo no era «mujer de hogar». Esa era también la conclusión de mi hermana preguntándome por la historia que yo le contaba.

Ella me decía bruta, que cómo había hecho todo eso, que ahora iba a perder a mi hijo por seguirle la corriente a ese hombre. Rosa sabía que yo solo era una mujer bruta entonces. Yo sentía que ser mujer y ser madre me habían dejado en esa cárcel sin mi hijo. Yo quería matar, quería volarme, seguía con ganas de tener más problemas con la vida. Yo, la que había matado por amor, eso decía mi prontuario. Mi hermana era más inteligente, aunque no había ido a la escuela. Ella había aprendido a hacer negocios, a leer y a escribir trabajando con su marido. Ella se encargaría de conseguirme un abogado de oficio.

Después de darme las pastillas para la infección que consiguió en el boticario, me dio de comer, me puso ropa limpia en las manos y le pidió al guardia que la dejara acompañarme a bañar. Rosa era entonces más hermosa que yo y con su belleza hacía que los hombres le hicieran caso, era su forma de ordenarlo todo. Seguía las enseñanzas de mamá cuando decía que el sexo, la raja, «Dios la había puesto en medio para su remedio». Ella era astuta a pesar de que ingenuamente había creído en los hombres, y ahora

estaba mejor, después de haberse separado de su segundo esposo, un comerciante que le pegaba. Él la mantenía con lujos y cosas bellas encerrada en la casa, siendo la madre de sus hijos pequeños. Él hizo de padre de su hija mayor y la llenó de más hijos. Rosa era una madre fértil que había escapado de los golpes de ese hombre. Esas niñas que ya estaban llegando a la adolescencia la acompañaban ahora. Rosa las había buscado de nuevo después de años en que se estuvo buscando la vida para poder recuperarlas. Ellas ya sabían qué era estar solas, valerse solas, descubrieron muy pronto lo que significaba que les dijeran putas por maquillarse los ojos e incluso sabían que había que temer a los hombres porque el cuerpo llamaba su deseo.

Me bañé ese día mientras mi hermana hablaba con el policía de guardia. Escuchaba las sonrisas caer como gotas de la ducha en mi cuerpo. Mi hermana estaba consiguiendo el dinero para pagar la fianza y sacarme de allí. No estaba fácil. Mi madre no quiso venir a verme, le dio vergüenza y no supo cómo le explicaría a la familia eso de mí, lo que yo había hecho. De niña, antes de la sífilis, yo era algo así como la modelo de un comercial infantil, la de mostrar. Incluso me hicieron reina del pueblo de mi madre y me disfrazaron de virgen mientras me cargaba un carruaje en las fiestas, porque mamá se había hecho la mujer de un hacendado influyente y yo era la hija de ellos, era la alta sociedad en aquel pueblo. No podría la hija linda de mamá ir a la cárcel y menos explicar en detalle lo que su hija, la menor, se había llevado entre las piernas.

La fiebre cesaba, pero esas carcajadas de Rosa y el policía les hablaban a mis tetas duras, a mi sexo expuesto ante el agua que corría y me hería, a ese calor que dejaba salir un vaho que no entendía y me llevaba a tocarme, a pensar en Nacho y a sentir vergüenza de ser mujer más que de haber matado. Sentí pesar por el hijo de Valentín y también lo deseé. Algo tenía mi cuerpo en el encierro, la fiebre y el hambre, sentirme sin mi hijo succionando, sin Nacho diciéndome lo que tenía que hacer. Necesitaba saber cómo actuar, qué decir, qué pensar y no había allí un hombre que me indicara si mis pensamientos eran adecuados, si era yo y no mi imaginación la que se burlaba de esa fiebre, si era Rosa y el policía o era Nacho o quien era afuera de mí acusándome con el dedo que señalaba mi fracaso de ser madre, de ser mujer de hogar como tanto lo deseé y sabía que no podía. El encierro me dio la locura de esos días. Me sentí de trece años de nuevo y vi las llagas en mi vagina abrirse, sentí ardor. Al terminar me puse la ropa y caminé a buscar a mi hermana y empecé a preguntarle si mi tío le había mandado dinero para las ampollas de ampicilina. Rosa se alarmó y me dijo que tío Chepe no sabía que yo estaba presa.

Me llevó del brazo para el patio. Algunas reclusas estaban allí mirándonos con pesar y con intriga. Rosa me entregó una maleta pequeña con algunas de mis pertenencias y me dio unas batas guajiras de colores que ella había cosido la noche anterior para mí. Me advirtió que no fuera a hacer más locuras, que ella me iba a sacar de allí. Ya había hablado con Nacho para aclarar todo. Me habló muy serena y calmada. Yo sabía, por

ese tono de voz, que él le había pedido acostarse con él a cambio de ayuda, o el abogado o Nacho le pedirían chuparle la verga. Ella lo sabía, y yo sabía que mi hermana era astuta, pero también frágil. Sentí correr sangre desde mi vagina mientras Rosa me dejaba en la celda. Ella se dio cuenta y mostró las toallas sanitarias en la maleta. Era la primera vez que me venía la regla después del puerperio. Al menos ya sabía que no estaba embarazada de nuevo y que no iba a contagiarse a nadie otra vez. Ya nadie me comía y a nadie le daba el culo; me sentía como el desperdicio de una comida que nadie apetece.

Rosa se fue ese día prometiéndome arreglar lo de mi salida. No hablamos de mi niño, yo ya tenía menos fiebre, pero los senos me dolían. De repente, ni el llanto me hacía ya gracia y dejé de llorar. La celda olía a agua con cucarachas. Escuché voces de mujeres en el otro lado de la puerta. Una guardia tenía amores con una reclusa. Me asomé a la ventanilla de la puerta por un momento y vi como la linterna alumbraba el camino de ambas hacia una celda vacía justo frente a la mía. El patio tenía muchos árboles de mango y una brisa fresca hizo que se esfumara el calor mientras se apagaban las luces, amplificando el susurro de jadeos frente a mí.

Aoana significa la sutileza del viento moviendo las hojas después de que han permanecido mucho tiempo quietas. Eso me dijo Aureliana al momento de mi bautizo en la espiritualidad de las chamanas, de las mujeres que saben lo que saben. Me ardía la piel de nuevo, la calentura iba y volvía, la brisa alcanzó a tocar mi cara y también quemaba.

Pasaron varios meses antes de que conociera a alguien encerrada en la Cárcel de Maicao. Le decían Cárcel Papillón por un francés que antes estuvo recluido y se había fugado. Estábamos en la parte que correspondía a las mujeres. Del otro lado se veía a lo lejos el barullo de los guardias y los hombres. El calor de los días llegaba a mi celda y acrecentaba el olor a bichos muertos enjuagados en una mezcla de agua y ambientador de lavanda. La rutina era la misma todos los días: salía a comer la mezcla de arroz con cualquier cosa que nos traía Graciela, la cocinera que enviaba la comida en ese entonces. El patio era el lugar para ir a comer, salía a hacerlo y volvía a entrar a mi celda. Por fortuna era una presa peligrosa. Las buenas cosas que trae haber matado era la soledad, aunque no lo sentía tan bien en aquellos días. Me mantuvieron sola hasta que por cuestiones de hacinamiento llevaron a una nueva reclusa y me tocó compartir cuarto, baño y locura.

Era una mujer mayor, pero no anciana. Casi que tenía la edad de mi madre entonces. Su semblante no era el de una mujer arrepentida ni culpable. Tenía el rostro firme y era más silenciosa que la misma brisa pequeñísima y prolongada que hacía correr los gemidos por la noche entre las 13 celdas que había en esa parte de Papillón. Aureliana había llegado aquí como una costumbre. Reconocía el lugar y el terreno la reconocía a ella. Era de contextura gruesa y tenía el cabello corto y cano, sus ojos rasgados y los pómulos claramente indígenas. No nos dijimos palabra la primera noche que durmió en mi celda, que también era suya, o que antes de yo estar en ella ya le pertenecía. Al siguiente día

después del almuerzo sacó una baraja de naipes y empezó a jugar sola en el patio. Las otras reclusas se acercaron y aquel pabellón de más o menos cuarenta mujeres se había convertido en un juego de naipes alegre y festivo. Varias jugaban con Aureliana y las demás miraban de pie y hacían arengas para llamar la atención, apostaban pasta de dientes, papel higiénico, toallas sanitarias, medicamentos y hasta frutas que no se consiguen fácilmente, sino por la gracia de las visitas.

Yo seguía el juego desde mi celda. No me apetecía perder mis pertenencias, pero me intrigaba que algo tan festivo se pudiera hacer allí. En ese lugar de las pesadillas día a día yo repetía el primer momento del encierro y, aunque mis pechos ya no me dolían, sentía aún las piedras envejecidas, como aquellas de los ríos que tienen secretos y rastros que solo el tiempo graba en la superficie. Repetía en mi memoria el asesinato, lo repasaba para que no se me olvidara, esperaba a Rosa cada domingo y ella solo decía lo mismo, que estaba consiguiendo que Nacho confesara. Eso me hacía pensar en las reuniones entre Rosa y Nacho y en lo que ella tendría que hacer para conseguir esa confesión y sacarme de la cárcel. Pero ahí estaban esas mujeres cada una a lo mejor con su muerto a espaldas riendo a carcajadas y pendientes de los naipes, como si solo en esas cartas encontraran un respiro. Las guardias empezaron a organizar los quehaceres y acabaron el receso poniendo a cada una en su sitio, bien fuera en la celda, en la cocina, en el patio, barriendo o lavando los pisos de los baños. Yo me había ganado el turno de repartir los libros de la biblioteca y ordenar los que encontrara. No eran muchos, pero en eso se me iban unas horas, algunos días. De todas formas, algunas ni siquiera sabían leer. Aun así, recibían los libros y se escondían en sus celdas con ellos. La oscuridad la acompañaban con los lomos de esos libros acogidos en sus brazos y sin abrir. Sabía que no sabían leer porque se rehusaban a firmarme la cartilla y algunas solo ponían una equis, como era costumbre en las notarías cuando una no sabía firmar.

A mí me enseñaron todo en la primaria. Cuando comencé el bachillerato ya sabía leer y contar. Mi tío Chepe se encargaba económicamente de mí por un pacto que había hecho con mi madre y, aunque no lo veía mucho porque yo estaba en casa de mi hermana Rosa, él le mandaba a ella todo lo que necesitaba para la escuela. Los últimos años que me mandó gasté todo mi dinero en antibióticos para la infección que tenía. Cuando me vi curada, me fui de casa de mi hermana con Nacho, que era entonces camionero, y desde entonces me había acostado solo con él. No había otro hombre que pasara por mis piernas, aunque él sabía que muchos me tenían ganas, y a mí me picaba la enfermedad cada vez que los sentía muy cerquita. Yo me había procurado hacerme mujer de un solo hombre entonces, porque sabía que estaba enferma. Como ya sabía leer y escribir, le ayudaba a Nacho con las cuentas cuando me lo permitía.

Por fortuna no tuve hijos tan temprano, porque entonces tomábamos mucho y en el camión íbamos y veníamos hasta que nos alcanzara la noche para dormir. En esa época

Nacho tuvo que devolverme dos veces a la casa de Rosa porque él decía que yo no era «mujer de hogar». Cada vez que se daba cuenta de que me picaba la vagina frente a otro hombre, me dejaba y luego me recogía y me llevaba en su carro.

Por aquellos días mi hermana insistía en que retomara la escuela, pero yo solo quería ser la mujer de Nacho, y cuando me tocaba estar en casa de Rosa lloraba todos los días hasta que él me recogía. Le prometía portarme bien. Así pasaron los siete años que anduvimos en el camión hasta que perdimos todo por los juegos y don Valentín nos dio de comer y trabajo en su hacienda. Viviendo allí aprendí a sembrar y a recoger la comida, y por eso el día en que Nacho lo asesinó yo sabía que si lo sembrábamos se iba a volver fruto algún día, porque la tierra todo lo devuelve. Pensaba que ese fruto era el hijo que creció en mi vientre meses después. Yo lo vi como una señal de Dios, porque antes no había podido estar embarazada, que era lo que más deseaba Nacho.

Julio empezó a crecer en mi vientre cuando pensamos que ya teníamos una casa y comida para darle y nos habíamos habituado a vivir de la tierra. Al menos yo lo hacía. Nacho en cambio andaba marimbeando y a veces se perdía días. Yo sabía que se iba a hacer las vueltas con los ricos, pero le prohibía que usara nuestras tierras para sembrar marihuana porque ya habíamos sembrado suficiente pecado y Dios nos redimía con la vida de nuestro hijo. Era una vida muy tranquila la del embarazo. Luego nació y ver su sonrisa fue una confirmación de que yo sí era la mujer para ser la madre de Julio y la mujer de Nacho, una señora de hogar, como mi madre, como mi hermana que entonces andaba en peleas con su esposo y había dejado a sus hijos regados con mi mamá y con el padre.

Cuando nació Julio, mi hermana acababa de llegar a la ciudad. Por pura coincidencia, ahora tenía familia para visitar y yo era más normal, hasta la piquiña en la vagina había desaparecido esos días del embarazo y después, durante la lactancia, pues un solo hombre poseía mi cuerpo cada vez que tenía ansias y ese era Nacho. Reconocía en mí cada músculo de él. Era una mujer de hogar, no para la escuela, ese era el destino que ansiaba, sentir a Nacho, ser la madre de Julio, no era más sino ese mi lugar y mi vida entera. Así me sentía hasta que me tocó ser lo que era en verdad, después de matar e ir a la cárcel.

Pensaba eso de todas las mujeres en el penal: seguramente nacieron para ser madres y algún evento fallido las llevó, como yo, a vivir allí ahora. Por eso no sabían leer, pero los libros tenían algo para ellas, pues los abrazaban y se escondían entre las sombras con ellos.

Yo guardaba para mí novelas de Corín Tellado, aunque leía poco, pues esos días mi cabeza estaba en el recuerdo del asesinato, en la raja que sentía en mi pecho, en saberme ahora una estatua de sal castigada por la voluntad del nieto de don Valentín y la de mi propio esposo que siempre me escarmentaba abandonándome a mi suerte. A pesar de todo, aún extrañaba el cuerpo de ese hombre penetrándome y las novelas me hacían

recordarlo, soñar algún día con ser una mujer elegida para amar como una señora de casa, perpetua, organizada, limpia de pecado, como una virgen perdonada por su falta.

Mi rutina en la cárcel empezó a cambiar cuando conocí a Aureliana y su juego de naipes. Una mañana le pregunté si ese día podría jugar con ella. Me respondió como quien sabe algo muy viejo que al fin se hace posible: me estaba demorando en preguntar. Encendió una vela y me habló de Aoana y el movimiento del fuego. Aureliana sabía que yo estaba en esa celda, que ya era la de ella antes de que yo llegara. Sabía también que yo le iba a pedir jugar, que nos conoceríamos allí, y algo familiar empezó a iluminar aquellos días del encierro. Quien soy ahora nació en la cárcel. Ella sabía cosas, como saben los que no necesitan confirmación, sino que lo han visto en los sueños y dejan comandar al alma. Hay cosas que se saben con certeza y la vida siempre tiene la razón de ponernos en un lugar. Aunque yo no lo entendiera entonces, fui a Papillón para ser yo misma, para dejar de ser la que otros querían. Aoana empezó a parirse, por videncia de Aureliana, cuando jugó a los naipes en el patio con las otras reclusas.

De tres cartas, la primera es el medio y el tronco del árbol lo que está en el presente. El cometa. Es una espiral de la evolución, el karma. Nada es casual. Viniste a buscarme para saber esto, no es un círculo lo que vives, no es un encierro como el mío en aquella cárcel. Estás aprendiendo a ser tú misma, el canto de tu alma. Si miras el círculo plano desde el frente, está cerrado, pero si lo miras desde arriba, tiene el comienzo y el fin en una espiral. Una repite para aprender y cada vuelta es una persona distinta. La lección está servida en esta carta con el número maestro 22. Las lecciones con los otros. La aluna de los koguis, la madre universal de la creación, el caos para darle forma. Es tu carta de ahora. Tu camino invisible te trajo hasta acá para desanudar y que puedas ver que no hay un encierro, que forzar el aprendizaje es generar karma y cargar con algo muy pesado para ti. El cometa es lo que se debe vivir con amor y aprender en el espejo de los otros. Saque dos cartas más, señorita reportera.

Plegaria de nacimiento

Aoana es el movimiento del fuego, es la resonancia del agua cuando fluye, es el torbellino del aire que lleva el polvo del Sahara hacia el desierto. Es una canción en una lengua muerta que nadie recuerda, pero que habla de la pirotecnia de los volcanes, cuando los seres nos dedicábamos a ver el espectáculo de la eyaculación de la tierra como una manifestación de la fuerza de la madre y era celebrado el fuego que provenía de allí; era celebrado, contemplado y llevado al disfrute sexual entre las gentes. De esos tiempos ya nadie recuerda, pero yo nací para recordar y hacer recordar con mi historia la creación que cada quien trae; el nacimiento y el momento exacto en el que el fuego se enciende adentro del vientre de la madre.

Aoana viene de una tribu africana que cantaba con los pájaros. Este es su canto, el de una sirena morena de ojos felinos cuyo amor la llevó a hacerse asesina y a encantarse con los nacimientos. Aoana es una diosa terrenal, mundana, todo el mundo sabe lo que ella sabe, pero nadie recuerda. Vine a nacer después de matar.

Aoana teje el nombre nuestro de cada día. Ella es la que sabe del tránsito. Lo que escuches de esta historia viene de las ancianas que cantaron con ella, de mujeres de siglos y siglos que honraban a los volcanes. Estas mujeres vieron morir a sus hijos y pensaron que los habían matado a ellos. Y el dolor se les incrustó en el cuerpo para parir, pero antes parían extasiadas y salía de su garganta la lava ardiente del deseo de vivir.

La Guajira antes era el mar y había fuego, y con ese fuego celebramos la vida. Esta es lo historia de Aoana, partera del desierto, que amó a los hombres, mató e hizo nacer, de las semillas, nuevas sirenas en la tierra donde vino a ser muerte. Este es el canto tejido en su mochila, un canto humano que contó mi abuela y que escuchó de su abuela y de la primera mujer de nuestro linaje, aquella que paría con placer y en orgasmos nos trajo a la vida de la dicha.

Aoana, te nombramos, te recordamos con esta ofrenda de tabaco y miel, con estas flores de mayo, para que seas tú ungiendo el nacimiento de la mujer que sale de esta cárcel. Así sea y así es. En el nombre del padre, de las diosas, de la madre que nos parió, hecho está.

Aureliana me enseñó a ganar. Pasábamos rondas enteras de la tarde intercambiando trofeos por juegos largos. Así nos fuimos conociendo. Ella era como una sacerdotisa, pero con un aire desenfadado, más jocosa cuando quería, aunque siempre andaba seria. Una noche me mostró otra baraja que tenía entre sus cosas y era un tarot antiguo que tenía figuras diferentes a la baraja de naipes español que hasta entonces habíamos tenido por divertimento. Me sacó una carta y era una reina de copas. En el tarot de Marsella, esta carta es la de la ternura y el sentimiento desmedido. Esta reina tiene una espada escondida y siempre la usa. Tiene un trono de piedra, una certeza. Es la reina kármica, la que ama demasiado, la dependiente. Puede asociarse a una hechicera, curandera o síquica; una mujer magnética e intuitiva que nada teme del sentir y que lo da todo a copas llenas.

Mientras saltó otra que era la emperatriz, me dijo que esta simbolizaba la madre. Yo era todo entonces, menos una buena mamá. También me advirtió de los dones intuitivos y sensuales de mi sabiduría interior. Aoana trae consigo la fuerza y el fuego, todo a su paso surge de la raíz. Cecilia es esa reina de copas, una mujer fatal que corta y ama descomunadamente, como una boba, pero reina, firme en el amor desbordado que piensa que es el verdadero, en ese amor que es el sueño de cualquiera. Entendí con eso que no estaba allí porque amé, sino porque quise.

Este tarot tenía unas cartas hermosas. A mí se me tuvo que haber iluminado el rostro esa noche como una vela en la oscuridad de la celda, porque la vieja sonrío y soltó unas cuantas lágrimas de felicidad. Me quiso enseñar a leer cada una en comparación con las reclusas que había en el lugar, y que así no me iba olvidar nunca. Lo único que yo tenía que hacer era escoger una y escuchar su historia. El tarot era otro juego de naipes para mí, pero en este ganaba conocimiento. A cambio, le daba a la sacerdotisa bandejas de pan dulce que traía mi hermana cada domingo, con las noticias de que no había visto a Julio y de que no podía traerlo a la cárcel porque la abuela y el padre se negaban a que estuviera en este lugar. Así que no tenía nada que perder sino jugar y aprender algo que Aureliana quería enseñarme. Ella insistía en que ya antes nos habíamos visto. Yo no lograba acordarme de haberla conocido.

La reina de copas es una mujer de sentir todo: el amor y el odio. La sacerdotisa es la anciana que sabe y enseña lo femenino. La emperatriz es la madre que guarda el huevo, las mujeres y sus símbolos síquicos. La muerte es una mujer que enseña a arar la tierra más negra, el abono más fértil para el destino pactado.

Empecé por escoger a la más jovencita del penal. Tenía cara de ser un diablo, pero Aureliana me hizo averiguar bien su historia para que comparáramos con la información de las cartas. Su nombre era Tibisay. Era una muchacha de unos diecisiete años. Se notaba mucho más joven que yo en ese entonces. Tenía la piel más blanca que todas nosotras y un rostro indio. Su pelo negro se veía casi azul y le hacía juego con los ojos

rasgados. Ella no era muy amigable, me costó trabajo acercármele mientras jugaban a la baraja. Le ofrecí una novela que me estaba leyendo esos días. Me rechazó. Pensé en eso de que la mayoría allí no sabía leer, entonces me fui por el lado del estómago y saqué una galleta de las que más guardaba para que los guardias no me las quitaran. Tibisay accedió: sonrió vagamente y me recibió el bocado. Le pregunté si no había un lugar para menores de edad y ella me dijo que a las asesinas no las dejaban en los internados. Esa confesión inesperada y apresurada hizo que ganara confianza antes que miedo, pues creo que en ese momento ella quiso decirme que me alejara al nombrarse asesina. Le hablé de ser asesina. Conté que me habían quitado a mi hijo y no sabía cuándo lo volvería a ver; incluso comenté acerca de la mastitis que me había secado los senos y me había dejado en cambio dos piedras. Entonces sonrió y me habló de lo importante que era tener los senos duros para bailar en los bares. Tibisay era prostituta y bailarina. Le gustaba el sexo y bailar, pero se enamoraba de sus clientes y eso era un pecado mortal en una profesión como esa. Tuvo que matar por celos, porque el hombre le había prometido sacarla de la prostitución y hacerla la esposa oficial, pero nunca cumplió y dejó embarazada a la esposa mientras visitaba a Tibisay en el puteadero donde trabajaba. Pero ese no era el motivo real de haberlo matado: ella lo mató porque cuando ella se negó a estar con él, el cliente la violó y la golpeó hasta desformarle la cara. La joven se armó de paciencia y fraguó una venganza tal que no les dio tiempo a los jueces de disponerla para correccional de menores. Le había cortado el pene y ella se sentía orgullosa de su trofeo.

«A los hombres violentos hay que castrarlos como a los perros para que no sigan usando la verga como un arma», contó aquel día, sonriendo como una justiciera. Era la carta del diablo, como decía Aureliana, y cuando le conté la historia me lo confirmó. Esta carta no era del todo negativa, también aseveró la vieja, pues hay un instinto de supervivencia en ese demonio que encadena o libera a quien lo posee.

Tibisay era una bailarina y le gustaba dominar a los hombres con el sexo y el baile. Se hizo libre de su agresor y cobró venganza por su cuenta. Podría pasar veinte años más allí con buena conducta y, como su familia no la reconocía, no le importaba más nada, así que ya era libre. El día que supe su historia también me pidió que le enseñara a leer. Empezamos por la escena más caliente que encontré en mi libro. No sé ahora si era yo también el diablo ofreciéndole cosas para que cayera en la tentación. No todo lo que brilla es oro, dice la carta del diablo. No todo lo bueno libera y, al mismo tiempo, liberarse es la única opción del instinto humano.

Aoana es la llama encendida entre Aureliana y yo, mientras a oscuras leemos los misterios de la noche. Hay gente que no es una sola carta, sino que es una combinación telúrica como esa de la reina de copas y la emperatriz. Eso lo supe también con doña Estrella, pero esta mujer no era la estrella del tarot, que es una mujer desnuda bañada por las aguas y por las estrellas de la buena suerte. Todos tenemos una estrella, según Aure-

liana, y yo en ese momento no veía la mía; estaba apenas encendiéndose a mi alrededor mientras aprendía ese juego que me prometía Aureliana cada tanto.

Doña Estrella era ermitaña, no salía de su celda. Me recordó a mí cuando recién entré, pero ella tenía mucho más tiempo que yo allí encerrada. La guardia le llevaba la comida hasta adentro por un gesto benevolente o por unos pesos a cambio cada mes. Era callada y me costó mucho llegar a conocerla. Precisamente ese alejamiento de todas me hizo proponerme llegar a ver un poquito, aunque fuera su rostro. Era una mujer con gesto severo, pelo cano y cara redonda, cerca de los cincuenta años. No miraba a los ojos. Me ofrecí a llevarle el almuerzo y a cambio de *garotos* la guardia me dejó. Nada es gratis en Papillón. Se espantó al verme y le insinué que no se preocupara, que solo quería hablar con ella. Más silencio de su parte. Cuando le pasé el jugo, le hablé de los naipes y ella hizo una oración dentro de su oscuridad. Afuera hacía mucho sol, como todos los medios días en Maicao. Le ofrecí jugar y me hizo un gesto vacío. Se dio cuenta de que en la bandeja estaba servido un chocolate, pues guardé uno de los que le había prometido a la guardia y sonrió con la mirada. Entonces le ofrecí el dulce como un regalo de mi parte. Le dije que ese dulce me recordaba mucho a mí cuando recién había llegado y que no entendía por qué no salía. Me llamó bellaca. Yo no sabía nada de la vida para andar regalando cosas a la gente sin conocerla. Algo escondía en esa celda oscura y por un momento un rayo le atravesó la cara, y supe que sus ojos tenían una ira misteriosa, como cuando pasa la muerte y los perros ladran. Sentí una gran amenaza cerca, entonces no la miré más y regresé a mis labores repartiendo libros.

Cuando le hablé de ella a Aureliana, se acordó de que las personas así eran sabias, pero que en el caso de Estrella su encierro era por la luna. Me la mostró y se parecía mucho a lo que sentí en el momento de hablar con ella. Cuando veo la luna en el tarot no puedo olvidarme de Estrella, porque es justo esa sensación de saber que algo oculta, que lo sabe todo y que en su presencia la noche esconde sus más temibles alimañas y sus más nacientes fuegos. Una sabe que te puede hacer daño y que pronto te puedes enterar y te dolerá. Lo más oscuro del alma, lo más profundo de lo caótico y lo femenino se encuentra allí. Las intenciones y pasiones más bajas que no se encuentran de frente pero que están. La luna también es una sabiduría femenina muy fuerte, una energía que cambia con los ciclos de las mujeres, según me explicó Aureliana. Toda luna tiene su lado oscuro y luminoso y los intermedios. Yo apenas era una aprendiz de tarot y este juego me había hecho olvidar el picor de mis entrañas, las piedras en mi pecho y la amargura de mi vida como mujer hasta ese día.

Aoana era todo lo nuevo que llegaba a quemar como el fuego y transformar lo que sabía sin saberlo. Poco a poco se destejía en mí algo que no recordaba. Ese era el poder de la luna también, porque ella es espejo de quien la mira y se obnubila; ese canto de pájaro y nube, de tierra que llora por lo que duele cuando es invadida.

Cecilia era la asesina de su propio hijo, del padrastro de aquel muchacho, incluso del propio amante que la había llevado a la cárcel. La estrella era la carta de la buena espera antes de adentrarse en la profundidad, como ese escudo de buen augurio que se necesita para transitar la noche antes del amanecer.

Supe que la luna me había rondado desde siempre y que el tarot también cambiaba según uno iba viviendo. Ahora que cuento todo esto como Aoana y habiendo sido Cecilia, esa reina con su copa cerrada ya no confía, espera su alma gemela y tiene una espada que corta a quien no quiere que abra su corazón. También soy la emperatriz, siempre llevo en mí una luna y un sol para caminar. Tal vez soy la reina de toda la baraja y sé que cada tanto puedo ser una arcana, una sota o un as que todo lo corta, aunque mi esencia y soledad de reina permanecen intactas. Aoana es la que crea mi vida, ella es la creadora. Aoana sabe que todo es porque es ella, esa es mi verdad. La reina era la que había hecho lo que quiso por instinto y por amor aquellos días, aunque se escudaba en que su marido la había obligado. Era entonces una reina sin trono ni poder, una reina invertida, pero con toda la potencia que descubrió después. Aureliana lo dijo, pero Cecilia no sabía que aspiraba a emperatriz, ni siquiera había llegado a ser la soberana que tenía que ser. A lo sumo era un diez con todas las espadas adentro, un muerto que empezaba a resucitar mientras aprendía y que tenía ganas de ser diablo para vengarse de su exmarido como Tibusay lo hizo con su amante. Soy Aoana, pero esta es la historia de Cecilia, la reina de copas en una baraja cuando se hizo libre y dejó correr sus aguas estancadas en cautiverio.

[También sé que como ahora le leo a usted estas cartas, una puede o no hacerle caso al tarot. Hay un camino que se muestra, pero cada una tiene libre albedrío y el derecho a decidir si hacer caso o no a la evolución del alma, al símbolo del viaje.]

Llovía el día en que Lorena, otra reclusa del penal, asesinó a Natalia a la hora del almuerzo hendiéndole un tenedor. Noté cómo miraba hacia Estrella y este tenue gesto me delató con la mujer encerrada quien me devolvió la mirada con una sonrisa abierta. Supe que allí estaba la luna mostrándose, que había gente que no era de fiar. Aureliana lo había predicho: algunas veces eran engaños con terceros, pero siempre había algo oculto del lado donde la luna no se muestra. Todos tenemos esta cara, lo que pasa es que con algunos la utilizamos más.

Aureliana era una *ouutsü* en su comunidad wayuu. Ella soñaba y tenía comunicación con los ancestros: usaba los puentes que son difíciles de encontrar al ojo humano. Había soñado que me iba a conocer y que me enseñaría todo. Me contó su historia de sacerdotisa. Estaba allí por la marimba. Aquellos hombres ricos que traficaban y tenían mucho dinero para comprar mujeres y tierras se habían apoderado de su ranchería sin nadie que se los impidiera. El día que llegaron, ella ya sabía que irían, y sabía que esto era un daño para la comunidad porque vio en el sueño cómo una ola de mar arrastraba la ranchería, lo que quería decir que venían a matar y que iba a haber mucho dolor.

Ella le pidió a sus hijas y nietas irse mucho antes y varias alcanzaron a hacerlo. También vio la tierra seca después de la oleada, el hambre, la ruina y a los muertos enojados por no hacer los entierros de la gente desaparecida. Aureliana estaba en su rancharía y vio todo antes, como me vio a mí. Perdió sus chivos, perdió a sus nietos más adolescentes cuando los vio andar en motos y gatillos por el horizonte del desierto hasta que desaparecieron como un punto que el sol ya no deja ver. En ese entonces la laguna no volvió a llenarse y los totocos se fueron también. El pueblo de Aureliana quedó hecho de sal y tierra ruinosos.

A pesar de su silencio mientras fue testigo de todo aquello, la obligaron a cocinar para los asesinos, la obligaron a hacerles baños y curas a las armas, pues la conservaban como un amuleto, como una recompensa que la tierra les había dado. Su mirada se llenaba de aguadesal cuando recordaba frente al fuego. Llegó a ser peligrosa un día por defender a una niña de diez años que los mismos tíos querían entregarles a los alijunas marimberos a cambio de comida. Ella les pidió que no se la llevaran y se interpuso en el negocio. Aquello no era una dote, sino una simple transacción comercial sometida por los poderosos del lugar, ahora dueños de todo cuanto miraban allí. Fue arrojada al suelo con estruendosa fuerza por esos hombres que la ensillaron en una motocicleta y la trajeron a Papillón para acusarla de cualquier cosa. Le pagaron también con unos billetes al capitán. Ya no les servía ni para rezar las armas porque los hechizos dejaron de funcionarles cuando ellos empezaron a dudar. Entonces la metieron allí en un acto de misericordia frente a su vejez, para que no muriera sola, ni hambrienta en alguna vía de La Guajira donde la quisieron dejar al principio. Este acto de caridad de los asesinos con ella la llevaría hasta mí, a hacerse compañera de mi celda y ahora mi maestra, la bautista de Aoana. Aoana es la forma de la lágrima cuando cae sobre la mejilla.

En el sueño, los ancestros sabían que yo no podía ser ouutsü porque soy alijuna, pero tenía que hacer nacer muchos niños, era mi misión y mi destino, según decretó Aureliana. Para eso debía aprender todo lo de ella y que yo tendría mi propio aseyuu, que es el equivalente a un espíritu ayudante. Aoana es su nombre y canta con las sirenas que aparecen en altamar. Aoana tiene una voz que asegura que todo es porque es creado y que yo lo creo. Aoana viene con los tambores de miles y miles de mujeres alrededor de la danza del fuego. Emerge de lo más oscuro y profundo como lava que expulsa la madre iluminando el cielo. Aoana está presente en el sueño y de noche alumbra en la celda con Aureliana.

No lo entendía entonces. Poco a poco, como con las cartas del tarot, fui descubriendo códigos y silencios durante los días de mi encierro. Ahora que lo veo con todos estos años encima, aquellos fueron los días de mi escuela verdadera, no los del colegio, sino los que me enseñaron el oficio y los cantos, los lenguajes que no están en las letras y que poco a poco cada mujer va descubriendo. Algunas como yo, según

ella me dijo, venimos con el camino para mirar hacia adentro, para en soledad observar todo lo que tiene para decirnos algo más grande que nosotros, la sombra con sus nombres, y entender allí el servicio y el camino de otros. Algunas hacen brebajes con este conocimiento. Les sirve para rezar armas y hacer oraciones para que los enemigos no las vean en combate, como le consultaban a Aureliana cada vez que ellos querían ir por sus botines. Otras sencillamente necesitamos aprender lo necesario y guiarnos del aseyuu para dar vida a mucha gente. También nos entregan la pestaña de los lobos y la pregunta verdadera del alma. Hace falta conocer el misterio, aunque la venganza y la oscuridad hiele nuestros corazones.

Yo era esta que aparecía en los sueños de la vieja y ella no necesitó más que mostrarme el tarot para sacarme de la prisión y la jaula que mi sexo me había impuesto con esa enfermedad que me daba rasquiña y me hacía piedras los senos. Lo primero que aprendí fue a limpiar mi vientre y mi cuerpo. Ella me hizo conocer las plantas y las palabras adecuadas para la limpieza. Un asesinato no se limpia tan fácil de la vida de una persona, así que para eso tendría yo que pasar otro tiempo tomando lecciones con Aureliana sobre muchas materias. Y con la vida, que apenas empezaba a mostrarme su cara más amarga, salía otra cabeza para cortarle al monstruo, así como cuando mi hermana me hizo saber que Nacho se iba entregar. Las sirenas cantan para atraer a los hombres y amarlos, dice Aoana. En el amor dejan su cola en el mar a cambio de su voz, o matan al que no sabe bucear y respirar en la profundidad de la copa de la reina.

El siguiente día de visitas encontré a Rosa. Estaba hermosa con su cabello recogido y con labial rojo. Me entregó una valija llena de cosas que le había pedido para mis días de aprendizaje, unas plantas de salvia, romero, ruda, una borraja abortiva para una reclusa, velas de varios colores para otros rituales y unos libros distintos a los que había en la biblioteca de Papillón que le tocó a ella encargarse de otros lados porque no se conseguían. Por esos días me gustaba leer enciclopedias sobre los wiccas y los vikingos, y cada día me hacía también más lectora, a la par que aprendía de Aureliana. No solo leía letras, sino el mundo y sus mensajes. Necesitaba unas mantas de vestir para mí y para Aureliana, y tuve la suerte de que mi generosa hermana, que siempre me cuidó como mi madre, me llevara muchas elaboradas con sus propias manos.

Estaba contenta por mí, según ella misma me dijo, pues pronto saldría de la cárcel porque Nacho había confesado y ya no me quedaba por pagar sino a lo sumo un año por ser cómplice. No entendía cómo era que aquello había pasado, ni supe entonces quién estaba con mi niño. Tampoco lo había visto crecer. Ya pronto iba a cumplir el año y no iba a estar con él para su primera caminata, *quién le pondría las medias de noche para que no se le entrara el frío, quién le rezaría las manos con el ángel de la guarda, quién le pasaría un romerito por la cabeza para que no le dieran pesadillas, con quién dormía, quién lo abrazaba de noche, quién le tocaba sus manitos calientes cuando tuviera fiebre,*

todas esas eran mis preguntas cuando no estaba conmigo, las repasaba cada día, *quién le untaría hielo en las encías para que no le dolieran los dientes al salir, quién le estaba dando tetero con agua para la sed, quién lo arrullaba si le daban cólicos, quién le hacía agüita con arroz quemado si le daba daño estomacal, quién le hacía por lo menos agua de manzanilla, quién le daba su ahuyama cocida para el almuerzo, quién lo veía gatear mientras cocinaba*. Ya pronto cumplía un año y Rosa solo tenía este semblante feliz que yo no podía soportar.

Sabía muy bien que esa confesión tenía un precio caro. Ella me lo suavizó con café y galletas de limón. Me contó cómo hizo para que Nacho se inculpara. Lo había embelesado con su cuerpo, como desde niñas nos enseñaron: los hombres pierden la razón y se hacen propietarios del calor que tenemos adentro. Lo que me contó me produjo entre celos, envidia, rabia y vergüenza por pertenecer a una familia de putas. Rosa lo enamoró: cada día lo visitaba para saber de su sobrino y le empezó a mostrar interés. A él le gustaba el culo de mi hermana. Más de una vez lo observé degustándose los labios mientras le miraba las piernas o los brazos, o una rayita de los senos le asomaba por el escote. Así que supongo que aquello no fue difícil para ella. En cada visita le fue sacando más información sobre el asesinato y lo convenció de que si confesaba, ella lo vendría a visitar conyugalmente y «se lo daría». Solo así, a cambio de su testimonio, para que a mí me sacaran de la cárcel.

Al principio esto no le gustó a Nacho porque la quería como su mujer. Incluso intentó violarla un día que estaban solos, pero Rosa era una serpiente tierna y sagaz y había logrado que su marido fuera por ella, así que Nacho no pudo hacer nada en aquella ocasión. Se tuvo que aguantar la calentura hasta esta visita de Rosa.

Ella decidió contarme primero lo que haría y después iría a visitar a Nacho. No entendí por qué no lo hizo primero o por qué sencillamente no lo mantenía en secreto como tantas cosas en nuestra familia. La eché del patio con mucha rabia, la empujé y maldije tenerla como hermana. Lloré y le pegué a la mesa, las guardias se acercaron, el diablo estaba allí y la luna era Rosa en ese momento, cuando la traición me hizo entender que las mujeres de mi familia tenían la misma picazón entre el sexo que yo cargaba. Muchas veces me repitió que era un sacrificio por mi bien, algo que yo no le pedí, como se hacen todos los holocaustos. En cambio, yo la veía sonriente cuando se alejó y no dejé de imaginarme cómo le chuparía a Nacho la verga. La culpa por desear asesinarlos a los dos era pequeñísima en comparación con haber ayudado a Nacho en el asesinato de don Valentín. Una se alimenta de la muerte en el camino de aprender sobre la vida.

Sabe el gran misterio todo lo que lloraba aquellos días de encierro cuando recordaba a mi hijo y sentía haber perdido con él el alma. También lo sabía Aureliana, quien me consolaba con aguapanela de hongos diciendo que los elementales de los hongos eran niños y que aliviaban el niño interior. La niña herida me daba miedo cuando tomaba

aquel menjurje porque nunca había sentido que fuera una niña alegre. En realidad, todo empezó aquel día en el trapiche mientras lavaba la ropa de mi familia, como nos tocaba a las niñas. Mi padrastro se abalanzó sobre mí, me dejó la blusa rasgada y el sangrado que hasta hoy no se me quita con la rasquiña. Después aprendí que ese ardor era parte de mi placer y que ser mujer también era aprender a ser feliz con ese sentir entre las piernas. Mejor apropiarse del cuerpo y del deseo que dejarlo en el poder de aquellos hombres.

Aureliana me mostró que todo se sanaba con las plantas, que había una rueda medicinal de los cuatro puntos cardinales y que yo debía empezar desde el sur hacia el norte. El sur era mi pasado y era lo primero que había que sanar. Me quedaba un año para salir y planear cómo iba a ir a buscar a Julio, pero tenía que aprender y curarme. Pasa la vida y siempre estamos sanando en alguna dimensión, en algún vuelo del viento.

Por esos días Aureliana apareció en la celda con un tambor. Era de cuero de chivo, según me dijo. Tenía un marco de ocho lados de madera y un mazo para tocar con una punta suave. Era para llamar los latidos de la madre, y comenzó a tocarlo y resonaba. El coro lo retengo aún como música de mis latidos propios. Los cantos de otros tiempos resonaron en mi cuerpo.

*Ventre sagrado
centro del poder
tú que guardas las memorias
de todo el ayer
limpio mi pasado
vuelvo a renacer
floritura hermosa
ábrete al placer.*

Flotaba en el círculo de Aureliana, sentía el aroma de la salvia por toda la celda. Por momentos regresé a los días cuando corría agarrando los morones del camino en el Pie de la Cuesta de Santander. Mis abuelos tanto nos querían a mis hermanos y a mí. Mi hermana y yo, ella abrazándome la fiebre, yo era la menor, los otros dos eran hombres y mamá se desvivía por ellos. A las mujeres nos tocaba la peor parte. Mi tío me quería como si fuese su propia hija. Era una niña alegre antes del trapiche. Eso me mostraron los hongos. Era inocente antes del día de lavar ropa. El tambor seguía resonando y sentí que me abrazó la tierra y me acuné.

Después de un sueño pesado alcancé a sentir que estaba en una cueva de cristales de todos los colores y me sentí iluminada bajo todos esos metros de tierra que me cubrían. Yo reía con mi voz de niña, con mis crespos medio revueltos y rubios, con mis ojos pardos y mi boca pintada por un pincel. Mi piel amarilleaba y la luz de los cristales me

iluminó el cabello. Sentí una fuerte atracción hacia uno de estos cristales y el sonido del tambor se hacía más fuerte dentro de mi pecho, y me haló automáticamente hacia este de color azul índigo. Lo tomé en mis manos pequeñísimas y, cuando lo tenía allí, me vi encerrada en la cárcel y dormida en el piso mientras Aureliana tocaba el tambor. La luz cambió de oscuro a resplandeciente. Parecía un océano después de que la noche pasara por encima de él.

Entonces la niña empezó a encenderse en esa iridiscencia y el sonido del tambor; puso las manos con el cristal en el corazón y el vientre encendido de éxtasis floreció. La luz estaba dentro de mí y el tambor sonaba cada vez más fuerte allí. De la niña, que era entonces otra Cecilia, empezó a germinar otra iridiscencia verde menta y blanca que llenaba la cueva de un ritmo alegre. La niña sonreía con los ojos cerrados y flotaba encendida y acunada por la dulzura de aquel sitio. Al despertar, tenía las manos plegadas sobre mi pecho y Aureliana había puesto el tambor en mi regazo. Ella fumaba tabaco y hacía escupitajos al piso. Cuando abrí los ojos, me sentí diferente. La sonrisa de la niña permanecía en mí y vi en el tabaco una flor abierta.

Con los ojos concentrados en la ceniza, Aureliana me dijo los mensajes para los siguientes días. Tenía que aprender las recetas de los sueños, los símbolos, las plantas y los lugares adecuados. Todo era nuevo para mí. Cada cosa que ponía en su lugar, cada enfermedad que sanaba a las reclusas, me hacía sentir el tambor adentro resonando y la luz otra vez encendida. Seguía a la vieja para donde me llevara y empecé a ser un alma silenciosa. Temprano, al levantarme, encendía una vela para las almas, recordaba los sueños y se los contaba a ella para que me ayudara a entender.

Una vez soñé que un hombre me sacaba del mar y ella me dijo que el agua de mar era tristeza, pero que era un buen sueño porque quería decir que ya me estaba saliendo de ese mar. Según ella, el hombre era Dios, el masculino bendecido y sanado dentro de mí. Que era necesario que yo dejara de pensar en la venganza. Tenía que hacerlo, porque a pesar de todo yo todavía quería ver muerto a Nacho, todavía quería sentir su sangre después de hendir el cuchillo con la fuerza de mis manos, y esto era lo que más me iba a costar curar a pesar de todo lo aprendido. Pero la rueda apenas empezaba y yo todavía caminaba de sur a norte.

Una noche soñé con don Valentín. Fue como el día en el que Nacho lo asesinó. Me preguntó por qué habíamos hecho eso y yo le dije que yo no sabía que Nacho iba a asesinarlo. Él sabía que yo mentía, pues deseaba tanto la tierra como a Nacho. Entonces me disculpé, le dije que estaba pagando mi purga por eso: no ver crecer a mi hijo era peor castigo que estar presa. Don Valentín me dijo que él ahora estaba en paz, que ya todos sabían lo que había pasado, que se había reencontrado con su mujer y que ahora no estaba solo, que lo único que lo mantenía en la tierra era ese secreto que estaba descubierto, incluso por esa confesión de Nacho. Me sentí bien por él. Un aseyuu apareció en el sueño

y me dijo que en su mundo era muy grave tomar la vida de alguien y que mi alma tenía que permanecer sola de ahora en adelante. Se me había dado el don de conocer, pero en soledad, para mí y para las mujeres de mis siguientes generaciones, y que, cuando naciera una mujer, el castigo del espíritu se acabaría y ella me daría la libertad con su palabra. No entendí el mensaje, pero, al despertar, la Ouutsü me habló de una visión. Me faltaban muchas para entender.

Hay cosas que se han ido cumpliendo en mi vida desde las visiones que tuve durante ese año en la cárcel y bajo la influencia de Aureliana. Era Cecilia y el dolor me trajo a Aoana. Toco el tambor desde esta montaña sin quién bendiga mi cara o mi cabello más que el viento. Esto lo siento como un perdón de mis ancestros por haberle quitado la vida a aquel anciano en nombre de lo que yo creía que era entonces la riqueza. Tengo una soledad de reina.

En los sueños, el tiempo y el lugar no existe. Así que me sentía estando afuera allí encerrada en mi celda. Estaba como la carta del ermitaño. Los días en que bajó mi menstruación, Aureliana dispuso un lugar aislado para mí durante una semana. Yo no era wayuu, pero ella decía que sus ancestros le habían pedido el encierro. Aunque ya fuera madre, era una forma de limpiar la sangre. Todo se hizo mediante intercambios con los guardias. Mi hermana había dejado de verme, pero me dejaba cada fin de semana un paquete lleno de golosinas y de mantas para que vendiera, e implementos para asearme. Una vez me sorprendió encontrar allí un juego de cartas que ella misma consiguió con los turcos. Le había contado algo sobre mis aprendizajes y supongo que esa era la parte del botín que me correspondía por el hecho de que ella se había acostado con mi exmarido, aparte de lograr mi libertad que pronto sería un hecho.

Me llevé el tambor para el encierro y, aunque no lo tocaba a menudo, cuando lo hacía vibraba aquella luz que había encendido. Tuve algunas pesadillas. Soñaba que había puesto una tabla con clavos oxidados a don Valentín en la cabeza. Soñaba que había cadáveres putrefactos sin enterrar y que tenía que hacerlo. Soñaba con arañas negras y con gente vestida de negro por fuera de un auto en el que me llevaban los demonios, aunque adentro del auto estaba lleno de tierra. Estas imágenes me hacían querer salir, pero yo sabía que debía ser fuerte. Aureliana se sentaba en la entrada y soplaba tabaco con salvia. Me pasaba pocillos de té de salvia con coca que me ayudaban con los dolores. Parecían dolores de parto, como cuando tuve a Julio, y me revolcaba. Ya no podía tocar el tambor de tanto que me dolía y la sangre corría hacia el suelo en ese huequito que simulaba una choza de rancharía y yo una niña que apenas estaba recibiendo su primera menstruación en un ritual para hacerse mujer. Salieron así muchas formaciones de carne como huevos de iguana que trataban de calcificarse. Mi cuerpo al fin las había sacado del veneno más oscuro de mi sangre. Ahora era asesina y hacía parte de la familia de don Valentín por honrar su muerte.

Aureliana me pasaba la comida y yo seguía en el ensueño. Me dijo que después canté, pero nunca recordé que lo hice, y que se escuchó por todo Papillón. Tuvo que ser durante el último día de encierro cuando ya me sentía descargada. Incluso tuve un sueño esa noche con Julio: lo vi grande y un poco serio, me miró con cara de extrañeza y con cara de alegría al mismo tiempo, pero no sabía quién era yo, así que le conté la historia de Aoana, tal como está aquí dicha. Y sentí otra vez el pecho abierto que inmediatamente emitió una luz rosa que como un hilo se tejió en los ojos y el corazón de mi hijo. Entonces su rostro se puso alegre y me dijo «gracias». Tuvo que ser ese día cuando canté y seguro que canté como una niña en una cueva de cristales. Al salir había parido de nuevo a Julio y también a Aoana.

Se sabe que cada chamana tiene su yerbatero. Ese era Juan Camilo, un paisa que había llegado a Maicao y había puesto una tienda llamada «La contra». Era amigo de Aureliana y la visitaba durante algunos domingos para llevarle toda una variedad de plantas medicinales. Esta vez le había pedido especialmente salvia blanca y artemisa para sanar a las reclusas. Estas eran yerbas que no se producían en La Guajira, pues había otras variedades que la geografía producía y que eran usadas por sus familiares, pero la Ouutsü Aureliana se había enterado mediante sueños de estas plantas femeninas consagradas a la luna.

Me enseñó cómo hacer té para la adivinación con artemisa, que era una planta tóxica, de cuidado y muy buena para limpiar la sangre. Hacíamos emplastos con vinagre de manzana y los poníamos sobre los vientres de las mujeres antes de que les llegara su periodo menstrual. Esta era mi planta guía porque también ayudaba a las parteras a traer a los niños y las niñas al mundo. Según Aureliana, era mi deber aprender el oficio de la partería. Pero yo entonces estaba todavía enceguecida por la rabia y la pérdida de mi hijo, así que no veía aquello como un trabajo definitivo, aunque aprendía por reverencia a mi maestra, pues su sabiduría era algo que yo no tenía. Con mis años y con mis culpas sentía lejano el día de aprender todo de ella. En ese momento me sentía más como asesina que como una curadora que era lo que ella era. Entendí también que algunos la miraban mal y le decían bruja, como a todas las ouutsü, pues pensaban que lo que hacían eran pactos con el demonio, sobre todo las mujeres católicas que entraban a Papillón.

Poco antes de mi salida sentimos una niebla espesa durante la noche de San Juan. Aureliana dijo que alguien quería asesinarla, que debía estar pendiente de las demás al día siguiente. Para mí su palabra era sagrada, y sentí la piel helada y los poros se levantaron como piel de gallina pelada cuando la escuché. En la mañana fuimos al desayuno, como todos los días, y Aureliana sacó la baraja española para jugar. Su cara había cambiado, no era el semblante de niña curiosa que siempre tenía cuando jugaba. Sus lunares se veían más nítidos en la cara y sus ojos más abiertos y negros. Dos mujeres rubias que habían llegado acusadas de contrabandistas empezaron a decir que si ya íbamos a invocar al diablo. Tiraban piedras desde lejos, nos gritaron brujas. Eran jóvenes, pero robustas, y se

les notaba desesperadas e incluso una de ellas llevaba un escapulario naranja fluorescente colgando de su cuello. Lo agarraba y gritaba con más fuerza. Aureliana callaba. Yo le pregunté con mis manos si quería ir a la celda, pero me dijo que no, que esperaríamos. Llegaron otras de las mujeres que ella había atendido y se sentaron a jugar.

Las rubias habían desaparecido por un rato. Estando allí sentadas apareció la más grande detrás de Aureliana, la agarró sentada y puso un puñal en su garganta. Tenía los ojos rojos, parecía haber estado consumiendo alguna droga, y tenía la fuerza iracunda que tiene la muerte. Aureliana me miraba silenciosa mientras esta mujer no hacía sino repetir que las brujas éramos nosotras y que había que asesinarla en el nombre de Cristo para que todas las mujeres del penal fueran salvadas. Nos dijeron puerkas, nos hablaron de la palabra de Dios, del pecado original. Se demoraron esa mañana en llegar los guardias.

La rubia había robado el cuchillo de la cocina, pues estaban haciendo turno allí con las cocineras. Las demás no sabían qué decir, se notaban confundidas. Yo estaba angustiada, veía el filo de aquel cuchillo tocar la piel y salir la sangre. Algo se apoderó de mí en aquel momento y una voz muy resuelta y grande se oyó en el patio: era yo quien hablaba, pero otro el espíritu que decía que la ignorancia no iba a hacerlas mejores. Y con la fuerza de esa voz tomé la mano de la rubia y el cuchillo lo puse sobre ella. Cuando llegaron los guardias, yo estaba a punto de cortarle la garganta y no sabía lo que corría por mis venas galopantes para haber podido con tal hazaña. El de la rubia no era un cuerpo frágil como el del viejito Valentín. Era un cuerpo lleno de rabia y de drogas, pero ella se paralizó entonces ante esa voz que ni yo reconocí.

Cuando los guardias la apartaron, empezó a gritar llorando y decía que yo estaba poseída por el demonio, que había que llamar a un exorcista, que trajeran un padre. Yo llevaba dos ramitas de artemisa en mis sandalias para alejar a mis enemigos como me enseñó la ouutsü, pero al parecer se acercaban más y nuevos a los que tenía que enfrentar. Yo nunca fui religiosa, pero tenía cierta prevención con los curas y las iglesias. Ahora entendía que esto le había pasado muchas veces a Aureliana, pues cuando la volví a ver estaba con el semblante tranquilo e irradiaba la mirada de niña de siempre. Las mujeres a nuestro alrededor se habían ido con miedo, incluso aquellas a quienes había tratado Aureliana. Ella abrió su baraja de naipes y me indicó sentarme para jugar. Ese día jugamos solas. El resto de los días que vinieron las reclusas nos miraban con desdén, incluso se apartaban de nosotras cuando nos veían llegar.

[Tenga cuidado de contarle a alguien su lectura aquí, porque usted no sabe con quién puede hablar de estas cosas y las imágenes pierden poder cuando agarran palabra. Estas cartas suyas son su suerte y de nadie más. No la comparta con evangélicos ni con católicos ni con budistas; este es un conocimiento solo para usted. Aparece este cinco de copas al ladito de la muerte y las transformaciones. Los cinco

se tienen que resolver, que siempre anuncian un problema emocional. Las copas son amores, como le vengo diciendo.]

Durante el tiempo aquel, Aureliana y yo estuvimos prácticamente solas, pues las reclusas nos rechazaban los emplastos, las bebidas de salvia y la artemisa, y tampoco querían que yo les entregara libros, ni les vendiera mantas, ni golosinas de las que dejaba mi hermana. Así que Aureliana se dedicó a enseñarme a cantar con el tambor. Pasábamos largas horas en el patio tocando y cantando, mientras las demás nos miraban con recelo y las rubias rabiosas todavía nos amenazaban con los ojos. Pero Aureliana estaba tranquila porque en sus sueños había aparecido la voz del río que le había hablado de un tiempo próspero para las dos. Entonces me habló de los latidos de la madre en el tambor y me dijo que cada canto era una oración. En su comunidad no había tambores, pero ella había recibido en sueños la instrucción para hacer uno. No era una mujer tejedora como las demás de la comunidad, sino que era tamborera y con esto hacía sonar la yonna, que era otra práctica de los hombres del pueblo. Ella tenía cara de hombre a veces. Al poco tiempo entendí que estábamos rezando en el patio por las otras. También las reclusas vieron estos rezos como algo del demonio e insistieron con alegatos e influencias en traer al cura.

Les funcionó la insistencia, pues llegó un capellán de Maicao e hizo confesiones y misa durante varios días seguidos. Regó agua bendita por todas las celdas, incluida la nuestra. Nunca nos dijeron nada los curas o los guardias, pero se hacían la cruz cuando nos veían y Aureliana respondía también haciendo el mismo gesto.

A las mujeres indígenas y a los hombres sabios de su comunidad les había tocado entender que ese era otro mundo y que cualquier práctica era riesgosa porque les llamaban brujos. Yo no era una bruja, era Cecilia, aprendiz de chamanismo de la ouutsü Aureliana. Ni siquiera era buena estudiante porque todo el tiempo pensaba en la venganza y ella me había hecho montones de rezos para olvidarme del tema. Tampoco se me había quitado el picor de la vagina. Ya estaba por salir e iba a quedar la vieja sola jugando naipes y tildada de bruja. A lo mejor la mataba la rubia. Ese pensamiento me alertó y le confesé a mi maestra, pero Aureliana dijo que era momento de irme y que afuera me esperaba un nuevo aprender.

Una noche antes de que por fin fuera libre de la prisión, me regaló su tambor y me dijo que lo tocara cuando sintiera en mi pecho el deseo de vengarme o el deseo de un hombre o cuando sintiera que ser mujer era abrir las piernas y meterse a un hombre adentro; esa hambre vieja. Me dio más artemisa y me abrazó. Lloramos largo rato como en un funeral, pero sus sueños eran claros y había que despedirse. A la mañana siguiente sentí que volvió una raja a mi pecho cuando la dejé acurrucada en su catre y desde allí me sonrió y me mostró su mirada brillante. Dijo que cuando quisiera le trajera café y la visitara, que ella aún no se iba a morir. Prometí regresar a verla. Alisté mi maleta y limpié todo,

me puse una manta roja y, al caminar, lo hice con la frente en alto a pesar de las miradas de las otras. Llevaba artemisas en las sandalias para alejar o encontrar a mis enemigos.

Una bruja hace pactos con el diablo, según dicen las rubias católicas de la cárcel. El diablo es una carta del tarot que habla de los bajos instintos y la sobrevivencia.

Saldré al mundo por mi hijo. El mundo es una mujer rodeada por una corona de flores. Yo me siento bruja y no chamana como Aureliana; me hace falta conocer muchas cosas. Sé que Aureliana es la mamá oso. Ella tiene la medicina sabia de los osos que hibernan, la rueda que me dio. Yo soy una mezcla entre esas cosas que me enseñó y mis instintos asesinos. A lo mejor es lo que me espera. Yo soy la bruja y soy Cecilia, y el mundo es este lugar a donde voy siendo, donde iba entonces a buscar a mi hijo.

Cuando salí, no entendía nada de lo que había aprendido en la cárcel, no había escuchado a los aseyuu, ni había sentido alivio en el vientre con los emplastos de artemisa. Me guiaba el deseo de la venganza y ni siquiera el amor de la madre, la emperatriz que lleva el huevo, pudo suavizar la ira de ese diablo que crecía en mí. Ahora que recuerdo, Cecilia era bien cabeza dura y apenas comenzaba a vivir sus principales aprendizajes de chamanismo. En la puerta, el primero de todos fue encontrarse con su hermana, quien curiosamente ese día tenía una hicotea en la mano. La Cecilia de entonces preguntó por el origen del animalito y Rosa simplemente dijo que se la había regalado un compadre y que la traía para que la tortuga la acompañara.

Es distante todo aquello para mí, por eso lo cuento así [que no crea usted que me enloquecí como el número cero del tarot]. Tengo que decirlo así porque todo se revolvió con esa actitud de ella, que ya no soy yo, pero que ahora comprendo y abrazo, y que pretendo que comprendas y te imagines.

Cuando observé el animal supe de inmediato que era un aseyuu, pero no sabía bien su medicina. Casi me devuelvo a preguntarle a Aureliana, pero ya había pasado las revisiones y los registros, ya estaba más afuera que adentro. Agradecí a mi hermana con un gesto ligero; ella se quedó esperando mi abrazo. Me sabía muy bella y, aunque no sonreía, todos a mi andar se quedaban mirándome desde que salimos del penal. El animalito se acurrucaba en mi mano como escondiéndose y me pregunté entonces por el tipo de ayudante que era, que se escondía en su coraza. Igual lo llevaba feliz y lo mecía con mi caminata. Íbamos sin decir palabra hacía la casa de Rosa, quien podría tenerme allá mientras resolvía ir por mi Julio. Ella me estuvo mencionando algo sobre la abuela del niño, la madre de Nacho, también me dijo que había visto a Nacho, lo cual yo sabía que quería decir, así que le buscaba la mirada, pero ella no me devolvía los ojos.

Tenía que llegar a su casa y, aunque no había pensado muy bien lo que haría porque los sueños nunca me dijeron algo sobre venganza, estaba segura de que una vez allí encontraría la manera. Sabe el destino todo lo que tiene preparado para que uno termine de aprender sus lecciones y no repetir las. Yo estaba empecinada sobre todo en matar

a Nacho. Era tal el dolor de haber perdido a mi hijo, de no tenerlo conmigo, que era lo único que me daba alegría entonces. Rosa me habló del trabajo, podía ganarme el dinero con ella y su marido. Vagamente asentí mientras pasábamos por ese gran mercado de los turcos donde todo el mundo habla en español, en wayuu y en turco, desde luego. Faltaban unas calles para llegar a casa y en medio de una cancha de arena destapada me detuvo y me dijo que esperaba que la cárcel me hubiera dado la posibilidad de cambiar y ser mejor mujer. Esto me llenó de más ira y la empujé, quedó tendida con su traje azul celeste y su peinado tieso por la laca, recogido sobre la arena amarilla de la cancha.

Seguí caminando hasta que vi a los niños jugando con una perra gris en la terraza. La llamaban «Solita» y tenía los ojos azules. Supe su nombre cuando al llegar me acarició y le vi el rostro, el hocico; parecía llamarse así. En ese momento pensé que ese era un verdadero aseyuu para mí y no la tortuga que mi hermana me había llevado sin siquiera conocerme. Entrando a la casa solté la hicotea en la terraza. Era un pasillo largo de varias habitaciones construido en obra negra. Había arena afuera apilada como para seguir haciendo construcciones. El piso era de cemento y tenía algunas vetas rojas y brillantes por la trapeada que mi sobrina estaba terminando de hacer cuando me paré en la puerta. Estoy segura de que me vio y sintió miedo. La perra estaba festiva. Yo me sabía grande como la arcana del diablo. Tal vez era esta bruja, puerca, como me llamaban las mujeres del penal. Había asumido ese papel de villana que uno siempre piensa que tienen las mujeres brujas. Incluso pensaba que si encontraba una escoba podría volar. Viéndome ahora, en la distancia, era una caricatura de mí misma y yo estaba haciendo lo mismo que las rubias le hicieron a Aureliana. Viéndome así, estaba echando por el piso toda la sabiduría de los ancestros, y me alimentaba el diablo, literalmente, con su espíritu de venganza. Pero nada hay en este mundo que no se pague para que una pueda aprender.

Me instalé en la última habitación donde daba el palo de mango sobre el techo. «Solita» me seguía para donde caminara y mi sobrina me sirvió un jugo de mora. Eran tres niñas hermosas, se parecían a nosotras, las mujeres de mi familia. Rosa tenía esa belleza que daba la madurez y yo tenía una belleza de la salvaje. Mis sobrinas estaban delgadas, eran hacendosas y no sonreían. La más pequeña debía tener como nueve años, era callada y estudiosa; siempre se portaba bien. La del medio era blanca, pero se creía guajira, y la más grande tenía aires de matrona, tenía un hermoso pelo color azabache y se vestía como una princesa con mantas de seda y transparencias. Ella mandaba a las otras, ella cosía, ella trabajaba a la par que su madre, parecían gemelas, como “Solita” y yo. Ese día comprendí que nunca tendría hijas tan bellas, no solo porque ya no tenía marido, sino porque mi sed de vengarme me llevaría a la cárcel de nuevo. Aun así, persistí en pensar cómo asesinaría a mi exmarido y cómo me robaría a mi hijo durante los siguientes meses.

El marido de Rosa, Leonel, era un hombre alto y rubio. Sus ojos eran verdes y cada vez que yo lo veía me sentía incómoda. Era ateo y tenía brazos fuertes. Algo en mí me detenía de aquella rasquiña que le llegaba de mi sexo, del ardor de bruja. La casa olía todo el día a telas y yo me ocupaba de la cocina mientras Rosa y su familia cosía y llevaban los vestidos y mantas a vender. «Solita» me acompañaba a comprar abarrotes con el dinero que mi hermana me daba. En poco tiempo me convertí en la que mantenía limpia la casa y a todos alimentados. Hasta las niñas habían logrado descansar, incluso de los asaltos del padrastro durante el sueño.

Dos semanas después de haberme instalado en la vivienda habían llegado de visita unos hermanos de Leonel; eran todos parecidos: simpáticos, ojos claros y rubios, como los alijunas que decía Aureliana que habían conquistado su tierra. Venían todos de Santander, todos éramos paisanos. El mayor tenía tiendas en Maicao y era el que sostenía a los demás con trabajos. Era el que había tenido suerte y se había hecho rico con el comercio, según decían ellos mismos. Leonel y los otros dos hermanos eran menores. En casa se quedaron los pobres, como Rosa misma les llamaba. Mi hermana sonreía y les servía las presas más grandes, aunque yo cocinara para todos por igual. Como hermana mayor, Rosa, la dueña de casa, administraba y decidía qué se iba a servir y cómo debía hacerse. Yo solo asentía con paciencia y prudencia, esa que no me conocía pero que había adquirido estando encerrada, o al menos la aprendí a aparentar.

Durmieron allí las dos primeras noches. Al tercer día, Leonel nos mandó a Rosa y a mí a que fuéramos a vender, pues se quedaría con los hermanos arreglando las máquinas. Me tuvieron que convencer para salir de casa. Había evitado hacerlo, prácticamente me había encerrado como en Papillón, solo que ahora conviviendo con la familia. El niño mayor de Rosa, segundo hijo de ella, se había quedado con sus hermanas. Todos estaban en el colegio y Leonel insistió en que se encargaría de darles el almuerzo. Salí con mi hermana como si nos quisiéramos y fuéramos a un gran momento de paseo familiar. Incluso me vestí con mi bata roja, ella se maquilló y puso labial rosa en mi boca. Yo me dejé, pero por dentro solo quería estrangularla. Aun así, salí. A lo mejor podría ir a ver a mi niño, pues no me había dejado ir y no comprendía el motivo.

Con tanto trabajo durante el día, buscar a Julio fue imposible. No solo no la pude convencer, sino que ni siquiera hubo tiempo de proponerle mi visita a mi hijo, aunque le insinúe algo y dijo que conversábamos en casa. Me sentía como una esclava antes que una hermana, y esa sensación perduró hasta volver a la casa.

Maicao se sentía más fresco después de las cuatro. En las noches hasta se olía el frío amargo de los guayacanes. Llegamos casi a las siete y me sorprendió encontrar muchas botellas de gaseosa regadas en la entrada. Rosa no se dio cuenta, pero yo sí las vi. Le pregunté sobre ellas a Leonel al entrar y dijo que estaban pasadas, que los niños habían estado a punto de intoxicarse. Rosa echó toda la mercancía sobrante sobre la mesa del

taller y se preocupó por la salud de los niños. Todos estaban encerrados en mi habitación, que era la única que tenía llave. Les pedí abrir, que había llegado la tía «Solita». La perra también estaba con ellos y daba tumbos de alegría en la puerta, así que no demoraron en abrir. Les pregunté por las gaseosas y el niño dijo que las habían regado porque tenían algo malo. No me sorprendí de la respuesta por lo que ya Leonel me había dicho. Les pregunté el motivo del encierro. El niño dijo que los tíos habían echado pastillas en las gaseosas y que él los había visto. Me quedé paralizada.

Las niñas salieron sin decir palabra y con el rostro de culpa y vergüenza que yo misma tenía. Puse el mismo rostro como un gesto automático y nadie dijo algo al respecto después de ese día. El niño, años más tarde, se haría policía y se iría de la casa, mucho antes de que su madre tuviera otros hijos varones. Las niñas crecerían con esa sensación de que los hombres solo quieren el cuerpo de las mujeres, como animales, como «Solita» cuando estaba en celo. Con esta misma sensación yo crecí y hasta entonces me perseguía.

Lo de las gaseosas era difícil de tratar, así que el silencio fue la mejor opción para todos. Los hermanos de Leonel, los compadres, como les decía Rosa, armaban fiesta casi todos los días. Mandaban a los niños a comprar cervezas y whisky del más caro. Era claro que de esa cofradía no se iba a deshacer tan fácil. Las comadres llegarían pronto porque se iban a mudar con sus maridos a Maicao. Mientras tanto, todo era fiesta y negocios. El buen trabajador sabe vivir bien y eso admiraba Rosa de su marido.

Cuando se conocieron, él estaba casado en Venezuela, tenía dos hijos varones. Ella tenía sus hijos regados. Se había volado del exmarido que la golpeaba horrible y a quien ella había enviado varias veces a la cárcel. Había dejado a sus tres hijos menores y se había llevado con ella a la mayor. En un restaurante de Maicao se conocieron un día en que Leonel acompañaba a su hermano a hacer negocios. Rosa había llegado invitada por una mujer de su pueblo a trabajar de cocinera. Fue instantáneo el flechazo, el pavoneo de hombre importante y la seducción de hembra en celo. A Rosa le seducían no solo los ojos de Leonel, sino su capacidad de proveer y de ayudarla a traer con ella a todos sus hijos. Sufría mucho sin ellos, y cada día que trabajaba limpiando casas o cosiendo o en restaurantes era para ella un día más cercano a reunirlos. Poco después tuvo otro niño que vivió con su madre los días en que estuvo con Leonel en Maicao.

Cuando se hicieron amantes, se enamoraron perdidamente y Leonel abandonó su matrimonio y sus hijos por irse con Rosa. Ella poco a poco fue reuniendo a sus hijos en Maicao: primero se trajo a los tres que había dejado con el padre, los más pequeños. En la cárcel, Aureliana me había enseñado que una se enamoraba de la persona que necesitaba para vivir lo que tenía que vivir, según la familia, los ancestros y los guías. Ellos ponían ahí el dolor necesario, yo solo sentía la rasquiña en la vulva.

Así estaba ahora la familia casi reunida. Años más tarde tendrían otros dos hijos de los dos. Ahora yo era la que les ayudaba a cuidar el hogar a los dueños de casa. Las niñas

le echaban talco en los pies al padraastro y le ponían las chancletas mientras se sentaba a descansar de una jornada larga de ser un buen trabajador para traer comida a la casa. Era lo merecido para él; había que agradecer la comida y el vestido, y mover el culo un poco para ser vista, como en el puteadero a donde llegan todos los buenos hombres.

Dama Camelia

Rosa era muy distinta a mí, era una mujer de trabajo y sacrificio. Pero nada de eso impidió que Leonel se fuera con los hermanos a Venezuela y la dejara sola con sus hijos y con todo el trabajo encima. Después de la visita, la cofradía tuvo la intención de separarlos. Pensaban que una mujer como Rosa, que lo había hecho abandonar a sus hijos, no era buena. Cuando ella se vio sin el amor de Leonel y con la necesidad de la comida dejó de hacer batas, porque todo se lo había entregado Leonel al hermano mayor. Entonces tuvo que buscar trabajo en una residencia de paso lavando sábanas y ropa de todos los inquilinos y pasantes, y tendiendo las camas y dejándolas limpias para la nueva ocupación. Las hijas se encargaban de cocinar y llevarle un cántaro con la sopa del almuerzo al lugar donde todo el día batallaba en un lavadero y oreaba al sol las telas gastadas por el sudor.

Yo, en cambio, no hubiera podido con ese tipo de trabajo. En ese momento ya me había salido de casa de Rosa y me había encontrado con la Dama Camelia, una cachaca que reclutaba jóvenes para los burdeles y la Mezquita del Amor. Ella era la principal de una red más grande. Me dio cobijo, pues nadie me daba trabajo porque había estado presa, y después de aquel episodio de las botellas de gaseosa preferí irme de casa de Rosa. Ella no lo entendió, pero yo no iba a quedarme a ver cómo en algún momento sus hijas iban a vivir lo que nos toca a todas. Éramos espejos de dos aguas distintas, empezando porque yo había asesinado y eso me hacía ya demoníaca, bruja.

Así que después de mucho andar con mi tortuga en la mano, el tambor que ya no tocaba y una maleta que ya no estaba llena de golosinas sino de hambre, llegué donde la Dama Camelia. Me reparó todo el día, observó mis ademanes y me dijo que parecía educada y tenía algo de salvaje, pero que como era flaca seguro iba a tener bastantes clientes. Mi cabello caía a la espalda y recientemente Rosa me había hecho un corte en capas que estaba de moda. Yo tenía piel blanca, pómulos de negra y ojos de india. Con mis rizos amarillos, era una alijuna más. Seguramente mi hermana había pensado en elegir primero lavar esas sábanas antes que venir al lugar de la Dama. Era menos honroso y menos ejemplo para sus hijas ser prostituta que lavandera. Además, mi hermana se dedicaba a seguirle la contraria a mamá en todo y mamá decía que solo servíamos de putas.

Las dos nos encontrábamos de vez en cuando en la misma residencia, ella tendiendo camas y yo atendiendo clientes. Así fue como supe lo del abandono de Leonel y la felicité por ser tan responsable. Alcancé a pasarle unos billetes a mis sobrinas, aunque ella no quería que me vieran.

Rosa había evitado que yo fuera a ver a Julio, no me decía de su paradero. Luego me enteré, entre peleas y preguntas, que estaba en casa de su abuela. Eso fue poco después de aquel día de las gaseosas. Cuando fui a buscarlo a la casa donde vivía con su papá, se me cayó toda la fe y la luz que tenía y que me había reconstruido en la cárcel. El mismo día decidí vender mi cuerpo como Tibisay, quien allá me había dicho que la Dama Camelia pagaba muy bien y trataba chévere a sus empleadas.

Llegué a casa de doña Patricia, la mamá de Nacho, donde según me habían dicho se habían quedado Nacho y el niño después de haberle devuelto la finca al hijo de don Valentín. Era una casa grande y pintada de verde menta. Me paré a preguntar por ella. Había ruido mezclado con la tenue brisa del desierto. Sonaba vallenato como todas las tardes en Maicao. La señora se puso del color del sol atardeciendo al verme y hasta una nube gris la tapó para empezar a llover mientras abría los ojos desde la cocina. Le dije que ya habían pasado casi dos años y que venía por Julio. Ella no me invitó a pasar, sino que me pidió no moverme. Me indicó que el niño no estaba con ella, que nada tenía que buscar yo allá, pues yo era una asesina y había vuelto loco a Nacho. Me gritó toda clase de vulgaridades. Yo no estaba dispuesta a irme, pero me dijo que Julio había muerto de dengue. Eso me dejó sin habla y, en estado automático, lo único que hice fue buscar el lugar donde el diablo de Tibisay me señalaba mi destino, que ya no era el que los aseyuu me habían anunciado en los sueños.

[Las dos cartas que acompañan al cometa son el dos de espadas y el dos de bastos. Son cartas que se nos dan con el cometa que anuncia los encuentros pactados, con esas almas que nos seguimos encontrando en otros tiempos para que vivamos lo que tengamos que vivir con ellas y podamos soltar. Los dos son los números de la creación. Lo que fue inmanente comienza a manifestarse, comienza a crearse con el dos, que es el número de crear. El dos de espada se relaciona con decisiones. La energía que hay para tomar decisiones es similar a la transformación, es el camino de la decisión. El dos de espadas nos habla de que a nivel de la mente no nos sentimos cómodos, más tomar la decisión desde lo que sentimos implica que la mente escuche esa sabiduría instintiva, llegar a ese acuerdo consigo misma, el camino de la decisión está allí. El dos de bastos representa el saber, la claridad que usted tiene. El dos de bastos es el plan, es tener ya el plan, el paso a dar. El dos de bastos nos plantea el plan y el descubrimiento. Hay que decidir por la transformación que representa la muerte. Salir del círculo seguro en el que siempre estamos, arriesgarnos al destino como parte de la transformación, de lo que debes sembrar.]

Todo en lo que vi luz se encgueció. *Quién le habrá dado su último beso en la frente, qué dolor no le habrán calmado ni curado a mi Julio, qué ángel lo habrá llevado a descansar para no sufrir mi ausencia.* Esas eran mis preguntas mientras caminaba sin poder llorar. Ya no tenía motivos para seguir. Entendí que mi hermana no me hubiera dicho algo más sobre mi niño. Me quedó el recuerdo de su boquita pequeña puesta sobre mi pezón y sus ojos abiertos como un par de girasoles frente a los míos, la sonrisa pura y brillante de sus ojitos mientras estaba chupando de mi teta, su alma aunada a la mía por un solo respirar. Esa no era la venganza que yo había querido. Tenía que conseguir dinero y asesinar a Nacho.

Mi hermana y yo éramos muy diferentes desde niñas: yo era débil. Ese picor en mi sexo me había puesto en este lugar al que llegaba además con el dolor abierto en el pecho. Era una nueva cárcel que tal vez me busqué. No sospechaba entonces que nada era casualidad y que cada cosa que aprendería en el reino del diablo me iba a traer nuevos aprendizajes para la vida. Lo supe cuando me decidí a visitar a Aureliana en la cárcel.

Estuve lejos de tomar esa decisión. Los primeros días en la Dama Camelia fueron los más difíciles, porque, a pesar del picor, no sabía cómo tenía que comportarme y cómo venderme. Mi primer cliente era alto y rubio como Leonel y sus hermanos. A lo mejor era alguno de ellos que yo no conocía. A la Dama y a la residencia donde trabajaba Rosa llegaban los mismos camioneros y migrantes desde Santander y Boyacá. Puros cachacos, como les decían en Maicao; puros alijunas, como les decían los wayuu. Yo no era ouutsü, era cachaca y el diablo me consumía con su ardor y el castigo de perder a mi bebé. La primera vez que vendí mi cuerpo estaba drogada y todo lo viví como en una mala película porno.

La Dama me mandó a bailar sobre las piernas de un hombre que había comprado una botella de Ron Medellín. El tipo tenía una barriga que resaltaba; tenía pecas. Con los ojos me miraba como queriéndome lamer la vagina. Yo bailaba todavía con pudor al lado. Me tomó del brazo y me ordenó subirme sobre él. Miré a la Dama que, asintiendo, me dijo que sí, y por si lo dudaba me mostró los billetes en la mano, un fajo grande. Ella tenía los ojos maquillados con delineador, lo que le acentuaba la oscuridad y las arrugas que ya le colgaban por la cara. El hombre pidió quedarse en la residencia donde trabajaba Rosa y me subió en el camión para llevarme allí con todo y botella. Parece que al comprarla también pagaba por mí como si fuera maní salado, o queso con limón y sal, que servían en la mesa para pasar los tragos. Me hizo servirle ron antes de bajarnos. Al parquear se ubicó en la puerta de su cuarto independiente y me abrió como si fuera su novia más fiel. Me hizo tomar otra vez. Con la marihuana que ya había fumado me hizo ver su cara más lasciva y por un momento me picó más el sexo y sentí deseo de tener a ese hombre entre mis piernas y que me hiciera mojar completa. No supe si fue efecto de la yerba o del ron, pero ya el temor se me había ido para otro lado. En todo caso a eso había venido y era ese mi nuevo trabajo.

Cuando entramos, me iba a besar y yo le aparté la boca; le hice señas de que no. Me acostó sobre la cama y me quitó la ropa. Puso una almohada bajo mis nalgas, yo no me movía, pero mi vagina estaba ya abierta, aunque mis piernas todavía se asqueaban de lo que venía. Estaba desconectada y era yo una máquina para penetrar. Debo decir que después de pensarlo, y ahora que lo recuerdo, también sentí placer. Él me penetró y me gustó. Me sentí quieta y vi a mi padre en su cara, vi a mi padrastro, a mi tío, a Nacho, al marido de Rosa, a los camioneros del camino y su sexo me ardió más. Él agarraba mi cuerpo con fuerza y yo me dejaba como si le perteneciera. Me sentía otro objeto de la residencia. Una sábana que tendría que lavar mi hermana se manchó con el semen que el tipo esparció después de unos minutos de penetrarme. Lamió mi sexo después por largo rato y yo sentí que estaba bien y que me habían pagado por ello. Solo sentía el picor de mi vagina ardiendo en la boca del hombre y su lengua enjuagando toda la miseria de esos días.

Tiró mi cuerpo como quien bota al suelo una bolsa plástica que ya no sirve. Me hizo poner la ropa e irme. Sin cruzar palabra, me señaló la puerta. Antes de salir me dijo que me visitaría otra vez. Mi cuerpo estaba apenas encendido y lleno de rasquiña. Sentí asco al ver al hombre tirado como un cerdo en una cochera sobre la cama. No sé si era la revoltura de bebida y droga, pero al salir del hospedaje vomité en la puerta.

El cliente de la arrechera es insaciable. Todos los días, diez, quince, veinte hombres. Ya había duplicado el número que había atendido. Había superado la cantidad de mis veinte años, habiendo parido un hijo que ya no me abrazaba. Ahora definitivamente no era una mujer de hogar, sino de sexo. Me pagaban y recibí todo el dinero, jalé ese placer para mí. En cada encuentro, aprendí que era como aspirar la vida y eso me fortalecía, me iba mejor. Dama Camelia nos enseñaba cosas para prevenir enfermedades. Yo le ayudé también sugiriéndole algunas plantas para baños vaginales y otras que me había enseñado Aureliana. Nos daba pastillas anticonceptivas y nos hablaba bien de los hombres que venían a la Mezquita. Eran todos marimberos y siempre pagaban bien. Ella nos daba un sueldo mensual y nos dejaba usar los cuartos del bar para dormir y tener nuestras cosas. Incluso me dejó conservar la tortuga.

Ella se llevaba la mayor parte del dinero que ganábamos. Era lo que pedía por hacernos el favor de darnos el hogar que no quisimos o no tuvimos. Tenía un marido más joven que ella que trabajaba también para los marimberos y llevaba mujeres a las rancherías donde había fiestas. A mí no me tocaba porque, como era nueva, no me tenían confianza. Las que volvían traían una cara de muerte que no podían con ella y eran como esa carta del tarot que no es la muerte del cuerpo, sino que algo se transforma dentro de uno.

Mi cuerpo me daba dinero y por eso lo complacía, lo cuidaba, comía a mi gusto. De todas las cárceles que había tenido, esta era aquella donde la enfermedad de mi niñez se

había hecho libre. Con todos esos baños vaginales ahuyentaba el mal olor y los dolores de parto que llegaron durante esa menstruación que tuve en aquel encierro. Me había dedicado a buscarle el goce a la actividad que me daba de comer y que muy seguramente mi hermana deploraba, por la que mezquinamente se arrepentía de haberme ayudado en la cárcel. A mansalva, también le habré pegado la infección a más de uno porque dicen que esas permanecen en el cuerpo, aunque no se vea feo, y eso me hacía sentir aliviada frente al dolor que todavía tenía también abierto en mi pecho.

La tortuga caminaba lenta. Yo ya no llevaba artemisa en los pies porque a esas alturas había declarado a todo el mundo mi enemigo. En el bar se regó que había estado en la cárcel y que era bruja y nadie se metía conmigo. Dama Camelia alimentaba mi tortuga y, aunque no era su favorita, tampoco me molestaba e incluso me daba ratos libres entre semana. Ella había perdido a dos hijos que habían nacido en el bar. Me enseñó también algunas poses para que mi cuerpo allí abajo sintiera más y eso fue bueno porque aprendí que no todo el dinero es sacrificio. A lo mejor era una infección andante y mi carne poco a poco asumía el tamaño que mi vida me había puesto.

A veces soñaba con los aseyuu, pero estaban lejos y no los escuchaba. A menudo soñaba con el mar, así que decidí ir a matar a Nacho. Uno elige escuchar y seguir la doctrina, pensarse como una máquina sin placer o encontrar placer después de la herida y quedarse allí para matar.

Ese día llevaba un vestido rojo y corto que estaba de moda entre los turcos, le llamaban la minimanta, y mis piernas largas alcanzaban a florear y a contonearse para caminar. Como tenía el sexo encendido por la enfermedad, mis caderas se movían con gracia. Era todo lo que necesitaba para llamar la atención de Nacho: un gran culo que pudiera provocarlo. En el camino varios hombres saborearon su boca cuando me miraron entre las aceras y las ventas del mercado. Por la calle ancha, las mujeres se asomaron y se persignaron; yo sabía a lo que iba. Escondí un destornillador en mi sexo y pedí la visita conyugal.

Estaba lleno de hombres y todos a mi paso se tocaban la verga. El guardia me llevó a una habitación aislada del lugar cuya puerta era de metal. Antes de salir me tiró a la cama y quiso subirse sobre mí, pero alguien le llamó afuera antes de que metiera su mano y descubriera el arma, así que desistió. Cuando salió vacié mi vagina y saqué el destornillador. Aproveché para esconderlo en mi bolso.

Una bolsa de papas fritas que todo el mundo quiere comerse y después tiran a la calle, eso éramos las putas. Yo era el diablo, no una puta cualquiera. Tenía el animal encendido en mi vientre y venía a matar a quien condené como el culpable de mi amor y mis desgracias. Entró Nacho asombrado de verme y con la piel bronceada. Estaba atlético y felino. Por un momento, mi sexo lo abrazó. Se tiró encima de mí, quiso besarme y yo le esquivé. Le hablé de Julio y de su muerte y eso no lo detuvo para meter su mano gorda

y grande entre mi vestido. Se dio cuenta de que no tenía ropa interior y esto le hizo bajar a meterme su lengua. Reclamó su propiedad y el encierro puso todo a temperatura de mi vientre. Yo quería comerme su cabeza, engullirlo todo y destrozarlo, envenenarlo con mi entraña. Así que dejé que su fuerza me penetrara y reventara toda por dentro. Sabía que estaba empezando a sangrar al sentir ese pene erecto y más grande que todos los que ya se había consumido, y dejé que su espalda arqueada chorreara todo lo que traía adentro de mí. No iba a tener más hijos por las pastillas y seguro que la enfermedad resucitada en mi cuerpo también se la llevaría él. Sentí el aroma a mi sexo después de que terminó la primera vez, pero no lo dejé acostarse. Me subí sobre él, lo miré de frente y aspiré su jadeo. Me quedé quieta mientras aspiraba y mi sexo empezó a moverse solo sobre su pene que aún no se rendía ante el vacío insaciable e hirviente en mí. Camelia decía que estando arriba una podía sentir más. Ese día por primera vez exploté sobre él y sentí que mi cuerpo caía sobre todos esos hombres que se habían quedado allí adentro para ser devorados por el picor de mi vagina, para comérmelos enteros como insectos que la hicotea perseguía caminando lento.

Cuando el calor del cuerpo subió, Nacho volvió a eyacular y los gritos de los dos se oyeron en todo el penal, que fue testigo de aquella pelea que nos debíamos. El destornillador estaba por fin visible y con la fuerza renovada de mi consciencia lo agarré para envestirlo. Todavía estaba trepada en su verga y él todavía seguía erecto cuando le enterré el chuzo en el pecho y abrió los ojos sintiendo el dolor de aquella penetración.

Me bajé y me puse rápido el vestido. Él se desmayó enseguida. No tuve tiempo de decir más, ni él a mí. Salí corriendo a medio vestir y con el semen y algo de sangre chorreándome por las piernas. Fui a dar a la Mezquita muy pronto y enseguida me bañé con totumadas de agua tibia de artemisa y ruda, infusiones vaginales que buscaban desprender la vergüenza de todos los días entre el calor. Sabía que pronto vendrían a buscarme, así que después del mediodía, cuando llegaron los marimberos, me ofrecí para irme con ellos. Le dije a Dama Camelia que me hiciera el favor, porque si no iba a terminar otra vez en la cárcel y ya no quería. Ella accedió porque además ya me habían pedido insistentemente y era un bocado para los tipos.

Me fui a buscar la muerte. No pensaba volver. Así sucedió con algunas de quienes nunca supimos si las vieron o si pudieron cambiar algo dentro suyo o sencillamente vivieron mejor vida que nosotras, siendo las reinas de una mezquita lujosa a quienes los jeques adoraban y las mantenían llenas de joyas y baños de leche, como llegaban los chismes de otras tierras. Le encargué a Dama Camelia cuidar de mi tortuga. Solo me llevé algo de ropa y el tambor que había estado en silencio desde que salí de Papillón y me encerré en otras jaulas.

Entre los vivos y los muertos

El diablo libera o aprisiona, según decía Aureliana cuando me enseñó el tarot. No pude ir a verla antes de salir hacia La Guajira como hubiera querido. Tal vez si la hubiese visitado antes de matar a Nacho, ella lo habría evitado, pero quién sabe: de las cosas que uno debe elegir y puede, escoge otras porque son las que te llevan a los caminos inevitables. Quién iba a saber que mi cuerpo era tan solícito para los hombres. La rasquiña adentro orientó mi elección: desear a otros cuerpos. Tal vez si ellos no hubieran puesto la cepa en mí, yo hubiera terminado la escuela, tal vez habría ido a la universidad, hubiese aprendido un oficio, incluso hubiese lavado la ropa del hotel cuando me viera sola, y hasta no hubiera ayudado a Nacho a asesinar a don Valentín para quedarnos con su hacienda. Pero quién sabe: de lo que una elige, a mí me tocó sentarme en este *jeep* y andar con estos tipos para volarme de ser presa por haber matado ahora sí de verdad y con todo el placer.

Mi exmarido no merecía otra cosa. Mi hijo, en cambio, merecía vivir, estar conmigo y desde que mis senos son de piedra ni él ni yo vivimos. Estoy segura de que se lo llevó el hambre porque en esta tierra es lo único que mata a la gente, lo que nos hace asesinar a otra gente. Podría ser el nuevo siglo y el apocalipsis es esta repetición de muertos y grupos llevándose a las mujeres al desierto. Aquí me tienen con otras diablas como yo, mujeres hermosas como Tibisay, mujeres enamoradas que matan por amor, reinas de copas.

Miro hacia el desierto y no logro ver la elección de los caminos. No hay más determinación sino la que el sol pone sobre la tierra para hacer la sal que ha dejado el mar.

Mientras íbamos en camino hacia la Alta Guajira, a un sitio que se llama Nazareth, los pensamientos parecían enfrentarse adentro y un sabor como a sangre coagulada me hacía sentir asqueada. Samuel, uno de los marimberos, llevaba whisky y nos ofrecía, así que el licor reservó para otro momento el sabor. Sentía el cuerpo golpeado y débil y la mente estaba allí en ese horizonte. Los ojos se me habían secado de lágrimas antes, pero yo sabía ya que el brillo inusitado de mi mirada hacia el horizonte venía de esa grieta en el pecho que una vez recibió la luz de los espíritus y no lograba encender. Al parecer sí era bruja, diablo, y todo lo que hacía me llevaba más lejos de mí, del destino

que ellos me anunciaron en los sueños. Todo en mi vida era también la muerte en ese momento y era la torre que no es la muerte de lo que transforma sino además de lo que se tira por delante.

Con los años he entendido que eso que viví era necesario para mi propia sanación y que contarle es importante, porque ser mujer da miedo y porque algunas almas nacemos con esa enfermedad en el sexo para tocar a otras y evolucionar desde la materia. Cuando vuelva a la fuente, seguramente ya no seré la misma; a lo mejor ya no vuelva a este mundo como mujer sino como pelícano. He pedido a Dios y a Diosa hacerme esos pelícanos sobre las olas de mar y siento que seré un animal feliz y silencioso que espera el alimento debajo del agua sin saber que es un animal, un alma que existe y contempla.

Lo que viví en los siguientes días fue muy parecido a las pruebas de Jesús en el desierto. En mi caso, iba hacia Nazareth y lo que parecía mi libertad era un calvario del que volvería para ser Aoana, pues allí fue donde realmente encontré el sonido del tambor que tanto esperaba ser tocado.

El *jeep* se detuvo en varias rancherías a su paso recogiendo indiecitas. Eran todas muy niñas, algunas como mis sobrinas y otras más pequeñas. Pregunté a Samuel si no íbamos para una fiesta de mujeres, haciéndole ver lo pequeñas que estaban las wayuu, además de lo tristes y mal alimentadas que se veían. Me dijo que esas eran las que más les gustaban a sus patrones y que si iba para la fiesta tenía que callarme. Fue la única solicitud considerada de silencio que recibí durante el trayecto.

Al llegar nos bajaron a las cinco que íbamos encaramadas unas sobre otras en la parte de atrás del carro. Incluso yo iba cargando el cuerpo liviano de una de las wayuu, y alcancé a preguntarle en el oído cómo estaba y ella solo balbuceaba y lloraba y los mocos se escurrían por toda la manta que llevaba puesta. El copiloto del *jeep* se había subido en una de las rancherías y tenía un arma que amenazaba a las niñas. Yo había venido por voluntad propia y le habían pagado muy bien a Dama Camelia por mis servicios. Para mí esto era trabajo, pues a mi regreso seguro me esperaba dinero para irme a otra ciudad, incluso para irme a Venezuela. Lo que no sabía era que ya estaba fuera del país, aunque pensaba que iba a Nazareth, y que iba a ser difícil regresar sin cooperar con todo lo que se venía. Y eso no fue precisamente lo que hice, pues me rehusé desde que vi a las niñas y porque además mi camino estaba signado por los dioses en los sueños.

Al bajarnos nos llevaron a un hotel muy lujoso en medio de un oasis. Había palmeras, montañas y hacía frío. Las mujeres y hombres que trabajaban en el lugar tenían rasgos indígenas y ojos claros, cabello rubio, pero sus ojos y pómulos definitivamente no eran de alijunas como los de personas como yo, o como los más cachacos de Maicao que tienen su ascendencia de italianos y alemanes. Era gente muy bonita y también sumisa y callada. Nos pusieron vendas en los ojos a todas y nos repartieron en cuartos distintos

del hotel. La última vez que vi la luz era de madrugada afuera. Esa nueva celda me enseñó que la voluntad de mi cuerpo no existía por más que intentara usar los mecanismos que me había enseñado Dama Camelia para satisfacerme y sentir el sexo como algo que me produjera placer y me hiciera ganar plata. Esos hombres nos tenían allí como juguetes y las niñas gritaban por todo el recinto. Eran cámaras de tortura y nosotras éramos esclavas sexuales.

No sé cuántos hombres entraron a mi celda. Eran muchos más de los que atendía a diario y lo único que podía hacer para controlar mi cuerpo era tomar las pastillas que había traído conmigo en la maleta y comer todo lo que servían en las bandejas que a veces solo venían una vez al día. Perdí la noción del tiempo y el ardor en mis genitales ya había pasado a ser una herida sangrante; incluso el olor nauseabundo de mi enfermedad había vuelto, ese que no sentía desde mi infancia, cuando Rosa me daba los antibióticos. Sentí fiebre y supe que había vuelto a madurar la enfermedad y que esta vez no tenía remedio. Eso no importaba a aquellos hombres.

Poco a poco dejé de sentir el llanto de las niñas en las otras habitaciones. Quería suponer que las dejaban ir, pero también pensaba que se habían quedado calladas como yo. Entre las fiebres empecé a soñar que los ancestros se las llevaban a los sueños y que estaban sonriendo felices en el desierto y caminaban hacia las estrellas. Cuando notaron que estaba enferma, me revisó un médico y me dio antibióticos, más pastillas anticonceptivas y me hizo curaciones en la vagina. Les pidió a todos dejarme descansar porque tenía sífilis y si seguían teniendo sexo conmigo los iba a matar a todos. Ese día antes de dejarme reposar me golpearon entre cuatro, se masturbaron en mi cuerpo y no me mataron porque debían devolverme a Dama Camelia, según era el pacto. Supe que entraron nuevas niñas porque sentí pasos y lloriqueos nuevos mientras me pasaba la fiebre y me traían sobras de alimentos. Estaba recuperándome cuando entró a buscarme Nacho. Pensé que era una alucinación, una donde ya iba a morir y no tenía manera de evitarlo.

Los días en los que fui su mujer, todo el tiempo me repetía que, si él moría, se iba a aparecer donde yo estuviera en forma de fantasma y se metería a mi cama. En eso pensé cuando lo vi. Tenía vendas bajo la camiseta blanca y me miró con rabia. En esos ojos no había nada más que odio y yo ahí tirada y recuperándome de los golpes, con el cuerpo lleno de semen que me cubría como si fueran lianas atándome a una piedra, con ese cuerpo que nunca había sido mío tanto como el día que según yo lo había matado a él. Este hombre había huido detrás de mi camino y venía a buscarme para llevarme a la muerte.

Nacho me abrió las piernas con asco de una patada y notó las heridas de mi vagina. Me escupió y sentí ácida su saliva sobre mí. Pedí perdón ese día por la rabia y la venganza, por el camino que me trajo hasta mi suerte y me quejé de mi cuerpo adolorido mientras mi llanto no iba para parte alguna. Nacho sacó un arma para dispararme y yo

sentí aquello como un descanso, al menos ya no me iba a torturar. Me hizo arrodillar, bajo el arma se sentía frío. Samuel abrió la puerta y le gritó diciéndole que ese no era el trato, que él tenía que devolverme a Dama Camelia, si no se le iba a tirar el negocio. Nacho no entendía de palabras. Había salido de la cárcel negociando con el capitán un cargamento y ofreciendo sus servicios a la marimba. Como levantaba tantas pesas, era fuerte y lo tenían a bien para escolta. Supo por sus compañeros dónde estaba yo. Dama Camelia le dijo que me esperara, pero Nacho tenía afán de cobrarme con vida mi atrevimiento, así que él mismo emprendió la búsqueda hasta encontrarme. Sonaron disparos y ráfagas afuera. El primero en caer en la puerta fue Samuel, luego cayó Nacho. Yo pensaba que me habían disparado y por reflejo caí al piso, pero una vez vi hacia mi lado derecho me di cuenta de que todos seguíamos tirados. Las ametralladoras sonaban afuera y pasaban hombres vestidos de civil disparando por todo lado. Atiné a quedarme como la estatua de sal que en algún momento fui: fría y gélida en medio de las botas y los tiros. Un hombre se asomó y contó tres muertos. Pude ver de lejos un escudo del ejército sobre el vestido de civil.

Aquella emboscada me declaró sin vida. Mientras tanto, yo esperé a que hubiera silencio. Cuando ya no había más claridad, me levanté como pude. No caminaba bien, pero andaba de a pocos entre los dolores, el hambre, la tristeza y la satisfacción de haberme salvado de ser asesinada a manos de Nacho. Caminé entre escaleras y varios lugares sin hallar la salida. Pude ver otras habitaciones cerradas y todo el lugar pintado de verde con restos de cadáveres y destrozos. Al fin encontré un hueco de aire por el cual me dejé llevar hacia afuera. La única luz que alumbraba eran las estrellas y la media luna que aún tenía algo de gibosa. Como si algo en ella también se estuviera acabando.

Al salir no encontré personas. Me recosté cerca del lago a tomar agua, como reptando para que, si alguien me veía, no sospechara. Todo estaba vacío. Me devolví por mi tambor y mis cosas. No podía quedarme esa noche a que volvieran a recoger los cadáveres porque se darían cuenta de que estaba viva y quién sabe qué me harían. Así que descargué una botella de licor que encontré en un pasillo y la llené de agua para llevar. Me esperaba una caminata hacia ninguna parte en la arena oscura. Agarré también un chinchorro que encontré con un muerto. Al tipo lo tiré al suelo y, aunque estaba untado de sangre de él, el chinchorro me serviría para cubrirme de animales al acecho o para tirarme a dormir. Esa noche caminé un par de horas y, cuando vi las luces de aquel lugar lejos de mi camino, me detuve y me tiré a llorar por segunda vez desde que había sido apresada por la muerte de don Valentín. Llorando me dormí y en el sueño me llegaron noticias de los aseyuu.

Llegaba la hora de mi destino. Los aseyuu me mostraron dos aguas: una del mar y la otra del río, y yo debía decidir para dónde iba a caminar. Entonces me metí al río y sentí que el sabor dulce y frío me limpiaba las heridas del cuerpo y las semillas que no me

pertenecían. Me despertó el sol y un carrito en el que venía gente. Al principio sentí las ruedas de un *jeep* parecido a aquel en el que viajé, entonces no me moví mucho. Mientras más se acercaba vi que venía un hombre de unos cuarenta años, vestido de blanco, y un niño wayuu con su cara gordita. De inmediato recordé el sueño que recién había tenido y me sentí abrazada. Empecé a tocar el tambor con toda la intención de que me oyeran y a agradecer por el sueño de agua dulce que me supo a la de aquel oasis que tenía en mi botella. En el desierto todo se ve cerca, pero está lejos, así que pasaron muchos minutos tocando y celebrando casi sin dolor encontrar a alguien en el camino. Como cuando uno nace y llora por nacer.

Aún tenía el cuerpo hinchado por los golpes cuando aquel hombre me recogió sin preguntarme nada. Me subió al *jeep* y yo me desmayé. Cuando tuve otra vez conciencia, iba en camino quién sabe hacia dónde y por un momento pensé que había alucinado la bondad. Alcancé a ver en el camino huesitos pequeños. Me quedé con la mirada fija en ellos hasta que creí ver unas niñas, como las que habían viajado conmigo la primera vez, que se aparecieron allí vestidas con mantas negras y me saludaron sonrientes. Comencé a llorar de nuevo y el hombre me preguntó mi nombre, me dijo que se llamaba Héctor y que era profesor en una ranchería cerca de Maracaibo, que me iba a llevar al curandero para que los guajiros me sanaran. Yo solo lloraba y el niño me miraba con la mirada fija e imperturbable por mi llanto. Un reflejo me llevó a seguir tocando el tambor hasta que llegamos al destino.

Bajé del *jeep* y Héctor le habló en wayuunaiki al palabrero. Era la misma lengua, pero sonaba diferente. También tenían ojos claros esos wayuu, lo que me hacía pensar que todavía estábamos lejos de la ciudad y aún en la Alta Guajira. El hombre me miró y puso sus collares de piedras en mi cuello. Señaló el tambor y en su lengua me dijo que estaba vivo. Héctor me tradujo al español. Hablaba como venezolano, entonces supe que aún seguía lejos del país. Esa noche me ofrecieron una nueva hamaca y el palabrero me quitó la que yo traía para quemarla en una hoguera. Me dieron chirrinchi y me llenaron la bandeja de friche y leche de chivo. Todos reían, las mujeres bailaron la yonna y me pidieron tocar un poco. Aún con la cara hinchada les complací y por primera vez me sentí en una fiesta real, como celebrando mi renacimiento.

Nadie me rescató, yo era una sobreviviente. Así me lo dijo el palabrero. Yo me rescaté y me saqué de mi muerte. Me encontraron por casualidad, pues me había puesto justo en el lugar donde Héctor y Wami iban a buscar unos chivos que se habían fugado de la ranchería la noche anterior. Los chivos volvieron también en la mañana. A lo mejor los ancestros habían sacado a los animales para que mis nuevos amigos me encontraran y me trajeran hasta acá.

Pocas personas me hacían la vida tan amable como esta familia y estos hombres a quienes no temía ni sentía quemar mi cuerpo. Con ellos era solamente yo, ligera, liviana y con el alma llorosa por todo aquello para lo que necesité consuelo. Dormía y me

despertaba a comer después de haber llorado el río. Encontré en ese exilio una razón para tocar mi tambor y mi corazón se hinchó de sangre. Recibí las medicinas de las plantas y con los días estuve de pie.

Héctor era un hombre noble. Enseñaba a los niños a leer y a escribir en la escuela y aprendía muy bien de ellos los juegos y cantos en lengua wayuu. Su mujer había muerto durante el parto con su hijita recién nacida que no había aguantado más de trece horas. Héctor llegó a la ranchería huyendo del dolor de la pérdida de su familia.

Él me trataba con cariño y sin pretensión alguna. Nos hicimos amigos muy pronto y yo lo quería ya como un hermano después de aquel suceso. Él siempre repetía que no me había salvado, que yo sobreviví para que me encontraran. En esos días aprendí a sembrar más plantas medicinales y a criar a los chivos. El agua era escasa, así que había que hacer largas caminatas en medio del sol, y en ellas encontraba voces que me enseñaban ritmos del tambor. Me sentaba a tocar y el latido resonaba sobre la arena amarilla hasta donde la llevara el viento.

Mi primer parto fue el de Mariela, una joven madre recién casada. El palabrero me llevó a casa de ella, al rancho. Tenía ocho meses de embarazo. La luna y los sueños le habían avisado que vendría la niña. Nunca había consultado un médico de la ciudad, pero ella sabía que era nena porque había hablado con su bebé; así me lo tradujo Héctor. Me acordé de la artemisa. Había guardado un manojo entre mis cosas así que la puse bajo la cama y aparté otro poco para dar de beber a la parturienta. Venía atravesado, lo supe al tacto. El palabrero me dijo que esto lo hacían las mujeres y que me tocaba a mí porque él no podía, según le habían indicado en los sueños. Así que recordé ciertas cosas que me contó Aureliana sobre las parturientas, la fuerza, parir sentada porque acostada se ahogan los niños. Senté a Mariela y con ayuda de Héctor me comunicaba con ella. Lavé mis manos en vinagre y traje muchas otras plantas y emplastos para poner sobre el útero, de los mismos que Aureliana tantas veces me enseñó a preparar. No dejaba de pensar en ella y creo que su espíritu me visitó porque supe qué hacer y cómo hacer a través de una especie de susurro que me llegaba con el viento. Empujé con la mano al bebé y le di la vuelta. Cuando avisé que debía pujar, Héctor hizo la traducción y la nena se deslizó hacia mis manos que la esperaban junto a las de su madre. Salió la cabeza y después el cuerpo; luego un llanto a todo pulmón. El resto fue cortar el ombligo y eso sí lo hizo el palabrero. Las mujeres de la ranchería se juntaron para cantar alrededor de la cama con la nueva madre, la nueva hija y la nueva partera, que era yo, extranjera, extraña y tan lugareña en ese sitio. Me sabía alijuna, pero ya no tenía vergüenza. Me sabía bruja porque no era ouutsü. Me sabía asesina y había dado una vida. Así sabía que mi cuerpo empezaba a sanar para ser ahora la que sanaba a otras. Ese fue el primero de los nacidos en mi nuevo oficio.

Tomé mi tambor y recordé una canción de Aureliana. Fue la segunda vez en mi vida que me sorprendí llorando de alegría: la primera fue durante el nacimiento de mi hijo Julio, a quien recordé en ese momento.

Terminando el día me acosté en la tierra a ver el fuego y vi claramente la figura de Aureliana llamándome. Debía volver a Maicao. Ya estaba en el norte. Lo mío era un retorno para completar la rueda y cerrar todo. Al día siguiente le pedí a Héctor que me llevara a Colombia y él se negó, pues no quería salir de la rancharía porque estaba pasando su momento de duelo allí y era muy difícil volver. Sin embargo, me prometió llevarme y devolverse solo. Yo sabía que, si me iba, no iba a regresar, y también sabía que yo no era wayuu y que los espíritus me adoptaron quien sabe por qué cosas del gran misterio, y debía hacerme a un lugar que no era ese. El corazón latía más fuerte con la certeza de la libertad que venía de la torre del diablo y me hacía más cercana a la emperatriz, a las sacerdotisas como Aureliana. Me propuse regresar en unos días, no sin antes aprender lo necesario para alimentarme y trabajar como partera.

Las mujeres me enseñaron un tejido. El cuerpo ya no dolía y el picor se había ido definitivamente. El espíritu de mi hijo estaba en mi vientre, como la emperatriz porta el huevo bajo su manta. Yo era la grávida y empecé a ayudar a parir a más almas de las que una vez pudieron entrar a mi cuerpo. El amor ahora era en mí, más allá de cualquier hombre o pasado. Amaba hasta el roce de la arena entre mis pies y eso me generaba el mismo placer de sentirme viva esa madrugada en que Héctor y Wami me encontraron.

Todo era una preparación para el misterio de lo que no conocía. La Cecilia que salió de la Alta Guajira, de esa Macuira rumbo a Maracaibo, era yo y ya no había reversa, porque iba en busca de mis pasos para la nueva vida. Sabía que tenía que ir donde Aureliana, que tenía que ver si la sacaba de la cárcel y me la llevaba. Necesitaba también dinero, así que preparé varios emplastos para vender; iba cargada de yerbas y podía también atender pacientes en medio de mi caminar. Los ancestros no solo me hablaron del don de sanar a otras y hacerlas parir, sino de sanar el dolor del amor y eso aún no lo sabía. Lo comprendí después de ese viaje y al darme la vida yo misma para regresar.

El aprendizaje en espirales

Conseguí tabacos para prepararme una purga antes de salir de la ranchería y para atender a la gente. El abuelo tabaco es sabio. Le hablé y le pedí limpiar el cuerpo y la mente de todo ese dolor y esa muerte y no volver a la enfermedad. Esa noche vomité muchas veces; de la baba negra del tabaco empezó a salir el blanco y luego había amarillo, hasta que solo agua y saliva. Soñé que mi cerebro era una máquina de relojes y que el abuelo tabaco ajustaba allí todos los tornillos.

Debía desprenderme de la idea de que mi cuerpo era objeto de desgracia y tragedia. Era difícil y lloraba. La medicina también fueron esas lágrimas. Muy adentro sabía que la muerte de Nacho me había aliviado para siempre y que, si bien yo no alcancé a asesinar a nadie, tuve intenciones y sabía cómo matar, pero eso me traía la enfermedad, la pertenencia a esos clanes. Como también hacía parte del río de los nuevos nacimientos, de sus familias y ancestros, iba creciendo mi raíz, no como un árbol, sino como un rastro en muchas partes que sembraban semillas de trupillos resplandecientes. En mi reloj adentro todo se desenrollaba y por un momento sonreí viendo a cada persona que pasaba por mi vida con un mensaje distinto para que cada cosa que tenía que aprender fuera aprendida. Agradecí al abuelo tabaco y a los ancestros del desierto porque yo sabía que no era ni wayuu ni alijuna, sino que había recibido de todos lados la pertenencia, y que ellos en su generosidad me habían adoptado para amarme, por obra y gracia de alguna herencia nueva. Agradecí a la tierra prometidora de sustento, dadora de su leche para mantenerme viva con el agua que arrojaba de ese oasis de donde bebí. Cada elección la vi en esas reparaciones; todo era perfecto y según lo que venía a aprender. Agradecí a Miguel Ángel, el palabrero, por darme el don de la vida después de la muerte. Escuché en mi corazón la grieta encendida y toqué el tambor esa madrugada antes de que los gallos cantaran para recordar lo que vine a aprender: yo soy dadora y creadora, la reina de copas y la emperatriz.

[Vienen ahora como parte de su árbol todos los aprendizajes que le trae esta situación; está preparada. Este tiempo en el que preguntamos aparece la carta del Colgado acompañado del 8 de espadas y del caballero de espadas. Aquí tenemos que ver un

poco el aire, la mente, que son las espadas. El ocho de espadas nos habla de necesidad de conocer un poco más la situación; hay información que no estás viendo. Esas espadas del ocho son una señal de detenernos un poco. Con ese cometa que viene para ejecutar el destino, el ocho de espadas nos da un aviso, una señal del conocimiento que nos hace falta y no debemos pasar por alto. Si bien las decisiones deben seguirse con la sabiduría de tu corazón, de las emociones, el elemento aire nos está advirtiendo no soportar todos los sacrificios. Lo que se decida debe ser algo placentero, para ti y para otros, no el sacrificio. El colgado enseña a aprender, a trabajar por los otros, a estar dispuestos a negociar con otros desde el elemento aire, para lograr lo que se quiere. Desde el elemento aire se le caen las cosas y quedan en la tierra. Se despoja y aclara la mente en cuanto a los sacrificios que deben estar equilibrados en esta posición de aprendizaje. Sale en esta parte del aprendizaje y acompañado de estas 8 espadas diciendo que es necesario conocer y equilibrar esos sacrificios para que ese colgado no se convierta en un peso. Aquí aparece un hombre, un caballero de espadas, que en esta parte pueden ser viajes o comunicaciones que advierten sobre lo que piensa esta persona. Su capacidad de servicio y entrega. No se puede entender a ese caballero de espadas que tiene una idea y lucha por su obstinación, por sus ideas en la mano. El hombre está cerrado en lo que piensa que debe ser la situación, no logra ver que él podría tener más servicio. Esta es la parte que aparece que se podría trabajar para que te pudieras entregar a sembrar algo nuevo a partir de la muerte. Ese colgado tiene mucho de humildad, ese acto de amor propio. Hay que entender las cosas con amor. El juicio nos separa de la verdad.]

Cuando el sol llegó, agradecí el nuevo amanecer. Las historias por estos lados empiezan antes del amanecer, cuando todo es más oscuro. Luego el sol abre sus brazos y nos pone una corona para ofrecernos detrás nuestro la sombra. Bendije la sombra del diablo y me guardé la carta del sol abrazando con sus rayos al mundo para esa salida de la Macuira. Después de la luna y antes del amanecer era otra mujer, y ahora me nombraba Aoana, como lo hizo mi maestra en Papillón.

Héctor apareció en su *jeep* con Mawi. El niño se quedó con sus abuelos en la rancharía. Me despidieron las mujeres haciendo coro y reverencia. Llevaba una mochila nueva llena de pájaros turpiales tejidos y de cantos con mi tambor. Incluso aparecieron varias canas y mi cara era gordita. Ahora los ojos estaban llenos de un negro resplandeciente. La oscuridad estaba allí abrazada por los rayos. Había sido una asesina, había matado a alguien y era a mí misma en cada oportunidad que la vida me puso enfrente, menos la última cuando la tierra y los ancestros me vieron nacer.

Subí al *jeep* emocionada y sonriente. Por un momento vi el dejo de la ternura en la mirada de Héctor. Me pareció también notar algo de tristeza en su semblante y luego me dijo que estaba feliz de haberme encontrado para llevarme como un barquero hacia otro

lado. Era para él toda una prueba volver a ver el mundo que dejó con otros ojos. Sentí un amor profundo por su amistad y su compañía en pleno desierto y deseé con todas mis fuerzas que encontrara el sosiego que estaba buscando. Toqué el tambor para él las tres horas que duró el camino. Yo creo que se sintió también renacido, porque cuando llegamos a Maracaibo sonreía y me abrazó tan fuerte al dejarme en el hospedaje que sentí el poder de la vida asintiendo en cada una de sus palpitaciones. Mi cuerpo sentía cada paso como un paso nuevo.

Sabía que tenía poco tiempo para conseguir dinero y viajar a Maicao, pero estaba dispuesta a ganarlo. Me ofrecí para lavar la ropa del hospedaje como lo hacía mi hermana y en eso me gané mis primeros pesos. Resulta que ahora sí era mujer de lavar las sábanas y no lo sabía antes. Cada nuevo día era motivo para agradecer. Respiraba, andaba tranquila y veía a los niños jugar en las terrazas y a los adultos hablar sentados en sus taburetes. La vida allí era casi como en Maicao, aunque cambiaban los ademanes y las formas de hablar de las personas. Había más edificios en el centro y mucho más comercio. Poco a poco fui haciéndome vecina y amiga, conocida por el poder de curar heridas y calmar los dolores de cólico de los niños. Eran pocos los días que pasaba allí y los que tuve la oportunidad de entender y querer a las personas que me correspondían con comida, regalos, agradecimientos y más visitas al hospedaje. Había gente también que me veía con miedo, pero les bendije y no aparecieron más.

Cada persona trae un mensaje, y cuando sabes lo que tu corazón quiere las cosas aparecen frente a ti. Apareció Lucho, un camionero con culebrilla a quien sané. Hacía viajes hacia Maicao; ayudaba a cruzar la frontera a las personas. Le hice pomadas de yerbas que secaron casi que instantáneamente. Por su condición de camionero, supe que además era cachaco y le pregunté si iba a la Mezquita del Amor y me dijo que sí, pero que él tenía familia y que solo acompañaba a los compadres. Esa era la respuesta de todo cliente allí, pero nunca lo vi antes.

Como en la ranchería, me percaté de que él no me miró con deseo de hombre, sino con agradecimiento. Luego de tres sesiones y de hacerle las pomadas respectivas llegó a pagarme el tratamiento. Yo le devolví el dinero con la otra mano pidiéndole que me ayudara a pasar la frontera y me dejara en Maicao, que tenía que ver a mi madre que estaba allá. Nunca me preguntó mucho. La fama de curandera y hasta de bruja me ayudaba a mantenerme en silencio y a que mi pasado no fuera cuestionado.

Era poco el tiempo, pero sabía que la gente estaba prevenida conmigo. También sabía que era curiosa mi historia. Lo notaba cuando pasaban a mi lado las personas y murmuraban, pero el sol estaba tan brillante con mi canto de todas las tardes tocando el tambor, que poco o nada me importaba el cotilleo. Total, era verdad, había sido una puta y a lo mejor lo seguía siendo, pero estaba feliz con mi vida y en mi cuerpo ahora que ya no ardía y no era inerte.

Lucho me dijo que me llevaba en su próximo viaje y me pidió alistar mis cosas. En dos días volvería al sur de La Guajira, a mi país, a ver a Aureliana, que para mí era la madre de toda esta plenitud y regocijo que me poseía célula a célula.

Me sorprendió ver a Héctor en mi hospedaje el día que iba a salir con Lucho para regresar a Maicao. Dijo que había tenido un sueño y que quería quedarse conmigo. No me quiso mencionar nada sobre el sueño que tuvo, pero estaba dispuesto al viaje. Yo no sabía si volvería y se lo hice saber, pero no le importó. Esto me preocupó por un momento porque sentí como si tuviera un guardaespaldas y pensé que era una premonición de algo catastrófico. Lo peor ya había pasado, así que rápidamente olvidé esa idea. Empecé a notar un brillo distinto en los ojos de Héctor y por un momento me acomodé en su abrazo cuando regresamos en el camión de Lucho. Efectivamente, cruzamos la frontera. Lucho iba contando la historia de su familia en Santander, de cómo había conseguido ese camión, era muy parecida a la historia de Nacho: jóvenes que buscan abundancia y fortuna en los caminos, porque es lo que llega a las carreteras por donde pasan esos carros, y se les ve a los héroes acompañados de mujeres hermosas y dinero. Así conocí a Nacho y yo era esa mujer hermosa. Ahora iba camino a Maicao, volvía a mi vida y estaba acompañada de un hombre que me contagiaba con el rubor de sus mejillas.

Héctor nunca me hizo preguntas sobre el pasado y yo tampoco quise contarle a nadie. Contar lo vivido era por momentos sentir que me quedaba allí. Después de cruzar Paraguachón, Lucho preguntó sobre mi necesidad de ir a Maicao. Otra vez le mentí, aunque para mí no era mentira, diciéndole que iba a ver a mi madre. Luego me preguntó dónde estaba, pero solo buscaba conversa y la desviaba comentando cosas del camino cada vez que yo lo miraba amenazante e involuntariamente. La fama de bruja me había servido otra vez. Me había prometido el pacto de la vida para no dejarme vencer de nuevo por la tristeza, así que hice silencio ante ello y guardé para mí todas las respuestas.

Héctor también hacía silencio. De vez en cuando comentaba algo sobre los wayuu o sobre la historia de esos pueblos sobre la frontera. Él había nacido en Maracaibo, pero su familia era de Maicao, así que también era un retorno de otro modo: ya no a su vida de viudo sin hijos, sino a sus raíces. Al llegar a la estación, don Lucho nos dejó en un restaurante para almorzar. Allí Héctor me habló de su sueño. Me dijo que él sería mi esposo y que él sabía que yo no iba a volver del todo a Maicao, que solo venía por Aureliana, pero que me quería acompañar y quería caminar conmigo a donde yo fuera. Le dije que no necesitaba a nadie que me salvara, que él lo sabía. Dijo que tuvo tiempo para saber muy bien lo que sentía y que no quería salvarme, sino que yo lo sanara. Después de todo, yo era ahora mi destino y también Héctor estaba en el camino que los espíritus me pusieron para salir de aquel desierto oscuro. Aun así, yo no quería un compañero. Le dije que yo había sido una mujer distinta antes y él insistió en que no le importaba y que solo estaba allí siguiendo la música que salía de mi corazón y que el universo le

dictó. Entonces le dije que tenía que acompañarme a la prisión de mujeres a ver a una amiga y no se negó.

Otra hubiera sido mi historia si me hubiera quedado como amante de Héctor, pero las elecciones del aprendizaje son así. Héctor quería vivir y ser un hombre tranquilo, con una mujer tranquila al lado. Su risa decía héroe, y la mía decía mujer real. Me tocó elegir entre dos cosas: decir sí a su abrazo o decir a sí a mi propia verdad sin hombres para amar, así fueran buenos hombres.

Variaciones del deseo o la elección

En la cárcel nadie me reconocía. Yo veía todo más pequeño y ruinoso de lo que recordaba la vez que la dejé. Me hicieron seguir al patio y dejaron a Héctor ir conmigo. Me anunciaron como una pareja de extranjeros; les parecí venezolana. Yo no me había visto en algún espejo desde hacía mucho, así que no sabía por qué tuve que parecerles tal.

Cuando la vi de lejos, ella parecía más pequeña. Caminaba lentamente, como la tortuga que dejé donde Dama Camelia. Allí me acordé del animalito y pensé también ir por él, pero volví a la sacerdotisa. Sonreí desbordando agua en los ojos. Me dijo que ya sabía que me vería y que estaba hermosa. Celebraba como una niña pequeña diciendo que los aseyuu habían cumplido su promesa. Según ella, la vida allí no era lo mismo sin mí, pero era vivible, y desde lo de las brujas la pasaba siempre sola y era mejor. Seguía jugando a los naipes solo con las que llegaban nuevas y que no se asustaban con sus rezos. Tocó mi frente y me dijo que había sentido mi renacimiento como un aire frío en la punta de los pies, pero que sabía que yo podría salir por el canal de parto. Luego se apuró a recomendarme otras yerbas y otros brebajes nuevos. Me habló de lo lindo que sonaba mi tambor y de que me había escuchado cantar. Miró a Héctor y le ungió con un aceite que traía en la manta; dijo que al fin nos habían unido los ancestros. Nos hizo saber que todo el camino de cada uno había sido para este momento, para esta visita allí en la cárcel.

Le hablé de mi plan de sacarla y llevármela a vivir conmigo a otro lado, pero Aureliana no quería, ella dijo que yo debía dejarla en la cárcel porque allí estaba haciendo su destino de ermitaña a pesar del bullicio de las reclusas. Afuera había mucho dolor, ya era vieja y no podía ejercer de partera como yo, según ella misma decía. Todo el mundo pensaba que yo había desaparecido en el desierto y era lo mejor. Una versión de lo que fui había quedado allá y no había por qué seguir dando vueltas en el mismo lugar, como un fantasma.

Luego, como acordándose de algo importante, me habló de mi hermana y de mí. Mi hermana había vuelto con el marido. Aureliana lo supo porque la había venido a buscar recién yo me fui a la Alta Guajira. Todos me buscaban, incluso los policías aliados con los marimberos, porque Nacho se había hecho trabajador y en la cárcel ayudaba a los

traficantes. Por eso él pidió ayuda para buscarme y luego salió con permiso del mismo que encerró a Aureliana. Mi hermana vino a ver si yo me había comunicado con la sacerdotisa para hacerme saber que me andaban buscando para matarme. Nadie supo lo de la emboscada, pero todos pensaron que Nacho me había encontrado y me había matado, y por eso nadie sabía de mí.

El desierto tapa con capas de tierra la historia de los muertos. Rosa estaba de nuevo con Leonel. Según Aureliana, ahora ellos tenían dinero. Él trajo mucho del viaje que había hecho y ella ya no lavaba cobijas llenas de semen y mierda de cachaco. Rosa era ahora una dueña de casa y al parecer estaban pensando en mudarse con toda la familia a Barranquilla. Fue lo último que supe de mi hermana y lo que quise saber, porque ella nunca me buscó y era mejor que no supiera que vivía. Con el tiempo la soñé anciana y feliz. Incluso soñé que le ayudaba a parir a sus otros dos hijos que se parecían a Leonel. También supe que los niños se crecieron grandes y trabajadores. Los hermanos mayores son los que sacan la foto de orgullo y llenan las paredes de medallas a la familia. Yo, en cambio, estaba llena de mí.

Toqué muchas noches el tambor acá donde vivo después de esa despedida con Aureliana. Esa era la última vez que la vería. Me recomendó no volver a buscar a nadie más, ni siquiera ir por animales. Me dijo que estaba más que bien acompañada con Héctor a mi lado. Nos dimos un abrazo largo. A los días supe que había muerto porque me visitó mientras yo dormía en una casa en Palomino, a donde fuimos a dar con Héctor luego de salir de esa visita entrañable. Se cerraba el círculo de la rueda. Tenía a mi compañero lunar, mi madre me había bendecido, podría ahora ser otra mujer libre de mí misma y de mi sexo. Eso quise que pasara en un momento o lo vi en alguna de las visiones nocturnas que me mostraron los ancestros o fue un simple deseo de merecer el amor dulce de Héctor o de alguien como él, pero había matado y mi destino estaba señalado: era parte del río de don Valentín y de su hijo. Aunque Aureliana lo hubiera confirmado, yo seguía siendo ayudada por el amor y la alegría de «Solita», que era una reina kármica. Me despedí con la gratitud que se despiden quienes han amado de verdad.

[Y ese podría ser entonces el camino del cometa y su aprendizaje. El sacrificio sería otro y las espadas y el caballero serían Héctor con su idea del amor, que era también la mía. Pero seguramente no pasó así, o al menos un poco de ello podría haber sido distinto. Esta es una versión que yo me cuento para cuando estoy más compasiva conmigo. La que viene se la daré para su reportaje.]

Regresar o volver a conocer

Antes del amanecer toqué el tambor en la terraza esperando a Lucho. Tenía mis mantas y mis yerbas colgadas como lianas sobre un árbol y el cabello canoso y largo. No me miraba en un espejo hacía mucho tiempo, pero seguro así me veía desde afuera. La canción se acompañó con el gallo que también decía conmigo:

*Yo soy mujer de la tierra
Danzando con luz de luna
Me coronan las estrellas
Y las diosas viven en mí
Yo soy la fiesta de la vida
Danzando en el universo
Mi alegría es medicina
Y las diosas viven mí.*

Ahora que lo recuerdo, en esos días empecé a sentirme feliz. Era una felicidad sin opulencia, callada, apenas para adentro. Con cada canto que salía, algo dentro de mí resonaba. Me sentía como una mariposa, ligera, colorida, a pesar de que a los demás les daba la impresión de que yo era una amenaza por mi silencio y mi seriedad. Tejía mucho, así que empezaron a salir mis primeras mochilas para vender en Maicao. Recordaba los días pasados como un mal sueño en los que lo importante había sido cambiado y enterrado con la arena del desierto. Cuando Lucho llegó, ya estaba resplandeciente. Pensé en el mundo y en el sol, esas cartas que anunciaban todo lo merecido y la bendición. El sol tenía dos amantes a los que llenaba con su claridad y, por más que me sintiera feliz, no podía dejar de pensar en que ahora estaba sola. No tenía a nadie al lado y esto me hacía sentir rara, diferente, pero no podía sino ser distinta con todo lo vivido. Por eso mi cara parecía la de alguien que calla y sufre, aunque por dentro crecía un árbol de trupillos con sus flores de olor amargo cuando caen al suelo.

Lucho llegó con su camión, un camperito modelo setenta recientemente comprado; de los mejores para ir a todos los lugares y terrenos del gran territorio de La Guajira. Su misión era llevarme de vuelta a donde todo inició. La abundancia, don Valentín, Rosa, Nacho, Dama Camelia, era otra vez todo mi pasado allí, pero esta vez iluminado por un mundo que debía descubrir y un sol radiante que me coronaba, aunque sola como una loba en la estepa. Así me sentía: salvaje, sin manada. Mi manada era Aureliana, que seguramente esperaba mi visita. No tenía hijos. Julio me acompañaba en los rezos: lo veía sentarse en mi regazo a donde iba y siempre sonreía; estaba gordito como un querubín. Ese espíritu me hacía sonreír de vez en cuando, pero sabía también que tenía que liberarlo porque se iba atormentar con mi amargura de soledad.

En el camino, Lucho me empezó a contar la historia de cómo era que se había decidido a ser camionero. No era una historia distinta a la de Nacho. Ya conocía a los hombres como él, la diferencia era que Lucho me debía gratitud por haberle sanado la culebrilla. Me habló de cómo llegaban los camiones a su casa y su madre les servía en platos llenos. Allí él había empezado a admirar a los hombres con dinero y mujeres. Esas mujeres que antes eran yo, esas mujeres que admiraban el dinero como si fueran rayos del sol entregados a voluntad para unos pocos astutos. Me acordaba de eso y mi rostro se parecía más al de la gente cuando come marañones.

Él buscaba en su pasado algo como excusa para enterarse de mi historia, pero poco quería yo compartir del mío. Entendía que ese camino era un tránsito y el camión era mi puente hacia allá, así que algo debía sentir, más que decir. Recordé el día del asesinato y cómo los días antes Nacho me habló de que el señor tenía dinero y estaba solo, que no tenía hijos y nadie iba a preguntar por él. Me prometió esa tierra para no ser más pobres ni perder nada. Tendríamos hijos allí y yo me quedaría como la reina en la abundancia, criaría a mis hijos y sería como en un cuento de princesas en el que yo era la bruja ahora. La bruja que asesinó a don Valentín, que fue a la cárcel; la bruja sola que curaba la culebrilla de hombres como Lucho. La bruja que se hizo prostituta porque, siendo madre, renunció a su vientre enfermo. Era la bruja y ese era mi destino.

Me preguntó Lucho por aquello que me llevaba a moverme hacia Colombia. Le hablé nuevamente de ir a ver mi madre, pero no pronuncié más palabra y con eso entendió que era mejor no preguntar. Inútilmente me reclamó por mis faltas de sonrisa. Seguro años antes, cuando me subí al camión con Nacho, sí hube de reír mucho y asentir a todas las historias que me contaba aquel hombre que se hacía gigante mientras más hablaba. En este caso, yo era la bruja y mi presencia casi no cabía en ese campero. Lucho se resistía como se resisten todos los hombres a las mujeres como yo. El agradecimiento era más amoroso que cualquier prejuicio.

Llegando a los retenes empezó a contarme de las historias que le había tocado vivir y de cómo algunos marimberos les cobraban dinero a los colombianos para pasar por la

trocha, porque en Colombia estaba muy duro todo y la gente era muy pobre; en cambio en Venezuela con cualquier real se triplicaban o cuatriplicaban los pesos colombianos y la gente cruzaba para trabajar en Maracaibo y enviar dinero a sus familias. La mayor parte del tiempo pasaban ilegales, no por traficar como los marimberos, sino por pagar para que los dejaran pasar, pues eran muy estrictos los pasos, hacer las visas, pagar los pasaportes. De todos modos, si no les caías bien a los soldados, no podías hacerlo.

Con los marimberos era plata fija, aunque también me dijo que muchas personas habían muerto en esas trochas, porque cuando uno hace negocios con delincuentes se arriesga a eso. Pero la gente no tenía más remedio: la pobreza y la violencia en Colombia era tal que bajaban en cantidad. Todo eso me comentó para decirme que no entendía que yo volviera a un país tan pobre y no me quedara en Venezuela. Solo le volví a decir acerca de mi madre y eso bastó para que no mencionara más el asunto. **[Mire ahora lo que es la vida: usted hace este reportaje para lo contrario, para demostrar cómo la gente viene desde Venezuela a Colombia. Es como si los que sobreviven estuvieran destinados a penar en las fronteras como almas que buscan el curso de su propio río. Mi río es este caudal de muchos otros en donde soy y donde he estado. Soy la reina de copas, abundante como un páramo que alimenta el mar después del desierto. Ya no importa en qué país estoy o me encuentra usted para escribir sobre mí.]**

Al llegar a Maracaibo era medio día y el calor era más fuerte, o al menos lo sentí espeso en el ambiente. No sé si era porque así era el calor del pasado. Nos despedimos y me dijo antes que tenía que conseguirme un esposo. Lo hizo como un consejo, porque una mujer sola corría peligro. Yo le dije que ya tenía suficiente de esposos por ahora y que mi madre me esperaba. Sonrió y agradeció de nuevo por los medicamentos y me dijo que cualquier cosa que necesitara podría verlo en la estación; si quería volver, él iba y venía cada tercer día. Logramos un acuerdo de dinero generoso de su parte. No me quitó todo lo que me había pagado antes y le agradecí porque necesitaba un plante para sostenerme esos días.

Almorcé sola en la terraza de esa casa. Me sentía extranjera en mi propio país y así tendría que verme, porque no reconocía ni me reconocía nadie. Mi rostro era otro y lo pude confirmar horas más tarde al acercarme a la cárcel de mujeres para visitar a Aureliana. El rostro y el cuerpo cambian con la vida. La corriente del aire se pone más rápida o más lenta, y te hace de un modo o de otro, de acuerdo con lo que la rueda te ponga en el camino. Ni las guardias atinaron a recordar dónde me habían visto. Tenía el cabello largo y cano, las mochilas en los hombros, el tambor y la manta. Mi cara era gordita e iluminada. Era Aoana, más parecida ahora a mí; lejos había quedado Cecilia.

Al llegar a Papillón reconocí el patio al fondo. Todo era un trámite. La revisión de mis cosas, entregar mis documentos. Entrar a esperar a Aureliana me llenó de la luz de otros días. El palo de mango era frondoso y el aire fresco. Unas mujeres jugaban naipes y otras

reclusas al fútbol. Reconocí una que otra mirada de extrañeza, pero nadie me vio; era como si por primera vez estuviera allí. A lo mejor un manto nebuloso me vestía o las diosas habían puesto el nudo de la bruja que me mostraron en sueños, esas fórmulas que transforman a los enemigos y los despistan para que no lo puedan ver a uno. Era una presencia nueva en ese momento.

Me acordé de cuando me quitaron a mi niño del pecho y quise llorar, pero ese llanto se espantó apenas la vi a ella caminado hacia mí. Aureliana se había hecho más pequeña en el poco tiempo que yo tenía de haberme ido, que ya eran algunos meses, aunque me parecían años. Tal vez mi estatura ahora era tanta que no me había percatado de mi cambio de tamaño, o a lo mejor era por esos conjuros para disimular y transformarme ante los enemigos que también veía a los amigos distinto. En este caso, Aureliana era mucho más anciana de lo que la recordaba hace unos meses, cuando yo apenas era una adolescente, una niña jugando con un muñeco a ser mamá. Pero ella sí me vio y supo quién era. Reconocerla entre sus carcajadas a la distancia aún era saberme acompañada. Me abrazó como se abrazan las madres con las hijas después de largo tiempo de verse. Apretó su pecho contra el mío y sentí todo su amor incondicional calentito en ese momento.

Aureliana me dijo que me esperaba. Estaba tan festiva la tarde que la brisa corrió sobre los árboles de mango y cayeron algunos que nos recogimos para comer. Mientras tanto, le hablé de mi expedición al desierto, de todo lo que me había sucedido mientras la dejé. Me dijo que ella sabía que esas eran las pruebas para llevarnos a lo que somos.

Aureliana me indicó que el sol del tarot me iluminaba y lo veía en mis ojos a pesar de lo tenue de la sonrisa. También hablamos de la soledad de las mujeres como yo. Le pregunté por qué me había escogido para aprender de ella y me habló de sus sueños premonitorios. Otra vez, no sabía por qué a veces los espíritus hacen eso para entrelazar los caminos de las personas y una solo tiene que hacer caso. «Sigo acá por algo, pero ya sé que pronto saldré: tú me harás el favor de sacarme».

Me dio una dirección para ir. Era la casa del inspector que la había metido presa. Me esperaba para atender el parto de su esposa. El embarazo había estado difícil y los doctores ya le habían pronosticado lo peor. El hombre había escuchado de los poderes de la ouutsü, pero esta le dijo que mandaría a alguien a ayudarla y que, apenas naciera el niño y su esposa quedara con vida, él tendría que sacarlo. Aureliana había preparado todo como si fuera una diosa y yo solo tenía que ir a atender. Dudé por un momento de que toda la responsabilidad de la vida de tres personas dependiera de mi reciente habilidad de partera y entonces la sacerdotisa me pidió confiar; era lo más resuelto que tenía que hacer por mí y por ella, porque nos íbamos a ir juntas de Maicao y necesitaba que la sacara de la cárcel. Me dijo que no me apurara, que tendría tiempo de todo, hasta de despedirme de los míos.

Después de hablar con ella salí directo a la casa del inspector. Llegué y le hablé de parte de Aureliana y me hizo seguir como quien por fin recibe al médico. Tenía otros tres niños y los médicos le habían dicho que, por falta de la vacuna globulina, que afectaba el Rh negativo de las mujeres, los dos se iban a morir, pues en el parto anterior no se la habían puesto.

Aquello fue una batalla espiritual por la vida de esa mujer. Tenía ya los dolores y empezó a botar sangre. Había tanta sangre en el piso que se estaba yendo. Yo empecé el rezo con la artemisa y una mandrágora que me auxiliaba, y nada que nacía el bebé, aunque había sangre. Entonces encendí la salvia y un manojito de palo santo y empecé a cantarle a su vagina. Le pedí en el canto que viviera. Vi unos hombres vestidos de negro a su lado y sabía que venían por los dos, pero ya me había enfrentado con personajes de estos y de un soplo los espanté; el humo del palo santo hizo su bendición sobre ellos e invoqué el alma del niño que venía. Lo vi sonriente y a ella le rogué. No se podía ir todavía. Le susurré los nombres de sus hijos y el del nuevo niño que vendría después, porque así me lo había indicado su alma. Los tres aparatos de negro empezaron a disolverse de la vista, ya no se acercaban, pues yo estaba iluminada como el sol. El arcángel Miguel se sentó a mi lado y limpió la sangre, y se oyó el primer llanto. La mujer estaba recibiendo ya la transfusión del médico que había llamado el esposo. Se llamó Isaid y siguió respirando.

Al terminar la transfusión, ella amamantaba a su hijo y yo seguía rezando afuera de la habitación. Me la traje de vuelta ese día y el esposo estaba agradecido. Me preguntó si yo era hija de Aureliana y le dije que sí. Me aseguró que mi madre se iría conmigo en dos días. Me pasó un fajo de billetes y al parecer buscaba más en sus bolsillos, pero no encontraba. Salí de madrugada de la casa del policía. Por un momento me tentó volver a la Mezquita de Dama Camelia, pero no quería cambiar la buena suerte que me daba haber traído dos almas de vuelta al mundo. Entonces fui al hospedaje donde trabajaba Rosa y pedí una habitación. Le pregunté a la recepcionista por la que lavaba la ropa, sin decirle que era mi hermana. Me habló de otro nombre y otra mujer. Le describí a Rosa, pensando que tal vez la reconociera. Me contó que hacía meses que había dejado de trabajar allí porque había vuelto con el marido que llegó de Cúcuta con plata. Todo se sabía en Maicao y ya era voz del pueblo que habían agrandado el almacén con un dinero y que ella lo había recibido de vuelta. Me quedé dormida esa madrugada hasta muy tarde en la mañana. Descansé profundamente como si hubiera luchado contra la muerte.

Cuando un ser humano nace tiene una mirada que abraza a los que le rodean. La mirada del recién nacido es abierta, despojada de etiquetas de sí mismo y de los otros; no es nada más que su ser perdido en el horizonte y presente en todo lo que está a su alrededor en la inmensa fragilidad de su cuerpo sostenido. Así también es el ser cuando muere. El parto es hacia otro lado, nacer es partir de otro modo y la muerte es otra partida. En esta transformación nos vaciamos de todo, solo estamos en la presencia de quienes somos en

alma. Ni el dinero, ni lo que hacemos o llevamos, ni siquiera el cuerpo nos define ya. El dolor es inevitable y el sufrimiento es una opción cuando naces, pero lloras y estar vivo es el primer dolor del mundo. Sabe el alcastraz de su vuelo sin saber su nombre, sabe el perro de su alegría sin saber de su servicio y lealtad, y de su hocico especial que olfatea a quien le da de comer.

Al despertar de mi cansancio por la batalla me decidí esa tarde a vender mochilas en el mercado de los turcos, como mis hermanas las wayuu. Me pinté la cara con tierra negra para cuidarme del sol y me posé como una estatua en la esquina de una de las tiendas de telas. No necesitaba transformarme en racimo de guineos o mosquito para escapar de mis enemigos o de mi familia. Vi de lejos a Rosa abriendo su toldo y su almacén después del almuerzo. Tenía una bata de colores y algo parecido a una barriga de embarazo, aunque no era muy protuberante. Cuando una es partera sabe ver esas cosas: supe también que tendría un niño. Vi a sus hijas alistarse para las ventas y estaba su esposo. Era un cuadro familiar de gente trabajadora. No creo que Rosa se imaginara que yo estuviera por ahí vendiendo mochilas. Me acerqué a ella y la única que me saludó fue la perra, «Solita». A pesar de mi voz y de mi mirada, no logré que me vieran.

No sé qué pensaron de mí estas mujeres, igual o estaban tan ocupadas en sus oficios o yo estaba en otro mundo y no podía identificarme de nuevo, pero era como estar hablando desde lejos y que mi voz no las tocara. Me sentí fantasmal y por un momento dudé de la vida, mi cuerpo y mi tiempo propio. Volví a mi lugar y «Solita» se fue conmigo. Le di migajas de un pan de pita que me comía mientras estaba ahí. Atendí a varias clientes que se llevaron dos mochilas y bordados que había terminado en la frontera. Preguntaba a quienes se me acercaban si veían mi rostro, mi cabello, si sentían mi pulso; estaba muy extrañada, pues lo único que tenía era esa máscara y cualquiera vería en el fondo que era yo.

Fueron días de esperar a Aureliana para irnos. No fueron solo dos, sino que fue una semana entera la que yo fui por las tardes después de las ventas a preguntar por ella y me dijeron que hacía falta papeleo. Fue más difícil arreglar su salida que arreglar su entrada. Entonces ya instalada en el hospedaje me encontré con algunas de las trabajadoras de Dama Camelia. No éramos muy amigas, tampoco supieron quién era yo, así que les dije que andaba buscando trabajo, que si en ese bar a lo mejor podría conseguir algo para mí. Las dos mulatas se rieron al unísono. Me dijeron que yo estaba muy vieja para Dama Camelia y que ella solo aceptaba a niñas jóvenes, porque las viejas se perdían con los marimberos. Entonces no me aguanté y pregunté por esas, las que se perdían con marimberos, y me contaron la historia de Cecilia, quien se había ido a trabajar a la Alta Guajira y que no se sabía si había agarrado a vivir con un venezolano o si la habían matado. Estaba desaparecida. Pero se sabía que se había ido con mucha plata y que Dama Camelia se había enfadado porque no le pagaron lo que le prometieron. Por eso ahora solo contrataba jovencitas para pedir pago adelantado.

Al parecer, también se habían puesto más exigentes los hombres a la hora de llevarse mujeres del bar y había empezado a preferirse el público extranjero, con eso de los cuarteles que llegaron de las multinacionales. En todo caso, ambos grupos, los marimberos y los extranjeros, pagaban en dólares.

Dama Camelia estaba contenta con los cambios y no quería mujeres mayores. Me resigné a saber más de la versión que circulaba sobre mi desaparición y agradecí a las mujeres obsequiándoles un par de pañoletas para el sol. Entonces entendí que en esta tierra yo era un espejismo y que si me iba a ir con Aureliana tenía que hacerme una nueva vida. Como ya lo sabía desde antes, no me extrañó, pero venir por ella me había dado la mirada de los bebés cuando nacen, me había despojado de todo y mi mirada ahora estaba perdida y abrazaba todo como si fuera el primer grito de dolor al nacer y de amor por estar aquí. Tenía que llevarme a crecer a otro lado, tenía que partir del todo. Solo me faltaba despedirme de Julio, pero no sabía exactamente dónde estaba enterrado.

Antes de pasar por la cárcel a ver si por fin sacarían a la sacerdotisa, fui a ver a la madre de Leonel de nuevo. Aquellos pasos me helaron el aliento porque recordaba al hombre asesinándome, recordé el momento en el que moría bajo su mano con un tiro de gracia, arrodillada frente a él pidiendo perdón por el irrespeto. Así se supone que deben estar las mujeres como yo: sometidas por decir y ser salvajes ante esos hombres. Pero yo era otra mujer en ese entonces, antes de renacer, porque ahora mi cuerpo y mi espíritu se hacen grandes y no se han podido arrodillar sino a besar la tierra por darme la vida. Incluso sé ver en la mirada de los hombres otro rastro de mí.

No sabía si al preguntar por la madre de Nacho sabría algo nuevo sobre mi hijo. Al llegar me presenté como curandera y ofrecí mis pomadas para el dolor hechas de árnica y marihuana, originales, porque vendían mucha imitación entonces. También ofrecí mochilas. La mujer vestía de un negro insurgente que rechillaba y absorbía todo el calor y el sol del momento. Me negó con un gesto triste e iba a cerrar la puerta cuando le dije que también hablaba con los muertos si quería saber algo. Ella pensó que era wayuu, porque me llamó india y me preguntó si yo sabía cómo contactarse con su hijo. Ese don yo no lo tenía entonces. Se me había ocurrido decirle eso, pero le dije que a los muertos había que dejarlos en paz. Ella me explicó que no encontraban el cadáver de su hijo y que se había fugado con la mamá de su nieto y no había alcanzado a hacerle un sepelio. Entonces le ofrecí unas plantas para quemar y un ritual para que el alma de su hijo descansara en paz, y allí aproveché para preguntarle por su nieto. Me dijo que él estaba bien, que se lo había llevado su tía a vivir al Manantial y que allá no le faltaba nada, que yo no podía pensar que él estaba muerto. Me tocó improvisar mi reacción y decirle que así lo pensaba porque me había dicho que su hijo estaba con su yerna y pensé que la familia estaba toda junta. Entonces me contó la historia de Julio. Yo creo que ella tenía cataratas porque cuando me hablaba me seguía diciendo india y no me

miraba directamente a los ojos. Además, solo me había visto un par de veces y la última me dijo esa mentira.

Me contó que el niño lloraba mucho y que su hija mayor se había encariñado con él. Él le decía mamá a ella y papá a su marido, así que habían convenido irse a Manantial, cerca del río Ranchería, donde había trabajo con la multinacional y no pasaban hambre. Ya el niño tenía los dos años cumplidos.

Le dejé el emplasto hecho con cremas y le dejé además unas plantas para que hiciera infusión y se echara en los ojos. Me pasó un fajo de billetes y yo lo acepté con rabia y disimulo. Me fui rápido de allí, pensando en la mentira que me hizo transformar el camino que recorrí; en la luna que era esa señora y que ahora con su brillo me decía toda la verdad sobre mi hijo. La sonrisa de su espíritu me acompañaba pero estaba vivo; crecía al lado de una mujer llamándola madre y de un hombre llamándolo padre. *Mamá, dame comida; mamá, cómo se escribe la palabra amo; mamá, mira este abrazo; le decía también mamá, quiero cantar; mamá, quiero jugar; mamá, llévame al baño; mamá, voy a jugar con los chicos de la cuadra; mamá, mira cómo monto bicicleta; mamá, quiero cocinar contigo; mamá, yo te hago el mandado; mamá, feliz día de la madre; mamá, te dibujé; mamá, te extrañé; mamá, te quiero más que a nadie en el mundo; mamá, mira mi novia; mamá, no tengo amigos; mamá, este grado es para ti; mamá, soy un hombre hecho y derecho; mamá, mira mis hijos; mamá, abraza a tus nietos; mamá, trabajo aquí y allá; mamá, no te enfermes; mamá, yo te cuido; mamá, yo te bendigo el cabello; mamá, que tengas buen parto.*

El manantial

Al llegar a buscar a Aureliana, estaba todo organizado. Era la felicidad poder tenerla junto a mí y emprender un camino juntas, cuidarnos y cuidar ese camino. Era mi manada y todo lo que necesitaba. También necesitaba saber de mi hijo, entonces le propuse irnos a buscarlo a Manantial. No conocía muy bien a la familia, pero sabía el nombre de la que una vez fuera mi cuñada, Teresa, aunque no el de su marido. Iríamos al río Ranchería. Aureliana tenía familia allí. Uno de los clanes de su madre la podía acoger, así que le pareció buena idea. Pero me advirtió que ese no era el camino que yo debía hacerme, que mi ruta era otra y este era un desvío lleno de riesgo, pues ya había cerrado la rueda del cometa y tenía que aprender. Aureliana sabía que yo era una mujer de explorar muchos caminos.

Me costaba soltar la imagen de mi hijo. Además, estaba vivo y era lo único en lo que pensaba: en que quería volverlo a ver y sentir su cuerpecito caliente cerca del mío, oler su cuello y su aroma de pureza. Ese nuevo rumbo con Aureliana fue un aprendizaje de la sonrisa. Ella iba dispuesta a darme la medicina de sonreír. No podía yo quedarme con esa cara de tigresa en amenaza. Tenía que abrir las alas y volar como colibrí, porque la sonrisa era capaz de espantar los malos espíritus y así me iba instruyendo ella sobre el arte de saber apreciar y sonreír con el alma.

Para mí era motivo de alegría la esperanza de volver a ver a Julio, pero también de sufrimiento, y ya me había enseñado Aureliana que todo sufrimiento es ilusión y la ilusión es cosa de la gente que se mete con el diablo. Yo ya me había liberado y aprendido dónde estaba el diablo adentro mío y con mi sacerdotisa lo había dominado, así que reconocí allí el sufrimiento de saberlo de otra madre, el dolor que me quemaba en el centro del pecho. Durante el camino hacia Manantial, Aureliana me habló de ese dolor. En el centro del esternón está la glándula del timo, que recibe las emociones, y si uno lo tiene encerrado, este duele y no se puede uno entregar a la alegría. La pérdida de alegría era una enfermedad fatal para las mujeres sabias porque nos aquietaba la lucidez y la capacidad de entender lo que el mundo de los hombres no entendía. Yo necesitaba estar alegre para terminar de hacer mi trabajo en la tierra.

Cuánto me enseñó mi bella Aureliana antes de irse. No sabía yo que aquel camino era el regreso el cierre de la rueda para ella hacia su casa y también hacia su otro parto. Yo la quería para siempre en mi vida, pero los ancestros tienen su forma de hacer las cosas. El reencuentro con mi hijo era mi camino hacia la raíz de ella. **[Mi única manada hasta antes de conocer a toda la familia que tengo ahora en este pueblo donde tanto me quieren y me han hecho sonreír, aquí en esta casa donde le echo a usted las cartas con su árbol de la vida.]**

Llegamos a la Ranchería. El clan de la familia de Aureliana nos recibió hablando en lengua. Aquello fue festín con chivo, friche y chirrinchi hasta el amanecer, y los siguientes días ella se abrazaba con una mujer y una familia distinta. Era toda una matrona, una emperatriz, una vieja sabia, que me había querido como a su propia hija. Ya habían pasado dos años largos de conocerla y en mi mente eran como diez. Yo me sentía mayor; las mujeres del bar me vieron mayor. Aureliana me supo mayor y me enseñó a reír como niña los días antes de su muerte, me enseñó a bailar el canto del tambor, pues la rueda no se completaba sin la danza de la luna.

Bailamos los tres días de luna llena todas las mujeres y cada una de ellas se llevó una premonición. A mí también me dijo que yo vería a mi hijo, pero que no lo tendría conmigo. En un sueño vi la luna iluminada de amor; me abrazó y me lo susurró como quien necesita saberlo para estar tranquila. Seguimos bailando como niñas y algunas entregaron su sangre a la madre tierra y a los ancestros. Sentía esas noches que mi vientre era el de todas, y cada dolor de cada una estaba en mí y mi dolor de pecho estaba en ellas y dolía menos porque todas éramos hijas y todas éramos madres. Los hombres guardaban silencio y escuchaban los rezos, no con sumisión sino con respeto y devoción a la tierra y a la luna.

La mañana del cuarto día, Aureliana se despidió de todos y a mí me volvió a regalar la sonrisa y su medicina. Me habló de la alegría que había dejado en mí como una herencia para todas mis generaciones, así yo no tuviera más hijos e hijas: las hijas de mi hermana, las nietas de ella y las tataranietas eran también mi linaje, y con este canto y baile iban a ser libres y felices por mí. Luego me perdonó y me pidió que también con esta cura yo misma me perdonara. Puso su mano en mi pecho, en el timo, y allí sentí calor y fui feliz. Abracé con éxtasis a todas las mujeres que bailaron y sentí en mi corazón el pecho de Aureliana sonriendo con el alma y la ternura de la madre dentro de mí. Ni el dolor de la madre que pierde a su hijo estaba ya, porque ella con su muerte vivió un nido que puso allí para siempre y desterró de mí cualquier negrura que se aprovechara de mi dolor para volverse ilusión de sufrimiento. Yo podría con eso, yo podía ir a ver a mi hijo y despedirme de él y dejarle un toque de alegría querubínica, y Aureliana sabía y los ancestros lo habían anunciado.

Las mujeres danzaron conmigo. La vieja murió sonriendo y tenía la bata color melocotón, su favorita, se fue para el mundo de los muertos y me acompañó su espíritu a despedirme de lo último que yo era. Entregamos su cuerpo al desierto y las niñas vestidas de

negro se hicieron presentes cuando lloramos en un solo vientre, que las abrazaba a ellas también, y sonrieron conmigo. La sacerdotisa se las llevó y puso una luz blanca sobre ellas, tan resplandeciente que su vestido se hizo de oro. Todas se fueron caminando por el desierto y la bruma del mar se oía como si toda la ranchería fuera un caracol mientras ellas caminaban a lo lejos. Comimos, bebimos y bailamos hasta el éxtasis del sueño. Esa fue la despedida más alegre que tuve antes y después de Aureliana; antes Cecilia, después Aoana. Ya no importaba Dama Camelia, ni el prostíbulo, ni Nacho, ni Héctor, ni las personas de la ranchería. Solo importaba ese momento para dejar atrás, solo ese momento para abrir los ojos con el primer llanto hacia la tierra, desbordando el agua.

Cada parto también es un alumbramiento, una luz nueva cuando dos hacen el amor y llega Dios a conquistar el cuerpo. Lo saben las viejas de las rancherías. Es difícil acompañar a parir, también acompañar a morir, pero si hay algo más difícil que esas dos cosas, y que en mis años de partera he ido aprendiendo y que ahora que cuento esta historia puedo afirmar con mucha certeza, es ser mujer y parirse a una misma.

Manantial se veía lleno de árboles y de vegetación: una zona muy distinta al resto de La Guajira. Incluso, en un lugar podía hacer frío. Llegué allí con la sonrisa de la niña, con el asombro en los ojos y las ganas de abrazar de una madre. Después me fui con el dolor en la cuna de mi vientre, pero con la luz que deja el nuevo alumbramiento para nacer hacia una versión distinta de las cosas. Muchas veces morimos y nacemos, a eso vinimos. Las mujeres tenemos periodos de muerte cada veintiocho días. Entender eso en el mundo de los demás, de los que no son locos o brujos o anormales, es muy costoso. Andan con el ritmo de los días, del dinero cayendo en la distancia de los totumos, de las jerarquías entre los poderosos y los que no.

Cuando asesinamos a Valentín, yo no pensaba en esto, pensaba en poseer. Poseía a Nacho, poseía una casa, poseía un hijo y había matado por poseer y creía que esa era la vida. Ahora tenía mis pies, mi mochila llena de pájaros y mis telas hechas mantas y tejidos para vender. Tenía los días y los menjurjes, las manos para sanar, tenía a Aureliana en la sonrisa. Fui a Manantial a terminarme de parir. Me faltaba desprenderme de aquello último que yo pensaba poseer y que me cubría encima del nombre: Cecilia, la madre.

Al llegar al pueblo me ubiqué en la plaza. Eran cuatro casas y los cuarteles de la carbonera estaban detrás del pueblo. Un grupo de muchachos sonrientes y juguetones me hicieron de guía hasta Manantial. Y era verdad que era puro, y era verdad que era el azul más resplandeciente que hubiera visto. Sonreían y hasta los niños que habían muerto por el lugar aparecieron en los árboles y se asomaron cuando solté todo mi equipaje y me metí al agua. Lo único que llevaba era el tambor y fui libre entonces, y antes de tocarlo lo puse sobre una piedra. Me recosté y miré hacia el cielo. El agua cubrió mis oídos y las risas se escuchaban como una melodía que tocaba la superficie, y adentro el agua corría más adentro, en mi interior. En mi pecho latía el corazón y resonaba la sangre,

y yo miraba al cielo. De los árboles caían hojitas; eran caracolíes frondosos hablando entre ellos. A mi izquierda había matorrales y varias libélulas se apareaban. Escuché el batir de sus alas por debajo del agua, corriendo con el río. También oí las hojas tocar la corriente y la caricia del agua sobre las piedras. Salí y mi cabello tomó un color azulado y morado al mismo tiempo por el sol que me bañaba. Me senté sobre las rocas más antiguas y allí canté.

Los niños me miraban como si fuera una aparición. Supongo que en algún momento comentaron sobre las historias de la Mohana y las mujeres que se llevaban a los hombres en los ríos, porque cuando me oyeron cantando también se apresuraron a irse, a pesar de que me habían escuchado en el abrazo y en el río. Me sentí ligera y lista para ir a buscar a Julio. En tan pequeño lugar seguramente lo iba encontrar. El pueblo solo tenía un hospedaje, así que fui a parar allá para dormir esa noche y las que fueran necesarias antes de ver a Julio y a sus padres. Sí, ya sabía yo que era madre de otras vidas y de otras formas, que la carne tendría que desprenderse. Es doloroso asumir un destino que se sabe y aún una se resiste. No hay otra salida que nacer de ese dolor, porque así es la certeza de ser, porque la libertad es dicha, ausencia de miedo, consciencia del dolor, pero destierro del sufrimiento. Eso me hubiera dicho en ese momento Aureliana, estoy muy segura.

Llegué al hospedaje y me ubiqué rápidamente a las afueras con mis chinchorros. Ofrecí mis servicios de curandera a las dueñas y a las rancherías vecinas. Hablaba un poco en wayuunaiki, así que saludé en varias ocasiones *anastayá*. Escuché los cuentos de los abuelos y las abuelas en las terrazas durante varias tardes hasta que al tercer día de estar allí me empezaron a llegar clientes. Y curaba el mal de ojo, el dolor del nervio, el empacho, la envidia. Llegaban también los trabajadores de la mina a buscar a sus otras mujeres, porque las esposas estaban con ellos en los cuarteles. Dejaban dinero y luego ellas iban a buscarme para que les leyera las cartas y preguntara si algún día iban a ser las esposas y se iban a ir a vivir a las minas.

Pasó una semana hasta que los vi, o ellos me vieron, mejor dicho. Yo estaba entretenida haciendo mis pomadas, cuando llegaron Teresa con su marido y mi Julio. Cuando lo vi se me aguaron los ojos y ella me saludó por mi nombre. Le dio permiso al niño para abrazarme, pero él no entendía nada, y ella le pedía que me diera besos, pero él decía que no, así que yo no le insistí. Ella me preguntó si venía a llevármelo, yo le respondí que no, que solo quería saber de él. Me preguntó por Nacho. Yo no sabía nada de él y le dije también que nadie en mi casa sabía de mí y que quería que así fuera.

Teresa me reconoció por ser la mamá de Julio. La tripa es así, aunque ella era la madre ahora. Cuando una entrega a su hijo a otra mujer como madre, una ve la vida de ese ser y piensa en cómo crecería con uno y cómo crecería con otra persona, lo que le depararía el mundo a un alma que una ha alimentado con su pecho. A veces, por más dolor que exista en desprenderse, lo mejor que una mujer puede hacer por sus hijos es entregarlo

a quien tenga mejor destino. Porque una sabe que con una ellos llevan una carga a cuestas y esa fiebre interna en cualquier momento vuelve a aparecer, y entonces una se sabe capaz de hacerle daño a la fragilidad de ese ser.

«Estoy para ti, Julio. Siempre estaré para ti». Alcancé a susurrar en un canto. Estoy segura de que Teresa estaba dispuesta a llorarlo y se alivió cuando supo que era su hijo y que estaba bien acunarlo, porque yo, quien lo había engendrado, lo consentía. Se alivió su corazón y ella nació como mamá. La hice parirse allí donde yo moría con esa última capa que arrojaba sobre mi ser para abrirme a mi destino. Es un acto más terrible que matar dar vida y desprenderse de ella, y ambos son producto del amor que en su sombra solo es fiebre.

[Hacia dónde van los aprendizajes o hacia dónde deberían ir para usted. Es la siguiente parte del árbol. En el centro está el camino hacia la clave que es la carta final. Antes de ello viene lo que se resuelve de esa situación entre el colgado y las espadas. Esa que viene de su presente. No es el futuro. El tiempo no es lineal, las imágenes aparecen a toda hora, al mismo tiempo; es su mente la que las trae o la que decide parar el ruido y caminar con la planta del pie asentada en la superficie de la tierra, con fuerza para atraer las nubes hacia el centro y palpar allí. En este árbol aparecen entonces las siguientes tres cartas. Aparece un seis de espadas. Se soluciona el conflicto de los 5 de copas, con la racionalidad, con lo que se aclara en la mente. Dos sotas a los lados nos indican un recomenzar. Para los finales no hay nada mejor que volver a comenzar y esa es la función de la muerte, dar vida. Los reinicios en el amor y en el cuerpo, en las copas y los oros. Hay que vivir con alegría esa sensación del amor. Ver las cosas en un nuevo paisaje, en lugares donde no se había vivido antes, algunos viajes. Todo revive en una chispa amorosa y posible para usted.]

Nacimiento

Sentía placer en cada pequeña cosa que hacía, en el sabor de la comida, en caminar descalza por Manantial. Estaba en el nacimiento del agua y había soltado a mi propio hijo. Nada me hacía sentir tristeza. Aunque quería muchas cosas, con lo que tenía me era suficiente. Alquilé una casa cerca de allí, estaba sola y acomodé un catre y una cocineta. No necesitaba sino el olor de chocolate por la mañana. Recogía plantas durante el día y atendía a los enfermos. Visitaba a Teresa y a Julio, les llevaba un pan, hablaba con el niño y jugábamos a los vaqueros. Por esos días los de la mina estaban ya diciendo que había carbón bajo Manantial y hablaron con muchos dueños para comprarles las tierras. Algunos vendieron, pero por fortuna la mayoría se rehusó. Se escuchaban vallenatos y yo tocaba el tambor para Julio. Teresa me decía «la tía Cecilia», aunque yo me sabía la madre de él y hasta de ella. Viví dos años más allí, descubriendo nuevos remedios y nuevos males que sanaba; hablando con los niños entre los hongos y con las mujeres que me llamaban de los árboles preocupadas por los carboneros. Como hablaba sola y sonreía gozosa, caminando descalza, los niños de la escuelita y la directora empezaron a decir que yo era satánica.

Todo empezó porque Martina, una adolescente, llegó a mi casa buscando una pócima para abortar y yo la acompañé y le entregué esa alma a la creación. Le pedí los restos para enterrarlos y darlos a la madre tierra. Entonces se inventaron que yo coleccionaba los abortos para hacerme vieja sin morir, que era mi remedio contra la inmortalidad. Las brujas siempre han sido quemadas y a mí ya me había tocado quemarme mucho más de una vez en ese fuego. Empecé a sentir el vaho y la chamusca de mis alas, así que era mejor preparar camino y despedirme tiernamente de Julio y de Teresa.

Todo aquello me resultó triste porque estaba contenta en Manantial. Su agua azul era lo que me rejuvenecía. Nunca había estado tan a gusto de escuchar el ritmo del río viviendo tan cerca. Era el nacimiento y tal vez también era como los cachorros que crecen alimentándose los dos primeros años de la madre. A Julio, que no podía ya reconocerme porque quien le había dado ese alimento era Teresa, hubiera querido acompañarlo a crecer siendo la tía, pero aquello me trajo problemas como los de la cárcel. Esta vez

Aureliana me susurró al oído que ya era hora de irme. No sabía para dónde, pero salí de Manantial buscando una ruta hacia el sur. Podría volver al norte, donde aquellos que me cuidaron; podía volver a Maicao y decirle a mi familia que estaba viva; pero ya estaba libre y mi nuevo camino era otro. Así que atravesé La Guajira buscando un lugar nuevo para poner una piedra y hacerme una casa. Andaba con el tambor y las mochilas y varias mantas y tejidos para sobrevivir; ese era mi nuevo trabajo y el que más me gustaba, pues no necesitaba sino tejer. Además, me quedaba tiempo para aprender botánica y atender gente donde estuviera.

Recordé que alguien dijo que los Cárdenas estaban cobrando deudas de honor en Santa Marta contra los Valdeblánquez y allá fui a parar en un bus que me dejó en la terminal. Todas las paradas de buses en esa época eran patios grandísimos encerrados, donde se bajaban las personas como yo. Había mucha inseguridad en la ciudad, era cierto, por eso habían ordenado toque de queda a las seis de la tarde. Así que antes de esa hora ya yo tenía hospedaje en un hotel en la calle doce, donde había muchos bares y prostitutas. Viví unos meses allí mientras ofrecía a los turistas mis creaciones. Había mucho mar y mucha más gente en Santa Marta, pero era igual un camellón con bahía y mucha gente viniendo y yendo hacia muchos lados. Tuve repentinos sueños esos días y se acrecentó mi capacidad para hacer lecturas de cartas y leer el tabaco. En esos sueños aparecían mujeres que se acercaban a mí para contarme sus formas de morir y ninguna de ellas era honrosa. Me pedían hacerlas libres y Aureliana me acompañaba a llevarlas en su tránsito hacia otros mundos.

Las dos historias que más recuerdo son las de una mujer muy parecida a mí que había sido intercambiada por una dote a un alijuna. Este se la llevó para Bogotá, la tenía en su casa y le hizo dos hijos. Un día se aburrió de ella y la echó con los dos pequeños. La wayuu vivió en los cerros de Monserrate varios días, hasta que uno de los niños, el más pequeño, se murió de frío. El otro se lo quitó el Bienestar Familiar por tenerlo viviendo con perros de la calle, que fue la forma que ella encontró para curarlo del frío. La mujer se volvió adicta a las drogas y murió apuñalada por otro que quiso quitarle una panela que le habían regalado. Le pregunté que por qué no se había devuelto a La Guajira y ella me respondió que ya no valía nada como mujer, y que igual le iban a pegar un tiro. Aureliana la abrazó hasta que sus luces se volvieron una sola y me pidió regarles sándalo y perfume a la tierra que pisaron, a todos esos pasos que ella dio, y en el sueño yo lo hice. Mientras se fueron juntas, una a una sus huellas se fueron disolviendo.

La otra historia que me llegó mientras dormía fue la de Aluna, una jovencita hija de pescadores. Su tía me susurró en oraciones y ella se apareció. A la tía la conocí después del sueño, pero ya sabía para qué me buscaba. Vivían en Taganga. La chica era reservada y callada y un día cualquiera se había puesto como loca a restregar su sexo contra los hombres; a todos les ofrecía su vagina. La encerraron, pero ella se desnudó y salió a la

calle a lamerse los genitales. La volvieron a encerrar, pero al parecer le habían hecho un hechizo y un hombre se la llevó para una playa sola, adonde llegaron varios otros como en fila, como cuando se acercan los perros que huelen a las perras en celo. Sus huesos los encontraron mucho tiempo después. Cuando vi a su tía, ya sabía toda la historia.

Esas historias me atormentaron varios días, pues no sabía por qué me buscaban a mí esas mujeres. Pero luego de esta vida en Santa Marta entendí que la partería como destino era mucho más que atender solo a los vivos.

Me hice de varios compañeros después de todo. Los degusté con mis huesos, con mi carne, con el hambre de mi sexo abierto y resplandeciente, con las ganas del sol que brilla para todos en la mañana. Fui una mujer solitaria de lecturas y pinturas, de curaciones y sanaciones, de pacientes diarios y tejidos de colores. Tenía plantas en la terraza de mi pequeña cabaña. Las sembré porque supe que el pintor me visitaría. Nunca estuve sola. No me pienses así porque es un pensamiento vago y pobre y tú dibujas bonito y coloreas festivamente, como a tus dos años en aquella terraza de Manantial. Yo vivía en esta montaña antes que tus cuadros, antes de susurrarte mi nombre por primera vez. Mejor dicho, antes de que me escucharas para que hicieras este retrato que ahora pintas y que me deja ver cómo era yo, cómo fue todo, toda esta historia.

Amé esta ciudad cuando entregué mi cuerpo y mi sexo plácidamente a dormir en las mañanas. Tuve dos hombres a los que amé como el río ama a todas las piedras que con el tiempo arrastra hacia el mar. Me gocé la respiración y toda la oscuridad de mi piel mientras bendije sus vergas hermosas dentro de mi fuego y vi a Dios cuando llegaron los orgasmos. Acaricié los miles de nombres de los dioses y abracé a las madres con mi útero limpio de sueños mientras caía su semen adentro mío. Ellos se asustaron cuando sembré la luna, salieron corriendo cuando les hablé del tambor y de las flores campanillas para acompañar a los muertos. A las mujeres como yo se nos van los hombres. No volví a embarazarme, pero sí maté a uno o a dos, y ayudé a las muchachitas a abortar. Fui capaz de ayudar a traer a la vida a miles y atraje de la muerte a muchas madres con la fiebre. Estuve en el corazón de las que más amaron y limpié las lágrimas de aquellas que lo dieron todo por amar y por amor.

En este cuadro que me haces me veo como si me trajeras a la vida con tus óleos: yo allí soy joven otra vez. Ya no soy la vieja que murió enterrada por sus vecinas a las que ayudó a parir o sanó de los ovarios y dio la ruda para no sufrir con una pareja que la matara a golpes.

Te hablo desde este sueño en el que estás encerrado tantos días. Te dije que yo siempre estaría para ti y aquí estoy. Yo he visto en tu silencio la razón para decirte por qué mis muertos me reclamaron no decir nada en vida. Me ofrecieron el paraíso de los ancestros durante la lluvia, llorando y liberando siempre de las cargas y de todo lo que es sueño en la tierra. El mundo verdadero está en ese cuadro: tú, dibujado como un chamán mokana.

Hay muchos como tú y como yo que podemos aparecer en el amor por miles de formas. Nos ven en las mismas piedras como siluetas que quedaron en el río o en la forma de los árboles. En la quinta de San Pedro, por ejemplo, se esconde en un árbol de 400 años un elefante y un hombre que dicen que son el espíritu de Bolívar. También hay un cuadro en el que Simón Rodríguez sueña la muerte de Bolívar. Mientras tú me retratas y me escuchas, yo sigo aquí en mi sueño con miles de niñas que mueren. Me duele la entraña y las abrazo, las veo sufrir, y cuando llego hay una pelea entre los diablos y yo, y yo abrazo sus almas, les entrego un toque de tambor. Pero tú me has detallado el cabello y has hecho del Manantial mi único sitio de inmortalidad.

También vi a mi hermana en mis sueños varias veces después de vivir acá. Resulta que el destino y el pasado se parecen en que no te sueltan si no los sueltas y los dejas adentrarse en tus pasos. Y ella vino a templar a Santa Marta. Tenía un almacén en el mercado que se llamaba «La estrella matutina». Lo supe porque hablé con la niña de los crespos, que era su nieta de diez años, un día que le ofrecí galletas. Rosa nunca supo de mí. No me la he encontrado en este camino, pero seguramente se asombrará de verme y de saber que, a pesar de toda la compañía en la tierra, una vez la vi morir. Iba a tener a uno de sus últimos hijos y se acordó de su marido y sus otros hijos; le puse un escudo para que no pasara hasta este mundo.

Cada uno sueña como quiere y como puede. Yo aquí vivo bailando y así como tú me has dibujado en el agua, me la paso todo el día desnuda tocando el tambor para las que vienen. Me parí para este lado y tú me hiciste una antigua leyenda naciente en tus cuadros, que es más cierta que la realidad de todos a su alrededor. **[Esta fue la última vez que vi a mi hijo en un sueño. Supe que me buscaba en sus pinturas y que él sabía que éramos más que ese árbol que nos siembran al nacer; un bosque entero de pájaros nuevos cada día. Aquí aparece su carta de la clave y es usted afortunada porque salieron dos. La clave final, la resolución de su pregunta, es el triunfo de su deseo que es un cuatro de bastos. Debe saber mirar bien las claves y escoger el camino. Ya sabe que en la elección de lo pequeño está lo grande de las vueltas y que todo va hacia adelante, pero una vez usted llegue al seis, interiormente, que tenga una nueva manera de pensar las cosas, verá usted la celebración. Una fiesta que usted hará y en la que además recibirá el as de oros, una recompensa por todo el trabajo realizado. Puede ser incluso la publicación de su reportaje. Ese as de oros ilumina como el sol su destino y hace ver con claridad lo que las cartas tienen como mensaje para su alma. El recomienzo con esos pajes de copas y de oros, de amor y de cuerpo, de emoción y materia, de su nueva forma de pensar y de creer. Puede que esta historia le haga ver distinto también y no se quede usted en que las brujas somos obra del demonio, pues no hay bueno o malo, solo miradas de lo que apreciamos con nuestro propio corazón.]**

Estando ya vieja, vino a buscarme una periodista. Le habían dicho que yo era una bruja y que me transformaba en lechuza, en cuervo, dependiendo del mal que quisiera hacerle a alguien. Me entrevistó y le leí las cartas del tarot. Le conté la historia de Aoana y la de Cecilia. Esos dos caminos que tejieron de mí los guías. La segunda vez me le aparecí a mitad del cerro y me escondí detrás de una iguana, pero no me vio. Ella se asustó y no quiso saber más. Desde entonces decidí que nadie volvería.

Me las arreglé para mi soledad. Yo solo bajaba cuando sentía a las niñas que me llamaban. Soy la ermitaña de Bonda y esta, donde tú me sueñas, era mi casa. Ahora soy un retrato mío al cual seguramente alabarán como parte de tus creaciones, pero sabes muy bien que con todo lo que has soñado soy yo quien deambula en estas aguas, quien te parió. Recuerda ahora que te puse en mi cuerpo desnudo cuando saliste de mí, que tú no querías alejarte de mí nunca y que abracé tu humanidad escuálida y caliente, tus tres mil gramos de peso y sus cincuenta y dos centímetros. Mientras estabas en mi vientre volviste a mí para recibir en tus manos estos trazos con el son del corazón. Jugamos siempre a las escondidas en Manantial y ahora recuerdas esta visión en la que yo soy una diosa mitológica que sale del agua y tú me ves para amarme como son amadas las madres imperfectas como yo; la madre que eres tú mismo y que siempre ha estado para ti con la fuerza de la vida, con el espíritu inconsciente, con el silencio.

El destino quiso que heredaras mi taller sin saber que yo moriría aquí, sin saber que puse velas para que estuvieras bien con tu madre y con tu padre mientras yo te enviaba el agua de mi río para que la vida te fuera leve, y así como me tratas y me dibujas te trata a ti el mundo. Esa lágrima tuya mientras terminas de delinear mi cabello es lo que habla de que eres Julio, el hijo humilde de Cecilia, la partera y la bruja, la reina de copas solitaria en este bosque.

El testamento nunca escrito y nunca hallado de Cecilia

Querida hermana. Gracias por cuidarme la fiebre. Me voy dudando y sabiendo que todo entre nosotras está saldado. Sé que te preguntas por mi existencia, que no fue justo no asomarme a tu ventana para gritarte que estaba viva, pero soy una mujer de otra manada, la de las solas. Nuestro destino era esta pelea por ser diferentes y al mismo tiempo parte del mismo espejo. Te dejo copal en el cielo para que cuando sientas que es tu hora, te señale el camino donde estaremos juntas y danzaremos a la luna como una. Nunca quise competir ni ser tu hija, no era mi intención darte esa carga siendo tú tan pequeñita. Te pido perdón ahora para irme sin este peso de no verte y de saberte unida a mí por un lazo que siempre te hará hablar de tu hermana desaparecida, la que asesinó y fuiste capaz de sacar de la cárcel.

No soy yo quien juzga, ni eres tú, ni es nadie, y la vida te lo ha ido enseñando también. Te duele saberme con el dolor de los puños ensañados de un hombre. Nos crearon mujeres en el vientre de mamá y ella nos enseñó con lo que pudo y como pudo el amor. Nosotras interpretamos en cambio el linaje de odio, de vergüenza por ser mujer, de creernos que por bonitas y apetecibles a los hombres tendríamos que temer o aprovechar.

Fuiste una madre en mis días más grises. Incluso me alimentaste cuando nadie más me alimentaba. También hiciste lo que debiste y eso lo sabemos juntas, y es el secreto que me llevo para compartir cuando llegues a mí. Ahora soy una ancestra de tus hijas, de tus nietas, de tus bisnietas, la historia oscura y el punto negro de las mujeres que siempre temerán ser como yo, la que las trajo a la luz. No sabes cuánto he lidiado con el odio que cargo como una costra y que viene de los días en el vientre de cada parturienta y de cada abortera cuando toma la borraja. Reconozco la enfermedad en todas y llevo la linterna porque ya la padecí.

Mi castigo y fortuna fue desprender mi seno de mi hijo y a cambio tuve hijas regadas por todas partes a las que viajé. Al final, llegué a esta ciudad donde compartimos el aire que respiras y soy el fantasma de tus tardes con la mirada perdida en el horizonte. También quité las costras nuestras para que tú y las que vienen ya no sientan el cólico de ser mujer y la penetración milenaria de la vergüenza en las entrañas, que es ese crimen

silencioso que hace a los hombres apropiarse de la tierra y enterrar sus picos y sus palas hasta encontrar allí algún metal que les haga ricos: el carbón o el viento para la nueva era. Sucede que en nosotras no engendran riqueza sino hijos, que son otra forma de vida, y entonces todo lo que somos se vuelve distinto, porque podemos ser basura que impide el placer o canal para traer cuerpos y almas al sufrimiento de otros días, según la vibración que cada cual tenga en el momento en que se concibe.

No nos buscamos esas heridas, pero, aunque no las tengamos, aun cuando tu miedo sea el de ir de prostituta, en ti vive también la vergüenza, porque somos una y la tierra con nosotras se duele y palpita cuando los hombres nos gustan y hacemos el amor como si fuéramos la caverna llena de diamantes. Nos repiten mensajes y les repetimos para hacer que se odien por ser ellas y entre ellas. Somos todas hijas de la misma grieta y aquí vamos, asesinando por amor, desprendiendo la leche de los hijos que parimos, haciéndonos madres sin ideal y perfección, y todo ello así no lo entendamos es el amor derramado por la copa.

Por favor, no me odies por buscarme este camino; no el del exilio, sino el de ser yo misma y curarme la infección y aprender a parirme. No puedo dejar más sino este rastro para el reencuentro.

Querido Julio. Dejo intacta la llama de tu amor, para que cuando encuentres el tiempo descubras este femenino en ti y me mires y me abrases imperfecta y me sientas cerquita, y sobre tu mano tendida me dibujes como en un retrato del colegio en el que piden pintar a la mamá, y soy yo y no la distorsión de una idea que poco a poco se aleja de ti. Por favor, llénate de la vida que, aunque nos hizo distantes, nos puso en la misma tierra, y a mí me dio el vientre para traerte y concebirte en la dicha de un orgasmo. Porque te dejé las alas abiertas para enfrentar tu destino, que no era el de poseerte con este amor para sentirme mejor y sin vergüenza, sino el de tu propia vida y tus propios aprendizajes sin mí. En tu alma de mujer estoy hablándote y contándote la detallada historia de mis días, para que con ese abrazo me sientas cuando estés solo y no te atormente el hastío. Sobre todo, para que no seas de esos hombres que se adueñan de ellas y que abren las zanjales milenarias de dolor en nuestro vientre. Y si lo eres, que sea tu albedrío el que te dicte el aprendizaje. Igual no tienes nada qué hacer para que te ame.

Recuerda, te lo pido, solo fui un alma y un ser humano de carne y hueso. Amé y eso me llevó a la cárcel, pero también te di la vida y eso me hizo abrazarla y hacerme dadora de más vida con los hermanos que traje al mundo gracias a que sentía tu luz presente, pues siempre que alguien nacía pensaba en tu primer llanto. No fui mujer de hogar, pero fui emperatriz y madre contigo, que me enseñaste todas mis transformaciones y la fragilidad de mi cuerpo. Te dejo este abrazo de mi niñez, apoderada por otros, que me hizo arder hasta el día de tu nacimiento y me convirtió en la llorona cuando pensé que te habías muerto, y me llevó a mi lado más oscuro para atravesarme y ver que todo eso era Dios

en mí. Sin haberte perdido no lo hubiera sabido, y la vida y la muerte no me hubieran graduado como partera. Te dejo este susurro para que encuentres en él a la madre cada día. Ojalá este viento te toque y llegue a alivianar tu alma como hoy lo hace con la mía.

Querida Teresa. Por favor, dile que la tía Cecilia le dio vida y que lo dejó contigo para amarlo, que no fue mi voluntad la herida. Dile que la tierra lo quiere y lo sostiene, que le da el alimento cada día, y enséñale que el cuerpo es sagrado y que cada cosa que hacemos con él va grabando un lugar en nuestra memoria. Hazle saber, por favor, que hay dolor en la partida, que le pido perdón por haber asesinado, que soy su madre y ya no me avergüenza no ser mujer normal para él. Dile que cada mujer es un mundo y una rareza diferente, y que igual si hubiera estado a lo mejor nada cambiaría, porque una no puede evitar quien una es con toda su historia. Que no me busque en ellas porque siempre estoy detrás de él, a su izquierda, y no necesita otra madre para ser feliz. Él está completo. La naturaleza de nuestros ojos al mirarse eran girasoles de amor en contemplación para el mundo. Eso te dejo, querida hermana de vientre: un par de ojos llenos de girasoles para que seas el canal de mi amor por él y que no se sienta en falta y así no sufra. Dile que el enojo no se cura, sino el miedo.

Querido Nacho. Tengo para dejarte el amor que un día me hizo caer en mi propia oscuridad, este odio que se limpió con la arena del desierto y muchas lágrimas de una vida que solo existió a tu lado en mi cabeza. Me supe tu amante y junto a ti pensé que era la dueña de un palacio, y no era más que una ilusión que cada día se desvanecía y que tuvo que quedar enterrada bajo un árbol con la culpa y el castigo de mi espíritu. Fui fiel a mi propia sabiduría, no a tu versión sobre mí. Incluso fui fiel al odio que me hizo desearte la muerte y amarte al mismo tiempo, esperando que en algún parpadeo te redimieras. Quise controlar tu destino y este me doblegó, y me hizo rendir porque el control no reacciona sino con más violencia. Aprendí los misterios del amor dentro de mi existencia; no como los de alguien que protege al débil, sino los de saberme y encontrarme en ese oscuro calabozo siendo yo misma y deseando romper tu espejo para liberarme de tu sombra. A esa misma sombra tanto la odiaste que a esa fuiste a matar, aunque la vida no te lo permitió por aún estar en ese hilo de asesinato que unía nuestros espíritus y que poco a poco se fue destejiendo para confrontar el designio de los dioses. Me quitaste la idea del amor y la capa de una que nunca pude ser.

Te dejo este latido que fui con mi tambor después de tu partida. Ese que le regalé a las niñas cuando les enseñé que traer vida al mundo era tener un orgasmo, más allá de cualquiera que pudiera darles un hombre. Así lo supe la primera vez que sentí parir a una mujer. Con ella mi sexo se abrió más que con cualquier cuerpo de un hombre, porque es la vida. Ellas se llevaron el tambor para aprender, como un obsequio para encontrar el canto del alma, así como llegó a mí y me lo trajo Aureliana. Cada que tocan el tambor, dentro de él resuena la oración que transforma la mente de quien lo escucha y le susurra

que no es dueño de nadie y que una mujer puede atreverse a tener palabra y decidir sin un marido, incluso a parir y sentir el éxtasis del útero sin necesidad de ser para el hogar. Fui la madre que me quitaste y sigo siéndolo a pesar de tu prisión, y también fui libre en ella a pesar de la intención de tu corazón de someterme a tu rencor por no mostrarte grande en el espejo que fui de ti. Por todo eso también resuena el eco de agradecerte y bendecirte, a ti y a cada hombre que entró y salió de mi cuerpo como el Manantial.

Querida madre. Te dejó el placer de haberte colgado de una viga para parirme y abrir tu ser hacia mi nacimiento. A lo mejor me encuentre contigo en el lugar a donde partiste, pues en este parto al que voy estoy segura de que ya no vuelvo al mundo, sino tal vez convertida en alcastraz sobre las olas. Te dejo el perdón por preguntar sobre tu tristeza, la humildad de mi soberbia arrodillada ante ti. Te acepto como mi madre y estoy de acuerdo con todo. Te dejo el llanto que te copié para hacerme víctima, el linaje de todas las violencias en el vientre y la sangre derramada entre nosotras como un mar de dudas sobre las que fuimos.

Querida madre. Tú fuiste la mejor mujer y yo me buscaba y quería superarte llenándome de todos los problemas de tu historia, y no fui sino Cecilia, quien por amor a ti y a los hombres mató a don Valentín y fue a la cárcel. Luego aprendí mi camino y allí te amé y te devolví todo aquello que no me pertenecía y, viéndote en mi espejo, me devolví hacia mi libertad de Aoana. Te volviste mi latido favorito cuando nací tantas veces y la presencia eterna de mi espejo cada que vez que recogía mis trenzas. Supe que te fuiste como una niña terca y doliente, que desdeñaste a mi hermana y untaste sobre ella tus orines y excreciones cuando con su gesto gentil quiso abrigarte en su seno como a mí. Y quién no y qué madre no desdeña también en su humanidad a su hijo, ese intruso en el vientre que después te jala la identidad y las horas y que no entiendes y te saca de la comodidad de estar dormida entre las sombras para que le alimentes con algo que ni una misma tiene: la vida y la serenidad, la calma y la dulzura de una madre de foto que no existe.

Te debo, madre, el alimento y la mujer, la niña y la adolescente que entregaste en sacrificio para nosotras. Te dejo los golpes que no quisimos más las mujeres de casa y te dejo también las semillas en mis hijas que recibieron a través de mí tus plegarias para iluminar. Te dejo alegre, madre, porque ya puedes ser tú sin mí, ahora que parto y todas las veces que partí. Sé libre en las estrellas y entrega ese ser luminoso que eres después de la vida de amargura e ilusión que creíste en nombre de los hombres. Te dejo a voluntad mi cuerpo para que renazcan los árboles nuevos y sirva yo de abono y alimento para las flores. Entrego estos huesos y la carne hacia el centro donde el mundo me hizo también volver como célula en tus aguas.

Querido padre. Te dejo mis silencios para escuchar tu palabra. Dejo también tu partida y tus decisiones, el rostro que mi madre agrandó para verte como una estrella inalcanzable. Dejo aquí mi rendición ante tu presencia, pues veo tu amor como una

intención poderosa y dadora de vida; el mejor hombre que eligió mi madre para poner la semilla y hacerme germinar en su vientre. Gracias a ella te tengo y gracias a ella tomo tu fuerza, lo bueno y lo que no me sirve de ti. Te dejo un manajo de tabaco para bendecirme a pesar de la torpeza balbuceante de tu gesto.

Padre amoroso y tierno, te dejo el sol en mi piel y la energía de mis días para encontrarnos allí y los retratos de las hijas con las que no pudiste jugar al fútbol o a los soldados, y espero que con suavidad nos llenes de luz, como lo hace el rocío con las malas hierbas que florecen a pesar de no parir sus frutos. Te dejo las gracias, porque a pesar de tu dolor nos diste vida y como pudiste nos diste también el amor de una mano que nos lleva en la avenida y que camina a la derecha para hacernos ver ante los otros.

Esta es todo lo que fui: una partera que recibió el don de dar placer aprendiendo a parir con otras, una ruina de mujer que no se hizo al hogar, una salvaje en medio del bosque susurrando el amor después de su propia vida. Una hermana, una hija, una adolescente rabiosa que no entendía y que se creía mejor, una niña vibrando su propia destrucción con el cuerpo desgarrado, una que se repite y no cesa de hacer la rueda de los días, como medicina para que hacia atrás y hacia adelante todas las mujeres como yo podamos al fin nacer. Este es mi cuerpo de luz en la historia de las mujeres cuyo linaje han tejido las agujas del tiempo como herida del sol. Fui Cecilia y morí siendo Aoana, la reina de mi propio mundo, la dadora de vida conectada con lo divino que es todo lo que somos.

Al pintor que me traza en sus sueños dejo este susurro en la lejanía donde estoy presente en su cuadro. Esta fue mi vida y sigo en pie y despierta en su pintura. Me escucha el río y sus piedras, el mar y su fuerza de muerte contra la orilla, en la ciénaga y el mangle flexible al dulce salar. Aquí dejo mi eternidad, sigo curando y haciendo parir a las mulas en días de navidad, doy buena suerte a la afligida, yerba al enfermo y quito la pena con té de ruda para limpiar el sexo de la obsesión y el corazón adicto. Que este trance diga a los míos que he vivido y he sido dichosa. Quémese y libérese la bruja.

FIN

Biografía de la autora

Angélica Patricia Hoyos Guzmán (Barranquilla, Colombia, 1982). Escritora, investigadora y docente en la Universidad del Magdalena, Santa Marta. Es doctora en Literatura Latinoamericana de la Universidad Andina Simón Bolívar – Sede Ecuador. También tiene maestría en literaturas colombiana y latinoamericana de la Universidad del Valle y en Lingüística Española del Instituto Caro y Cuervo. Enseña Lingüística en el pregrado de Antropología, y Poéticas y Narrativas en la licenciatura en Artes. Es profesora de la Maestría en Enseñanza de la Lengua y el Lenguaje de la Facultad de Educación de la Universidad del Magdalena.